Sin novedad en el frente



Erich Maria Remarque

Marzo 2013 (1° Edición)
Abril 2013 (2° Edición)

Ésta es una publicación de la Rosa Luxemburgo Stiftung, Morena Cultura y Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Belarmino Fernández y Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

ERICH MARIA REMARQUE

CAPÍTULO I

Nos encontramos en la retaguardia, a nueve kilómetros del frente. Ayer nos relevaron. Ahora tenemos el estómago lleno de ejotes con carne de buey, estamos saciados y satisfechos. Incluso sobró para esta noche y cada uno de nosotros llenó su lonchera para la cena. Además hay doble ración de salchicha y de pan. Esto va bien. Hacía mucho tiempo que no se había presentado un caso como éste; El Furriel, con su cara roja como jitomate, viene en persona a ofrecernos la comida. Llama con una seña a todos los que pasan y les sirve una buena porción. Está desesperado pues no sabe cómo vaciar de rancho su olla. Tjaden y Müller encontraron un par de cubetas y pidieron que se les llenaran hasta el tope, para reserva. Tjaden lo hace por glotón, Müller por preocupación. Nadie puede explicarse dónde diablos mete Tjaden tanta comida. Él sigue, como siempre, más seco que un arenque prensado.

Pero lo mejor es que también hubo doble cuota de tabaco. Diez puros, veinte cigarros y dos chicles, para cada uno. Es una cantidad muy razonable. Cambié mis chicles por los cigarros de Katczinsky, y ahora tengo cuarenta. Suficientes para un día.

Si he de decir la verdad, no nos estaban destinadas tantas provisiones. Los prusianos no son tan espléndidos. Todo se debía a un simple error.

Hace quince días que nos hicieron ir a la primera línea, a relevar. Nuestro sector estaba más o menos en calma y, por eso, para nuestro regreso el Furriel recibió la cantidad habitual de provisiones, y había preparado lo necesario para los ciento cincuenta hombres de nuestra compañía. Sin embargo, el último día precisamente, para nuestra gran sorpresa, la artillería pesada inglesa hizo de las suyas, ametrallando sin descanso nuestra posición, y causándonos tantas bajas que sólo regresamos ochenta hombres.

Volvimos por la noche y nos acostamos enseguida para poder, por fin, echar una buena siesta; Kat tiene razón; al fin y al cabo no sería tan desagradable la guerra si pudiésemos dormir un poco más. En primera línea casi no es posible y los turnos de quince días se hacen muy largos.

Era ya mediodía cuando los primeros de nosotros salimos, de las barracas agachados. Media hora más tarde cada uno había cogido ya la ponchera y nos amontonábamos en torno de su majestad el alimento que, por cierto, despedía un olor fuerte y apetitoso. Como es lógico, el orden era según el grado de hambre: adelante Albert, el más pequeño y también quien de todos nosotros tiene las ideas más claras, cosa que, por cierto, sólo le ha permitido llegar, con mucho esfuerzo, a soldado de primera; Müller, que todavía arrastra por todas partes sus libros de texto y sueña con unos utópicos exámenes (incluso en medio de un bombardeo se abstrae pensando en sus teoremas de física); Leer, que usa una enorme barba y siente gran predilección por las mujeres de los prostíbulos para oficiales, jura y vuelve a jurar, refiriéndose a ellas que,

por orden de la Comandancia General, están obligadas a usar camisas de seda y que, para los clientes que sobrepasen el grado de capitán, deben bañarse antes. El cuarto en la fila soy yo, Pablo Baümer. Los cuatro tenemos diecinueve años, los cuatro salimos de la misma clase para ir a la guerra.

Inmediatamente detrás de nosotros están nuestros amigos. Tjaden, un cerrajero delgadísimo que tiene nuestra misma edad, el mayor glotón de la compañía, se sienta a comer seco como una pasa y se levanta más hinchado que una pulga preñada; Haie Westhus, de la misma edad, un minero que puede, con toda la facilidad, meter un pan de munición en su puño y cerrándolo preguntar: "¿Sabes qué tengo aquí dentro?"; Detering, el campesino que sólo piensa en su alquería y su mujer. Finalmente, Estanislao Katczinsky, el jefe de nuestro grupo, pícaro, tenaz, generoso, con cuarenta años, cara terrosa, los hombros caídos y un magnífico olfato para el peligro, para la buena comida y los escondites más seguros.

Nuestro grupo formaba la cabeza de la gran serpiente enroscada ante el rancho y comenzábamos a impacientarnos porque "el Furriel" seguía quieto como un palo, esperando. Por fin, Katczinsky le gritó:

—¡Anda, Enrique, abre de una vez tu olla!, ¡todos sabemos que ya están los ejotes!

Él, movió la cabeza con fastidio:

—Cuando estén todos aquí...

Tjaden, insinuó con malicia:

—Ya estamos todos.

"El Furriel" se hacía el loco.

—¡Eso quisieran! ¿Dónde están los demás?

—¡No serás tú quien los harte hoy! Ambulancia y fosa común...

El hombre vaciló como si lo hubieran golpeado en la cabeza:

—¡Y yo que cociné para ciento cincuenta hombres! Kropp lo empujó.

—Bueno, ya sírvenos la comida. ¡Empieza, que ya es hora!

Súbitamente una idea brillante cruzó por el cerebro de Tjaden. Su cara puntiaguda, de rata, empezó a aclararse, se le contrajeron los ojos de malicia, y, temblándole las mejillas, se acercó al "Furriel" tanto como le fue posible:

—¡Pero, hijo mío...! También recibiste pan para ciento cincuenta hombres, ¿no es cierto?

El cabo, desconcertado, movió la cabeza afirmativamente.

Tjaden lo tomó del chaleco.

—¿Y salchichas también?

La cara, roja como jitomate, asintió de nuevo.

A Tjaden le temblaban las mandíbulas.

—¿Y tabaco?

—Sí, de todo.

Tjaden se volvió radiante.

—¡Dios!, ¡a esto se le llama suerte! Entonces... ¡todo es para nosotros! A cada uno le toca... a ver..., ¡Exacto: doble ración!

Pero "el Tomate" había despertado por fin y dijo:

—¡No, eso no puede ser!

—¿Por qué no puede ser, a ver, calabaza? —preguntó Katczinsky.

—Lo que es para ciento cincuenta no puede ser para ochenta.

—Te lo demostraremos —gruñó Müller.

—El rancho, bueno; pero de las otras raciones sólo les puedo dar ochenta —insistió "el Tomate".

Katczinsky se fastidió.

—¿Quieres que te releven o qué? No has recibido víveres para ciento cincuenta hombres, sino para la segunda compañía; y nos los darás. La segunda compañía somos nosotros.

Lo rodeamos con malas intenciones. Nadie podía soportarlo porque, por su culpa en la trinchera más de una vez habíamos comido frío y tarde; en cuanto silbaban un poco las bombas ya no se atrevía a acercarse con la olla y nuestros compañeros de turno tenían que andar mucho más que los de las otras compañías. Bulcke, por ejemplo, de la primera, se portaba mucho mejor. Gordo como un cochino, pero cuando era necesario arrastraba las ollas hasta la primera línea. Estábamos, pues, de un humor que presagiaba la hoguera si no se hubiera presentado, de pronto, el teniente que nos mandaba. Se informó de la causa del alboroto y se limitó a decir:

—Sí, ayer tuvimos muchas bajas.

Después miró la olla y añadió:

—Se antojan estos ejotes.

"El Tomate" hizo un gesto afirmativo:

—Los hice con carne y manteca.

El teniente nos miró. Sabía lo que pensábamos. Sabía, además, muchas otras cosas porque se había hecho hombre entre nosotros y no era más que cabo cuando llegó a la compañía. Levantó de nuevo la tapa y olfateó.

—Tráiganme un buen plato a mí también —dijo mientras se alejaba— y repartan todas las raciones. Bastante las necesitan.

"El Tomate" puso cara de imbécil mientras Tjaden bailaba a su alrededor.

—¡Si no te perjudica para nada! Parece que se cree el dueño de la Intendencia... ¡Anda, empieza, viejo asqueroso, y no hagas rebajas!

—¡Que te ahorquen! —refunfuñó “el Tomate”.

Estaba atónito. Era incapaz de comprender tan tremenda locura. El mundo había perdido el sentido común y, como si quisiera demostrar que todo le era indiferente, nos distribuyó, además, voluntariamente, media libra de miel artificial por cabeza.

***

Hoy realmente es un buen día. No ha faltado ni el correo. Casi todos recibimos un par de cartas y algunos periódicos. Ahora nos vamos, vagando, hacia el patio, detrás de las barracas. Kropp lleva bajo el brazo la tapa de un barril de margarina.

En la orilla derecha del patio construyeron una gran letrina general, un edificio sólido y bien cubierto. Pero esto lo dejamos a los novatos, que todavía no han aprendido a gozar de las cosas. Nosotros sabemos algo mejor. Así verían, repartidas por todas partes, unas cajas individuales que sirven para el mismo objeto. Cuadradas, limpias, de madera, bien acabadas, con un asiento cómodo y perfecto. En los lados hay unas asas que permiten transportarlas.

Ponemos tres de ellas en círculo y nos sentamos cómodamente. No nos levantaremos antes de dos horas.

Todavía me acuerdo de la vergüenza que pasábamos siendo reclutas, cuando en el cuartel debíamos utilizar las letrinas. No tienen puertas y los hombres, hasta veinte, se sientan uno al lado del otro, como en un tren. De una sola mirada puedes abarcarlos a todos; el soldado ha de estar siempre bajo vigilancia. Con el tiempo aprendimos algo más que a dominar esta pequeña vergüenza. Ahora sabemos otras cosas.

Pero aquí, al aire libre, el asunto es una verdadera delicia. No me explico ya por qué antes cerrábamos tímidamente los ojos delante de estas cosas, tan naturales, como el comer o el beber. Quizá ni sería necesario mencionarlas si no fuera porque juegan en nuestras vidas un papel esencial, a pesar de haber constituido para nosotros una auténtica novedad; los veteranos las conocían tiempo ha.

Para el soldado, su estómago y su digestión son un campo mucho más familiar que para cualquier otro hombre. Las tres cuartas partes de su léxico provienen de aquí, y la expresión de la alegría, al igual que la de la más colérica indignación, encuentra en estas palabras su fuerza descriptiva. De otra forma es imposible expresarse más clara y rotundamente. Nuestras familias y nuestros profesores se escandalizarán cuando volvamos, pero aquí es el idioma universal.

Todas estas actividades han recobrado su inocencia gracias a su forzosa publicidad. Más aún: las consideramos tan naturales que apreciamos lo confortable de la operación, por ejemplo, cuando podemos jugar un buen póker en un lugar seguro al abrigo de los obuses. No es casualidad que para designar los comadreos de cualquier tipo, hayamos encontrado la expresión “chismorreo de letrina”. Estos lugares son, en el servicio, los rincones preferidos para platicar, los sustitutos de las reuniones en el café.

En estos momentos nos sentimos mejor aquí que en cualquier baño de lujo con mosaicos blancos. Aquello tan sólo será más higiénico. Aquí se siente uno magníficamente.

Son horas de una maravillosa inconciencia. Sobre nuestras cabezas se extiende el cielo azul. En el horizonte brillan los globos cautivos, atravesados por rayos de sol, y las nubes blanquecinas de los metralla. De vez en cuando, persiguiendo a un avión, se levantan como una espiga muy alta.

El sordo rumor del frente apenas nos llega, como el de una tormenta lejana. Los abejorros que pasan zumbando cerca de nosotros lo dominan fácilmente.

A nuestro alrededor se extiende el pasto florido. Los tiernos tallos de la hierba ondean levemente. Algunas mariposas vienen hacia nosotros con su vuelo vacilante, planean con sus alas blancas en el aire, suave y tibio, del verano agonizante.

Leemos cartas y periódicos. Fumamos. Nos quitamos los cascos y los dejamos en el suelo cerca de nosotros. La brisa juega con nuestros cabellos, juega con nuestras palabras y nuestros pensamientos.

Las tres cajas sobre las que nos hemos sentado están rodeadas de amapolas, rojas y brillantes.

Ponemos sobre nuestras rodillas la tapa del barril de margarina improvisando así una mesa para jugar a las cartas. Kropp trajo una baraja y empezamos.

Podríamos estar sentados aquí toda la vida.

De los barracones nos llegan melodías de un acordeón. De vez en cuando abandonamos las cartas para contemplarnos. Alguno de nosotros dice:

—Muchachos... muchachos...

O bien:

—Y pensar que esto hubiera podido terminarse.

Por un momento caemos en el más profundo silencio. Vibra en nosotros una emoción fuerte y contenida. La sentimos, no es necesario expresarla. Fácilmente podría ocurrir que uno de nosotros no se encontrara hoy aquí, sobre estas cajas. Faltó muy poco, ¡maldita sea! Por eso, todo nos parece ahora fuerte y vivificante. Las amapolas rojas y la buena comida, los cigarros y la brisa estival.

Kropp pregunta:

—¿Alguien ha vuelto a ver a Kemmerich?

—Está en San José —respondo.

Müller cree que la bala le atravesó la parte superior del muslo. Un buen pasaporte para volver a casa. Decidimos ir a visitarlo después de comer.

Kropp se saca una carta de la manga.

—Kantorek me pidió que los salude de su parte.

Reímos. Müller tira el cigarro y exclama: —Aquí quisiera verlo.

***

Kantorek era nuestro profesor; un hombre pequeño y severo, con levita gris y cara de musaraña. Tenía, poco más o menos, la misma estatura que el suboficial Himmelstoss, “el terror de Klosterberg”. Resulta chistoso, por otra parte, que la desgracia en este mundo venga tan a menudo de la mano de hombres chaparros. Son mucho más enérgicos que los altos. Siempre he evitado formar parte de compañías mandadas por hombres pequeños; en general son insoportablemente necios.

En las horas de gimnasia Kantorek, nos atiborró de discursos hasta que toda nuestra clase, con él a la cabeza, fuimos a la Comandancia del distrito para alistamos. Todavía lo veo delante de mí, preguntándonos con los ojos relampagueantes tras los cristales de los anteojos y la voz conmovida:

—Irán todos, ¿verdad?

Estos pedagogos llevan con excesiva frecuencia los sentimientos en el bolsillo del chaleco; ciertamente de esta forma pueden distribuirlos en cualquier momento. Pero nosotros, entonces, no lo sabíamos.

Sólo uno se resistió a venir. Joseph Behm, un muchacho gordo y bonachón. Más tarde, sin embargo, se dejó convencer.

No tenía otra alternativa. Quizá otros pensaran como él, pero era muy difícil confesarlo, pues en aquella época incluso sus padres tenían lista la palabra “cobarde” para echársela en la cara. Y es que entonces nadie presentía lo que iba a pasar. La más razonable era, sin duda, la gente sencilla y pobre; enseguida consideró la guerra como un desastre, mientras que, por el contrario, los acomodados no cabían en su piel de alegría; y sin embargo, ellos, mejor que nadie, habrían podido prever las consecuencias.

Katczinsky dice que la culpa de eso la tiene la educación, que nos atonta. Y piensen que cuando Kat afirma algo, es que antes lo ha meditado bien.

Casualmente, Behm fue de los primeros en caer. Recibió una bala en los ojos durante un combate y lo dimos por muerto. No pudimos recogerlo porque tuvimos que retroceder precipitadamente. Por la tarde lo oímos gritar y vimos cómo se arrastraba por el campo. Sólo había perdido el conocimiento. Como no podía ver, zigzagueaba muerto de dolor, sin resguardarse, sin cubrirse. Así lo mataron a tiros desde el otro lado, antes de que alguno de nosotros hubiera podido salir a buscarlo.

Naturalmente eso no puede ser relacionado con Kantorek; ¿cómo terminaríamos, sino empezando por ver ahí una culpabilidad? Existen miles de Kantoreks y todos están convencidos de que lo que hacen, tan cómodo para ellos, es lo mejor que pueden hacer.

Precisamente ahí consiste su fracaso.

Para nosotros, jóvenes de dieciocho años, habrían debido ser los mediadores, los guías que nos condujeran al mundo de la madurez, al mundo del trabajo, del deber, de la cultura y del progreso, hacia el porvenir. A veces nos burlábamos de ellos

y les hacíamos alguna broma, pero en el fondo teníamos fe en ellos. La noción de la autoridad, que representaban, a nuestros ojos les otorgaba mucha más perspicacia y sentido común. Pero el primero de nosotros que murió echó abajo esta convicción. Tuvimos que darnos cuenta de que nuestra edad era mucho más leal que la suya; no tenían más ventajas que nosotros, que la frase hueca y la habilidad. El primer bombardeo nos reveló nuestro error, y al darnos cuenta, se derrumbó, el concepto del mundo que nos habían enseñado.

Mientras ellos seguían escribiendo y discurseando, nosotros veíamos ambulancias y moribundos; mientras ellos proclamaban como sublime el servicio al Estado, nosotros sabíamos ya que el miedo a la muerte es mucho más intenso. Aun así no fuimos rebeldes, ni desertores ni cobardes —tenían siempre tan a la mano estas palabras—; amábamos nuestra patria tanto como ellos y al llegar el momento de un ataque, nos lanzábamos a él con coraje. Pero ahora distinguíamos. Ahora habíamos aprendido a mirar las cosas cara a cara y nos dábamos cuenta de que, en su mundo, nada tenía sentido. Nos sentimos solos de pronto, terriblemente solos; y solos también debíamos encontrar respuestas.

***

Antes de visitar a Kemmerich, hacemos un paquete con todas sus cosas; podría necesitarlas durante el camino.

En la clínica hay mucho movimiento; Como siempre, hiede a fenol, a pus y a sudor. Uno se acostumbra a muchas cosas en las barracas, pero aquí nos sentimos desfallecer. Preguntamos dónde está Kemmerich; Lo pusieron en una sala y nos recibe

con una débil expresión de alegría y una agitación impotente. Mientras estaba sin conocimiento le robaron el reloj.

Müller mueve la cabeza y dice:

—Ya te lo había dicho; no se puede usar un reloj tan bueno.

Müller es un poco obeso y siempre quiere tener la razón. De otra forma se callaría, porque está claro que Kemmerich no dejará nunca esta sala. Que recupere o no el reloj, da igual. Lo máximo que podríamos hacer es mandarlo a su casa.

—¿Cómo te sientes, Franz? —pregunta Kropp.

Kemmerich agacha la cabeza.

—Bien, bastante bien, si no fuese por estos terribles dolores en el pie.

Miramos las cobijas que lo cubren. Su pierna está dentro de un cesto de alambre sobre el que se abomba la ropa de la cama. Doy a Müller un golpe de rodilla, pues es capaz de contarle a Kemmerich lo que nos dijeron los enfermeros antes de entrar: que Kemmerich ya no tiene pie; le amputaron la pierna.

Su aspecto es horrible. En la cara pálida y apagada, tiene aquellas extrañas líneas que conocemos tan bien por haberlas visto centenares de veces. No son propiamente líneas sino más bien señales. Bajo la piel no late la vida que se ha replegado a los límites del cuerpo; la muerte trabaja el interior del organismo y ya es dueña de los ojos. He aquí a nuestro compañero Kemmerich, que hace poco asaba carne de caballo con nosotros y se acurrucaba, cuidadosamente, en el interior de los grandes embudos que dejan los obuses. Es él y, sin embargo, no es él. Su fisonomía se ha difuminado, se ha hecho imprecisa y desteñida como aquellas placas fotográficas sobre las que toman dos instantáneas. La misma voz tiene un tono ceniciento.

Recuerdo la escena de nuestra partida. Su madre, una buena mujer muy gorda, lo acompañó a la estación. Lloraba

sin parar y tenía el rostro descompuesto y abotargado. Kemmerich se sentía molesto, pues ella era la menos serena de todas. Literalmente se deshacía en sebo y agua. La pobre mujer se había fijado en mí y, agarrándome por el brazo, me suplicaba a cada momento que cuidara a su Franz. Ciertamente el muchacho tenía cara de niño y unos huesos tan flojos que cuatro semanas de cargar la mochila bastaron para dejarle unos hermosos pies planos. ¡Pero cómo es posible cuidar a alguien en campaña!

—Bien —dice Kropp—, ahora te irás a casa. Si hubieras tenido que esperar un permiso, tenías que esperar tres o cuatro meses como mínimo.

Kemmerich asiente con la cabeza. No puedo mirarle las manos, son como la cera. Bajo las uñas tiene todavía el lodo de las trincheras, de color azul oscuro; parece veneno. Pienso que estas uñas crecerán mucho tiempo todavía, como una fantasmal vegetación subterránea, cuando Kemmerich no viva más. Me parece verlo delante de mí; las uñas se enroscan como tirabuzones y crecen, crecen junto con el cabello del cráneo que se descompone, como la hierba encima de una tierra bien abonada. ¿Cómo es posible? Müller se agacha.

—Te trajimos tus, cosas. Franz.

Kemmerich hace un signo con la mano.

—Ponlas debajo de la cama.

Müller lo hace. Kemmerich vuelve a hablar de su reloj. No sé cómo tranquilizarlo sin inspirarle recelo. Müller se levanta con un par de botas de aviador en la mano. Son unas soberbias botas inglesas, de cuero amarillo y suave, que deben llegar a la rodilla y se abrochan con unos cordones a lo largo de toda la caña. Algo espléndido, envidiable. Müller las contempla entusiasmado, las compara con sus burdos zapatos y pregunta:

—¿Piensas llevarte también estas botas, Franz?

Los tres tenemos el mismo pensamiento, aunque sanara no podría utilizar más que una, o sea, que no tendrían ningún valor para él. Tal como están las cosas es una lástima que se queden aquí, porque los enfermeros se las robarán en cuanto muera.

Müller insiste:

—¿No quieres dejarlas aquí?

Kemmerich no quiere. Son la mejor pieza de su equipo.

—Podríamos cambiártelas —sigue Müller. En campaña, es necesario algo así.

Pero Kemmerich no quiere ni oír hablar de asunto.

Toco a Müller con el pie, y éste, dudando todavía, vuelve a poner las botas en su lugar, bajo la cama.

Permanecemos con él algunos minutos más y luego nos despedimos:

—Que te vaya bien, Franz.

Le prometo volver mañana. Müller también; piensa en las botas y quiere vigilarlas.

Kemmerich gime. Tiene fiebre. Fuera detenemos a un enfermero y le pedimos que le ponga una inyección a Kemmerich. Él se niega.

—Si le pusiéramos morfina a todos, necesitaríamos muchos barriles.

—Por lo visto sólo te dignas servir a los oficiales —dice Kropp, rencorosamente.

Intervengo y empiezo por ofrecer un cigarro al enfermero. Lo toma y le pregunto:

—Tú no estás autorizado para poner inyecciones, ¿verdad?

Mi pregunta le ofende.

—Si tampoco me creen no veo por qué se los tengo que decir...

Le pongo dos cigarros más en la mano.

—Anda, hombre, haznos este favor.

—Bueno, está bien —dice.

Kropp entra con él. Desconfía y quiere ver. Nosotros esperamos fuera.

Müller vuelve con lo de las botas.

—Me quedarían muy bien. Con estas botas enormes siempre tengo los pies llenos de ampollas. ¿Tú crees que vivirá hasta mañana después del servicio? Si se quiebra esta noche no las volveremos a ver.

Albert regresa.

—¿Qué les parece? —pregunta.

—Ya está —dice Müller, categórico. —Volvemos hacia los barracones.

Pienso en la carta que le tendré que escribir a su madre. Tengo frío y quisiera beber una copita de aguardiente. Müller arranca briznas de hierba y se las lleva a la boca. Súbitamente, el pequeño Kropp tira el cigarro y lo pisotea con furia, mira a su alrededor con el rostro desencajado. Balbucea:

—¡Qué mierda! ¡Qué maldita mierda!

Caminamos todavía un buen rato. Kropp se calma. Todos sabemos de qué se trata. Era una crisis del frente. Todos la hemos sufrido alguna vez.

Müller le pregunta:

—A propósito, ¿qué te dice Kantorek? El otro estalla en carcajadas:

—Dice que nosotros éramos la juventud de hierro.

Reímos con rabia. Kropp se deshace en insultos; está contento de poder desahogarse.

—¡Esto, esto es lo que creen ellos, los millares de Kantoreks! Juventud de hierro. ¿Juventud? Ninguno de nosotros tiene más de veinte años, pero no somos jóvenes. Nuestra juventud... Estas cosas son ya agua pasada... Somos viejos, muy viejos.

CAPÍTULO II

Me resulta extraño pensar que en mi casa, en un cajón de la mesa-escritorio, yacen un montón de poemas y el comienzo de un drama: "Saúl". He dedicado muchas veladas a estas cosas y casi todos, hemos hecho algo parecido —¿no es cierto?— . Pero ahora todo esto me parece tan irreal que ya ni me es posible imaginarlo.

Desde que estamos aquí nuestra vida anterior ha quedado rota sin que hayamos tomado parte en ello. A veces intentamos recuperarla lanzando una ojeada a las espaldas, al pasado; intentamos encontrar una explicación, pero no lo conseguimos. Precisamente para nosotros, muchachos de veinte años, todo resulta particularmente turbio; para Kropp, Müller, Leer, para mí, para todos nosotros, a quienes Kantorek señala como "la juventud de hierro". Los que son mayores están ligados con más fuerza al pasado; tienen una base, mujer, hijos, profesión, intereses, ataduras tan fuertes, que la guerra no puede destruir. Pero nosotros, los de veinte años, sólo tenemos a nuestros padres y, algunos, a la novia. No es gran cosa, pues a nuestra edad es cuando la autoridad de los padres es más débil y las muchachas no nos dominan todavía.

Exceptuando esto, no existía mucho más para nosotros; un poco de fantasía, algunas aficiones y la escuela; nuestra vida no llegaba más allá. De todo eso no ha quedado nada.

Kantorek diría que nos encontramos justamente en el "umbral de la existencia". Debe ser así, poco más o menos. No habíamos echado raíces y la guerra nos arrancó; nos ha llevado, como un río, en medio de su corriente. Para los que son mayores, la guerra es una interrupción, pueden seguir pensando más allá de ella. A nosotros nos han atrapado por completo y no tenemos idea de cómo terminará la historia. Lo único que sabemos es que nos ha embrutecido de una manera extraña y melancólica, a pesar de que, a menudo, no podamos ni siquiera sentirnos tristes.

***

El hecho de que Müller ambicione las botas de Kemmerich no quiere decir que sea menos compasivo que otro a quien el dolor impida pensar en estas cosas. No. Simplemente, él sabe hacer distinciones. Si las botas pudieran ser de alguna utilidad a Kemmerich, Müller correría descalzo por encima del alambre de púas antes que maquinar nada para quedárselas. Pero ahora las botas son algo que ya no tiene nada que ver con Kemmerich y, en cambio, Müller puede perfectamente usarlas. Kemmerich morirá, sea quien sea el que se las lleve. ¿Por qué, pues, no ha de intentarlo Müller si tiene más derecho a ellas que cualquier enfermero? Cuando Kemmerich haya muerto será demasiado tarde. Por esta razón, Müller está desde ahora, a la expectativa. Hemos perdido la noción de las demás relaciones, puramente artificiales. Sólo los hechos cuentan, sólo

los hechos son importantes para nosotros... Y las buenas botas son escasas.

***

Antes era distinto. Cuando fuimos a la Comandancia del distrito para alistarnos, éramos una clase de veinte alumnos jóvenes que, con cierto orgullo, fueron a afeitarse juntos —algunos lo hacían por primera vez— antes de pisar las losas del cuartel. No teníamos planes para el porvenir; y eran escasos, entre nosotros, aquellos a quienes algunas ideas definidas sobre su carrera o profesión pudieran orientarles la existencia.

Rebosábamos ideas vaporosas que daban a la vista, e incluso dábamos a la guerra, un matiz idealizado y casi romántico.

Aprendimos la instrucción militar en diez semanas, y en tan poco tiempo, nos transformamos más radicalmente que en diez años de colegio. Supimos que un botón reluciente es más importante que cuatro tomos de Schopenhauer. Al principio, sorprendidos; después, indignados; por fin, indiferentes, constatamos que lo importante no parecía ser el espíritu sino el cepillo para las botas, no el pensamiento sino el sistema, no la libertad sino la rutina. Nos habíamos alistado llenos de entusiasmo y buena voluntad y se hizo todo lo posible para que nos hartáramos. Transcurridas tres semanas ya no nos parecía inconcebible que un ex cartero con galones tuviera más poder sobre nosotros que el que antes tenían nuestros padres, nuestros profesores y todos los núcleos de cultura reunidos, desde Platón hasta Goethe. Con nuestros jóvenes ojos despiertos veíamos que la noción clásica de patria, enseñada por los maestros, se realizaba allí, por el momento, en

un abandono tal de la propia personalidad que nadie se habría atrevido a exigírsela al más íntimo de sus sirvientes. Saludar, cuadrarse, desfilar, presentar armas, dar media vuelta a la derecha, media a la izquierda, golpear con los tacones, aguantar insultos y otras mil estupideces. Habíamos creído que nuestra misión sería muy alta y nos encontramos con que nos preparaban para el heroísmo como quien adiestra caballos de circo. Sin embargo, nos acostumbramos pronto. Incluso comprendimos que una parte de todo aquello era tan necesaria como superflua la otra. El soldado tiene la nariz muy fina para estas cosas.

***

Nuestra clase fue repartida, en grupos de tres o cuatro, entre varias secciones, y nos encontramos con pescadores, campesinos, obreros y menestrales frisones, con los que pronto intimamos. Kropp, Müller, Kemmerich y yo fuimos asignados a la novena sección, que mandaba el suboficial Himmelstoss.

Éste tenía fama de ser el mando más brutal de todo el cuartel y de ahí su orgullo. Bajo y grueso, con más de doce años de servicio, llevaba un bigote hirsuto de pelo rojizo, como de zorra. Cartero de oficio. A Kropp, Tjaden, Westhus y a mí nos traía entre ceja y ceja, quizá porque presentía nuestra muda resistencia.

En una sola mañana tuve que hacerle doce veces la cama. Siempre encontraba un detalle no demasiado correcto y echaba la ropa al suelo. Veinte horas de trabajo —con pausas, naturalmente— me costó darle brillo a un par de zapatos suyos, viejos y duros como piedras, hasta que se los dejé más blandos que la mantequilla y no pudo ponerme ningún pero. Siguiendo

sus órdenes, trapeé la sala en que dormíamos con un cepillo de dientes. También por orden suya, Kropp y yo habíamos empezado a sacar la nieve del patio del cuartel con un rastrillo y un cepillo ordinario, y habríamos seguido hasta quedar helados si no hubiera pasado, por causalidad, un teniente que nos hizo parar y regañó enérgicamente a Himmelstoss. La desgraciada consecuencia fue que el cabo nos cogió más rabia. Me asignó las guardias de cuatro domingos consecutivos y el resto de los días tuve que pasármelos "de semana" en la compañía. Hice tantas veces los ejercicios "A la bayoneta" y "Cuerpo a tierra" con el equipo completo y el fusil en un campo húmedo y recién labrado que, finalmente, hecho una bola de lodo, caí al suelo desmayado. Cuatro horas más tarde, Himmelstoss pasaba revista a mis cosas, ya bien limpias; mis manos, sin embargo, estaban llenas de cortes y sangraban. Con Kropp, Westhus y Tjaden he estado cuadrado más de un cuarto de hora en un día de frío intensísimo, sin guantes, cogiendo con las manos desnudas el cañón helado del fusil, bajo la implacable vigilancia de Himmelstoss que espiaba el menor movimiento para contarlo como una falta. Una noche tuve que bajar, en camisa, ocho veces desde el piso superior al patio porque mis calzoncillos rebasaban algunos centímetros el borde del escabel sobre el que cada uno de nosotros debía depositar su ropa. A mi lado corría el cabo de servicio Himmelstoss, pisándome los dedos del pie. En los ejercicios de esgrima, con bayoneta calada, siempre tenía que vérmelas con el propio Himmelstoss, pero mientras yo me esforzaba por manejar el pesado mosquetón reglamentario, él utilizaba uno de madera, mucho más ligero, que le permitía llenar de moretones mis brazos con toda comodidad. De todas maneras, un día me indignó tanto que lo embestí furiosamente

y lo derribé de un golpe en el estómago. Cuando quiso quejarse, el comandante, riendo, le aconsejó que otro día se cubriera mejor. Comprendí que conocía a “su” Himmelstoss y que se alegraba de que, por una vez, le hubiera tocado la peor parte. Me revelé como un campeón trepando por la barra fija y nadie me superaba en sentadillas. El solo sonido de su voz nos hacía temblar, pero ni una vez consiguió, aquella especie de mula cuartelera, que se nos encogiera el ombligo.

Un domingo, Kropp y yo atravesábamos el patio llevando, colgando de un palo que sujetábamos uno por cada extremo, un cubo lleno con los excrementos de la letrina. En eso avistamos a Himmelstoss que iba a pasear luciendo su brillante uniforme. Al pasar cerca de nosotros se detuvo y al preguntarnos si nos agradaba aquella tarea, simulamos un tropezón y le vaciamos en los pantalones nuestra carga. Vociferó, naturalmente, pero ya estábamos hartos.

—¡Los mandaré al calabozo! —gritaba.

Kropp, cansado de oírlo, le dijo:

—Antes se llevará a cabo una investigación y entonces hablaremos.

—¡Mide tus palabras cuando te dirijas a un cabo!, —gritó Himmelstoss. —¿Te has vuelto toco? ¡Espera a que te pregunten! ¿Qué quieres hacer?

—Descargar nuestro buche a propósito del cabo —dijo Kropp, apoyando sus manos en las costuras del pantalón, tal como ordena el reglamento.

Himmelstoss se hizo cargo de la situación y se fue sin decir palabra. Antes tuvo, no obstante, tiempo de gemir:

—¡Me las pagarás!

Pero su poder había terminado. Intentó resucitarlo en los campos de ejercicio con su “¡A la bayoneta!” y su “¡Cuerpo a

tierra!” Nosotros obedecíamos, claro está, porque una orden es una orden y debe cumplirse. Pero lo hacíamos todo tan lentamente que el hombre se exasperaba. Colocábamos cómodamente la rodilla en el suelo; después apoyábamos un brazo y así lo íbamos haciendo todo. Mientras él, furioso, había dado ya otra orden. Antes de que empezáramos a sudar, él estaba completamente ronco.

Finalmente nos dejó en paz. Es verdad que seguía llamándonos “cerdos indecentes”, pero con más respeto.

Naturalmente también había muchos cabos como Dios manda; hasta me esforzaré para creer que eran la mayoría. Pero cada uno de ellos sólo procuraba mantener el mayor tiempo posible su agradable situación en la retaguardia y eso sólo podían conseguirlo siendo muy rigurosos con los reclutas.

Aprendimos todo lo que exige la higiene de un cuartel y muchas veces aullamos de rabia. Algunos de nosotros enfermaron y Wolf pescó una pulmonía que le costó la vida. Pero nos habríamos sentido ridículos si hubiéramos aflojado. Llegamos a ser duros, despiadados, vengativos, desconfiados, secos... y nos fue bien, era justamente lo que necesitábamos. Si nos hubieran mandado a las trincheras sin este periodo de formación habríamos enloquecido. Así estábamos preparados para lo que nos aguardaba.

No desmayamos; nos adaptamos. Nuestros veinte años, que tantas cosas nos dificultaban, representaron para eso una ventaja. Lo más importante fue, sin embargo, que se despertó en nosotros un vigoroso sentimiento de solidaridad práctica que más tarde, en campaña, se desarrolló hasta convertirse en lo único bueno que la guerra produce: la camaradería.

***

Estoy sentado en la cama de Kemmerich. Cada vez está más desconsolado. A nuestro alrededor todo se agita. Llegó un tren ambulancia y hay que escoger a los heridos transportables. El médico pasó por delante de Kemmerich sin ni siquiera mirarlo.

—Será en el próximo viaje, Franz —le digo.

Se incorpora apoyándose en la almohada.

—Me amputaron la pierna.

Así que lo sabe. Asiento con la cabeza y respondo:

—Puedes estar satisfecho de haber salido tan bien librado. Calla.

Yo prosigo:

—Pudieron ser las dos piernas, Franz. Wegeler perdió el brazo derecho, eso es mucho peor. Además, ahora regresas a casa. Me mira.

—¿Tú crees?

—Claro. Repite:

—¿Tú crees?

—Seguro, Franz. Antes deberás convalecer de la operación.

Indica que me acerque. Me inclino sobre él y murmura:

—No creo.

—No digas tonterías, Franz; dentro de un par de días te convencerás. ¿Qué significa una pierna amputada? Aquí atienden cosas mucho más graves.

Levanta una mano.

—Fíjate en estos dedos.

—Esto se debe a la operación. Aliméntate bien y verás cómo te recuperas. ¿Te dan bien de comer?

Me enseña una charola medio llena todavía. Me exalto.

—Franz, debes comer. Comer es lo principal. Aquí, por suerte, hay suficiente.

Protesta con la mano. Después de una pausa, dice lentamente:

—Antes me habría gustado ser guardabosque mayor.

—Todavía puedes serlo. Existen unos aparatos ortopédicos maravillosos. Ni te das cuenta de que te falta algo. Se adhieren a los músculos. Con una mano artificial de éstas puedes mover los dedos y trabajar, incluso escribir. Y todavía se inventarán cosas mejores.

Permanece inmóvil durante un rato, luego murmura:

—Coge las botas para Müller.

Asiento y me pregunto qué podría decirle para animarlo. Parece que no tiene labios y que su boca es mayor, los dientes sobresalen de la boca, parecen de yeso. La carne se funde, la frente se abomba cada vez más, los pómulos se agudizan. Va elaborándose el esqueleto. Los ojos se hunden. Dentro de un par de horas todo habrá terminado.

No es al primero que contemplo así, pero con él he crecido y la cosa es distinta. Le copiaba los exámenes. En la escuela llevaba casi siempre un vestido oscuro algo raído de las mangas y ceñido por un cinturón. Era, además, el único que lograba hacer lagartijas en la barra fija. Cuando las hacía, los cabellos ondulaban como seda delante de su cara. Kantorek se sentía orgulloso de esto. No soportaba el cigarro. Su piel era muy blanca. Tenía algo de niña.

Miro mis botas. Son grandes y toscas, me sujetan los pantalones que están metidos formando bolsa; Cuando estamos derechos tenemos un aspecto fuerte y robusto, vestidos con estos anchísimos tubos. Pero cuando nos desnudamos para bañarnos podemos contemplar realmente nuestras delgadas piernas y las estrechas espaldas. Entonces no somos ya soldados sino casi unos chiquillos que parecen incapaces de cargar

una mochila. Es extraño este momento de vernos desnudos; nos convertimos en civiles y nos sentimos como tales.

En el baño Franz Kemmerich se veía pequeño y delgado como un niño. Ahora está tendido aquí. ¿Por qué? Sería necesario traer al mundo entero ante esa cama y decirle:

—Éste es Franz Kemmerich, de diecinueve años. No quiere morir. ¡No permitan que muera!

Me siento mareado. Este ambiente saturado de fenol y gangrena penetra hasta los pulmones; es algo espeso, pesado, ahoga.

Oscurece. El rostro de Kemmerich palidece poco a poco… Destaca encima de la almohada y se pone tan lívido que parece brillar débilmente. Mueve los labios con dulzura. Me acerco y suspira:

—Si encuentran el reloj, envíenlo a mi casa.

No lo contradigo. Es inútil ya. No hay posibilidad de convencerlo. Me siento impotente al no saber cómo ayudarlo. Esta frente, con las sienes hundidas, esta boca que no es más que dentadura, esta nariz afilada... Y aquella mujer gorda llorando en su casa, a la que debo escribir... Me gustaría haber terminado ya la carta.

Los enfermeros van y vienen con botellas y palanganas. Uno ellos se acerca, echa una escrutadora mirada sobre Kemmerich y se aleja. Es evidente que espera. Debe necesitar la cama. Me acerco mucho a Franz y le digo como si eso pudiera salvarlo:

—Quizá te lleven al sanatorio de Klosterberg, Franz; allí, entre las torres. Así, desde la ventana podrás contemplar los campos hasta el horizonte, donde están plantados aquellos dos árboles. Ahora es la mejor época, cuando el trigo empieza a madurar. Al atardecer, iluminados por el sol, los campos

parecen nacarados. ¡Y aquella avenida, la de los álamos, cerca del riachuelo en que pescábamos! Podrás volver a tener un acuario y criar peces, pasearás todo lo que quieras sin tener que pedir permiso a nadie y podrás tocar el piano cuando se te antoje.

Me inclino sobre su rostro en penumbras. Respira lentamente. Tiene la cara húmeda: llora. ¡Qué tonto he sido con mi torpe discurso!

—Vamos a ver, Franz.

Le doy la vuelta sujetándolo, con cuidado, por la espalda y pongo mi mejilla sobre la suya.

—¿No quieres dormir un poco?

No responde. Las lágrimas le resbalan por la cara. Me gustaría secárselas, pero mi pañuelo está muy sucio. Pasa una hora. Sigo sentado, preparado, espiando cada uno de sus gestos por si desea algo. Si por lo menos abriera la boca y gritara... Pero sólo llora con la cabeza inclinada hacia un lado. No habla de su madre ni de sus hermanos; no dice nada. Debe encontrarse ya lejos de todo esto. Ahora está solo, con su corta vida de diecinueve años y llora porque se le escapa.

Ésta es la muerte más conmovedora, más dolorosa que he visto. Y eso que la de Tjaden fue también terrible. Aullaba llamando a su madre, él, un muchacho fuerte como un oso con los ojos desorbitados por el terror, alejaba con la bayoneta al médico que intentaba revisarlo, hasta que cayó muerto.

De pronto, Kemmerich gime y comienza a jadear.

Doy un salto y salgo, chocando con todos, mientras pregunto:

—¿Dónde está el médico?, ¿dónde está el médico? Veo una bata blanca y la sujeto con fuerza.

—Venga enseguida. Franz Kemmerich está agonizando.

El médico se sacude mis dedos y le pregunta a un enfermero que está a su lado:

—¿Qué quiere decir eso? El otro responde:

—Cama 26. Una pierna amputada.

—¿Y qué quieres que yo haga? —gruñe el médico. —Hoy amputé cinco.

Me empuja con la mano y le dice al enfermero:

—Vaya a ver qué sucede.

Y corre hacia la sala de operaciones.

Tiemblo de coraje mientras acompaño al hombre. Murmura:

—Una operación después de otra desde las cinco de la mañana. Esto es una locura, créeme. Hoy, dieciséis defunciones, con el tuyo serán diecisiete. De seguro llegamos a veinte.

Me fallan las fuerzas. De pronto no puedo más. No quiero quejarme, sería tonto. Quisiera resbalar hasta el suelo y no levantarme más.

Estamos frente a la cama de Kemmerich. Ha muerto. Tiene todavía el rostro húmedo de lágrimas. Tiene los ojos semiabiertos; unos ojos amarillentos, como viejos botones de hueso.

El enfermero me empuja:

—¿Te llevas sus cosas?

Asiento con un gesto. Prosigue:

—Lo sacaremos de aquí enseguida; necesitamos la cama. Hay algunos esperando ahí afuera, en el pasillo.

Recojo las cosas y quito a Kemmerich su placa de identificación. El enfermero me pide la cartilla militar. No la tiene aquí. Le digo que tal vez esté en la oficina de la compañía. Voy. A mis espaldas se llevan a Franz en una camilla de campaña.

Al salir, la oscuridad y el viento me parecen una liberación. Respiro con fuerza, tan intensamente como me es posi-

ble y siento en la cara, más que nunca, el beso tibio y suave del aire. De pronto me llenan el pensamiento imágenes de prados floridos, de jóvenes muchachas, de nubes blancas. Los pies se mueven solos; me apresuro, corro. Pasan soldados muy cerca de mí. Sus palabras, que no llego a percibir con claridad, me conmueven. La tierra está saturada de una energía que me inunda, a través de mis botas. La noche chisporrotea luces eléctricas, el frente resuena sordamente como un concierto de tambores. Mis miembros se mueven ágilmente, siento las articulaciones llenas de vigor, aspiro con fuerza, resoplo... La noche está viva. Yo también estoy vivo. Tengo hambre, siento una avidez mucho más aguda que la que nos produce el estómago...

Müller me está esperando en la puerta de la barraca. Le doy las botas. Entramos y se las prueba. Le quedan pintadas.

Busca entre sus provisiones y me ofrece un buen trozo de salchicha. Además, tenemos té caliente y ron.

CAPÍTULO III

Recibimos refuerzos. Se cubren las bajas, y en las barracas pronto están ocupadas todas las colchonetas. En parte son veteranos, pero también nos han endosado a veinticinco muchachos del último reemplazo. Tienen casi un año menos que nosotros.

Kropp me toca con el codo:

—¿Ya viste a estos niños?

Le digo que sí. Erguimos el pecho, pedimos que nos rasuren en el patio, metemos las manos en los bolsillos del pantalón, miramos de arriba abajo... y nos sentimos unos empedernidos veteranos.

Katczinsky se nos une. Paseando por los establos llegamos a donde se alojan los jóvenes recién llegados, que ahora están recibiendo las caretas antigás y la ración de café.

Kat pregunta a uno de los más jóvenes:

—¿Hace mucho tiempo que no les sirven una comida que valga la pena?

El otro hace una mueca:

—Por la mañana, pan de nabos; al mediodía, nabos, por la noche, rebanadas de nabo y ensalada de nabos.

Katczinsky silba con suficiencia:

—¿Pan de nabos? Tuvieron mucha suerte porque también lo hacen de aserrín. ¿Qué te parecerían unos ejotes?, ¿quieres una buena ración?

El muchacho enrojece.

—Me estás tomando el pelo.

Katczinsky le dice tan sólo:

—Trae tus platos.

Lo seguimos llenos de curiosidad y nos lleva hacia un pequeño barril cerca de su colchoneta. Está lleno hasta la mitad de ejotes con carne de buey. Katczinsky se instala detrás del barril y dice, adoptando aires de general:

—¡El ojo atento y las manos largas! Ésta es la consigna de los prusianos.

Estamos perplejos. Pregunto:

—Peto, Kat, tragón, ¿de dónde sacaste todo esto?

—“El Tomate” se alegró de que me las llevara. Le di por ellas tres trozos de seda de paracaídas. Bueno, toma, los ejotes fríos son excelentes.

Con aire protector, le da una buena ración al joven y dice:

—Cuando vuelvas con el plato traes en la mano izquierda un puro o un trozo de tabaco para mascar. ¿Entendiste?

Después se voltea hacia nosotros:

—Por supuesto, esto no les afecta a ustedes.

Katczinsky es insustituible, está dotado de un sexto sentido. Tipos de esta clase existen en todas partes, pero al principio los demás no se dan cuenta. En cada compañía hay uno o dos; Katczinsky es el más hábil que conozco. Creo que es zapatero de oficio, pero esto no quiere decir nada; él sabe algo de todos los oficios. Es muy útil ser su amigo. Kropp y yo lo somos; Haie Westhus también, pero sólo a medias. Haie es,

más que nada, el órgano ejecutor, pues trabaja bajo las órdenes de Kat cuando hay que terminar algo a trompazos. Por esto goza, claro, de algunos privilegios.

Por ejemplo, llegamos de noche a un pueblito absolutamente desconocido, un lugar triste y solitario, que evidentemente ha sido saqueado. Nos alojamos es una pequeña y oscura fábrica que fue adaptada para eso. Que se pusieron camas es un decir, pues son un par de listones colocados en el suelo sobre los que se clavó un trozo de tela metálica.

La tela metálica es dura. No tenemos mantas para poner debajo; las nuestra las necesitamos para cubrirnos. La lona de las tiendas es muy delgada.

Kat se da cuenta y dice a Haie Westhus:

—¡Ven conmigo!

Se van por el pueblo desconocido. Media hora más tarde vuelven con grandes montones de paja. Kat encontró un establo que era utilizado como pajar. Ahora podríamos dormir tranquilos si no tuviéramos esa horrible hambre.

Kropp pregunta a un artillero, que desde hace tiempo permanece destacado en estos alrededores:

—¿Hay algún comedor por aquí cerca?

El otro se ríe.

—¡Para nada! No hay nada que hacer aquí, no encontrarás ni una corteza de pan.

—¿No hay ni un solo habitante?

El artillero escupe.

—Claro que hay alguno. Pero se pasan el santo día alrededor de nuestras ollas por si pueden llevarse alguna cosa.

Mal negocio. Tendremos que apretarnos los cinturones y esperar a mañana cuando llegue la comida. Pero veo que Kat se pone el casco y le pregunto:

—¿Dónde vas ahora?

—A ver qué encuentro.

Y sale animoso.

El artillero suelta una risita burlona.

—¡Ve, ve! No vuelvas muy cargado.

Decepcionados nos echamos meditando la posibilidad de sacar algo de las provisiones de reserva. Pero es muy arriesgado e intentamos echar una siesta.

Kropp parte un cigarro y me da la mitad. Tjaden habla del plato típico de su país, ejotes con tocino. Excomulga a aquellos que los hacen sin poner ajedrea. Es necesario cocerlo todo junto y no —¡por el amor de Dios—!, como lo hacen algunos que cuecen por separado las papas, las alubias y el tocino. Alguien amenaza con hacer picadillo de Tjaden si no se calla inmediatamente. Se extiende el silencio por el vasto dormitorio improvisado. Sólo crepita un par de velas puestas en el cuello de unas botellas; de vez en cuando el artillero echa un escupitajo. Nos estamos adormeciendo poco a poco, cuando se abre la puerta y aparece Kat. Me parece que estoy soñando, lleva dos panes bajo el brazo y en la mano un costal, manchado de sangre, lleno de carne de caballo. Al artillero le cae la pipa de la boca. Palpa el pan.

—Es pan auténtico y todavía está caliente.

Kat calla. Consiguió pan y lo demás no le importa. Estoy convencido de que si lo enviaran al desierto, al cabo de una hora conseguiría lo necesario para una cena de carne asada, dátiles y vino.

Dice concisamente a Haie:

—Prende el fuego.

Después saca de su chamarra una sartén y de su bolsillo un poco de sal y de manteca. Ha pensado en todo. Haie en-

ciende el fuego. Crepita la leña en la nave vacía. Nos levantamos arrastrándonos.

El artillero duda. No sabe si alabar a Kat intentando conseguir algo. Pero Kat ni lo voltea a ver, como si no existiera. El artillero se va maldiciendo.

Kat sabe cómo hacer que el asado de caballo quede tierno. No se debe poner enseguida en la sartén; de esta forma queda duro. Primero debe cocerse con un poco de agua.

Nos sentamos en círculo con el cuchillo en la mano y comemos hasta llenarnos.

Así es Kat. Si en algún lugar, sólo durante una hora, cada año fuera posible encontrar algo comestible, exactamente en aquella hora, Kat, como súbitamente iluminado, se pondría el casco, saldría y se dirigiría, sin vacilación, como guiado por una brújula, a encontrarlo.

Lo encuentra todo. Si hace frío, encuentra braseros y leña, heno y paja, mesas, sillas y, sobre todo, comida. Es un misterio, uno creería que hace encantamientos con el aire del cielo. Su obra maestra fue conseguir cuatro latas de langosta. Nosotros, no obstante, habríamos preferido manteca.

***

Nos echamos apoyados en las paredes de la barraca donde da el sol. Apesta a alquitrán, a verano, a pies.

Kat se sienta a mi lado, le gusta hablar. Al mediodía, nos pusieron a hacer ejercicios de salutación una hora seguida porque Tjaden saludó a un comandante de modo poco reglamentario. A Kat no se le olvida. Me dice:

—Perderemos la guerra por saber saludar demasiado.

Kropp se acerca lentamente, con pasos de cigüeña, descalzo y arremangados los calzones. Tiende en el pasto los cal-

cetines que acaba de lavar. Kat mira al cielo, se echa un rotundo pedo y añade, soñador:

—"Ejote tras ejote soltarán un pedote."

Empiezan a discutir y apuestan una botella de cerveza sobre el resultado de un combate aéreo que tiene lugar sobre nuestras cabezas.

No hay quien pueda convencer a Kat de que se equivoca como buen gato viejo del frente, , cuando en rimas compuestas por él mismo expresa su opinión:

—"Con buena comida y paga la guerra pronto se acaba."

Kropp, en cambio, es un pensador. Opina que una declaración de guerra debería ser una especie de fiesta popular, con taquillas a la entrada y música, como en las corridas de toros. Los ministros y generales de los dos países bajarían a la plaza en traje de baño, armados con estacas y se darían una buena paliza. El país que sobreviviera sería el vencedor. Esto sería más sencillo y todo resultaría mejor que ahora, cuando quienes se pelean son ajenos al asunto.

La proposición tiene éxito. Después, la conversación deriva hacia la disciplina militar.

Una imagen atraviesa mi cerebro. El caluroso mediodía en el patio del cuartel. El calor, pesado como una piedra, lo invade todo. El edificio parece muerto. Todo está dormido. Sólo se escucha el repicar de unos tambores que ensayan. Se reunieron rodos en algún lugar y practican tonta, monótona, estúpidamente. El calor del mediodía, el patio del cuartel y el ejercicio de los tambores, ¡qué perfecto cuadro!

Las ventanas se ven vacías y oscuras. En algunas cuelgan pantalones de terliz puestos a secar. Miramos hacia ellas con envidia. Las habitaciones son frescas.

Salas de las compañías, oscuras y cerradas, con sus camas de hierro, sus colchas de cuadros, sus armarios altos y estrechos con su escabel delante. ¡También ustedes pueden llegar a ser el objeto de nuestros deseos!, ¡Vistas desde aquí, tienen incluso un encantador parecido con la casa paterna, habitaciones que huelen a comida rancia, a gente dormida, a humo, a ropa usada!

Katczinsky las evoca con espléndidos colores, las describe con gran emoción. Pagaríamos lo que fuera para poder volver. Ya no nos atrevemos a aspirar a más.

¡Ustedes, horas de instrucción al amanecer!

—¿Cuáles son las partes del fusil modelo 98?

¡Ustedes, horas de gimnasia después de comer!

—Los que sepan tocar el piano que den un paso al frente. Media vuelta a la derecha. Preséntense en la cocina para pelar papas.

¡Nos revolcamos en estos recuerdos! De pronto, Kropp empieza a reír y grita:

—En Löhne cambio de tren.

Éste era el juego predilecto de nuestro cabo. Löhne es una estación de conexión. Para que no se equivocaran los que se iban con permiso, Himmelstoss nos hacía ensayar el cambio de tren en la sala de la compañía. Teníamos que aprender que en Löhne se atraviesa la vía por un paso subterráneo, para poder tomar el tren de enlace. Fingíamos que las camas eran el paso subterráneo y cada uno de nosotros se ponía a la izquierda de la suya. Entonces se ordenaba:

—En Löhne cambio de tren.

Y todos, como rayos, pasábamos por debajo de la cama al otro lado. Este ejercicio lo hacíamos durante horas. Mientras, alguien le dio al avión alemán seriamente. Cae como un come-

ta entre una estela de humo. Así, Kropp perdió una botella de cerveza y cuenta, malhumorado, su dinero.

—Seguro que Himmelstoss, como cartero, es un hombre humilde —digo, en cuanto se calma la decepción de Albert. —¿Por qué, pues, es tan animal como cabo?

La pregunta anima a Albert:

—No es sólo Himmelstoss. Esto le pasa a muchos. En cuanto tienen galones o sable no son los mismos; se creen tanto que parece que hubieran comido cemento armado.

—Esto es culpa del uniforme —insinúo.

—En parte, sí —dice Kat y se acomoda como para un gran discurso—, pero la causa es otra. Mira: si entrenas a un perro para comer papas y cuando ya está acostumbrado le echas un pedazo de carne, verás que, a pesar de todo, lo caza al vuelo porque eso está en su naturaleza. Si a un hombre le das un poco de poder hará lo mismo, hará hasta lo imposible por atraparlo. Es lógico porque el hombre, en el fondo, no es más que un animal cualquiera y sólo con el tiempo adquiere una capa de decencia, igual que una croqueta la recibe de harina. El ejército se basa en eso: que uno tenga siempre poder sobre otro. Lo malo es que, todos juntos, tienen demasiado poder. Un cabo puede marear a un novato hasta enloquecerlo. Un teniente puede hacer lo mismo con un cabo y un capitán con un teniente. Y como lo saben todos, se adaptan enseguida. Mira un sencillo ejemplo: Volvemos de entrenar y estamos muertos, entonces se oye una orden: "¡A cantar!". Cantamos pesadamente, sin ganas, porque cada uno de nosotros tiene suficiente con arrastrar, trabajosamente su fusil. Por esta razón, como castigo, la compañía da media vuelta y debe hacer una hora más de ejercicio suplementario. Regresamos, nos vuelven a ordenar: "¡A cantar!", y cantamos bien. ¿Qué quiere decir esto? Que el comandante se

salió con la suya porque tiene poder para hacerlo. Nadie lo censurará; al contrario, ganará fama de hombre enérgico, que no se rinde. Y eso es una bobería, hay muchas otras cosas que nos martirizan. Díganme ahora: ¿un particular, sea quien sea, en qué profesión puede permitirse algo parecido sin que le rompan la cara? Eso sólo es posible en el ejército. Ya lo ven, se les suben los humos a la cabeza. Y cuanto más cobardes eran en la vida civil, más ínfulas tienen aquí.

—Dicen que debe haber disciplina —añade Kropp, displicente.

—Sí, siempre tienen razón —rezonga Kat. —Quizá sea necesaria, Pero no se puede convertir la disciplina en un sistema de fregar a los demás. Háblale de esto a un cerrajero, a un obrero, a un mozo cualquiera; explícaselo a un recluta, que es lo que somos aquí la mayor parte; lo único que sabe es que le hacen saltar la piel de la espalda, que lo llevan al frente y sabe exactamente lo que es necesario y lo que no lo es. Créanme, lo que debe aguantar aquí un pobre soldado es demasiado. ¡Las pasa negras!

Todos estamos de acuerdo. Cada uno de nosotros sabe que la rigidez de la vida militar termina sólo en la trinchera, pero que vuelve a empezar a pocos kilómetros del frente y, ciertamente, de la manera más estúpida, con saludos y el paso de desfile. El soldado debe estar siempre ocupado, esto es una ley de hierro.

En este momento aparece Tjaden, con el rostro cubierto de pequeñas manchas rojas. Está tan emocionado que tartamudea. Radiante de satisfacción, nos dice, recalcando cada sílaba:

—Himmelstoss está en camino. Viene al frente.

***

Tjaden siente por Himmelstoss un odio a muerte porque en el cuartel quiso educarlo con sus métodos. Tjaden sufre de incontinencia de orina; por la noche, cuando duerme, sin darse cuenta se mea en la cama. Himmelstoss afirmaba, sin ceder ni un poco, que sólo era cuestión de flojera de levantarse e ideó un medio digno de su persona para curar a Tjaden.

Encontró en otra sala a otro meón que se llamaba Kindervater. Los puso juntos. Las literas estaban colocadas, como es habitual, de dos en dos y una encima de la otra. Los tambores de la cama eran una simple tela metálica. Himmelstoss los puso de forma que la cama de uno quedara justo bajo la del otro. El hombre que dormía en la inferior se la pasaba, claro, tan mal como era posible. A la noche siguiente hacía que se cambiaran para que el de abajo pudiera vengarse. Ésta era la autoeducación de Himmelstoss. El procedimiento era infame, pero la idea tenía cierto valor. Desgraciadamente no sirvió de nada porque se fundaba en una hipótesis falsa: en ninguno de los dos casos era flojera; era evidente por el mal color que tenían los desgraciados. Terminaron turnándose cada noche uno en el suelo, con el riesgo de pescar una pulmonía.

Entretanto, Haie se sienta cerca de nosotros. Me guiña el ojo y se frota, con calma, sus enormes manazas. Vivimos juntos la jornada más hermosa de nuestra vida militar. Fue la noche antes de partir hacia el frente. Nos habían destinado a un regimiento de reciente formación y antes nos mandaron a la guarnición para recoger el uniforme de campaña y el resto del equipo; no en el depósito de los reclutas, sino en otro cuartel. Salíamos a la mañana siguiente. Aquella noche nos dispusimos, pues, a arreglar cuentas con Himmelstoss. Lo habíamos

jurado hacía ya muchas semanas. Kropp lo deseaba tanto que se había decidido, cuando llegara la paz, a estudiar la carrera de cartero para llegar a ser superior de Himmelstoss cuando éste volviera a su oficio de cartero. Desde antes disfrutábamos sólo de pensar cómo se vengaría. Era precisamente por esto que nunca pudo conseguir que nos acobardáramos; porque teníamos la esperanza de que nos las pagaría tarde o temprano, a más tardar cuando terminara la guerra.

Mientras, queríamos darle una buena golpiza, ¿Qué podía sucedernos si él no nos reconocía y a la mañana siguiente salíamos de madrugada?

Conocíamos la taberna que visitaba cada noche. A la salida, para ir al cuartel, tenía que pasar por un callejón oscuro y deshabitado. Lo esperamos allí, detrás de un montón de piedras. Yo me había conseguido una sábana. Moríamos de impaciencia por saber si vendría solo. Finalmente, escuchamos sus pasos, los conocíamos bien por haberlos oído con demasiada frecuencia aquellos días en que al amanecer abría bruscamente la puerta y bramaba: “¡De pie todos!”.

—¿Solo? —murmuró Kropp.

—¡Solo!

Tjaden y yo nos deslizamos con precaución hasta el otro extremo de las piedras.

Ya brillaba la hebilla de su cinturón. Himmelstoss parecía algo alegre; cantaba. Pasó, sin sospechar nada, delante de nosotros.

Le saltamos encima con la sábana en la mano. Pasamos, por detrás, la sábana hasta la cabeza, tiramos enseguida hacia abajo y lo dejamos metido como en una especie de saco blanco que le impedía levantar los brazos. Su canción se interrumpió.

Haie Westhus se acercó rápidamente. Nos indicaba, para ser el primero, que esperáramos un poco. Con mucho regocijo se colocó en posición, levantó un brazo como un poste de señales, una mano como una pala de acarrear carbón y soltó sobre el saco blanco un golpe capaz de tumbar a un buey.

Himmelstoss dio una vuelta de campana, aterrizó cinco metros más allá y comenzó a gritar. Ya lo habíamos previsto y teníamos a la mano una almohada. Haie se agachó, puso el cojín sobre sus rodillas y agarrando al cabo por el lugar donde tenía la cabeza, lo apretó encima con toda su alma. Los gritos se ahogaron. De vez en cuando, Haie aflojaba un poco la presión para dejarlo respirar, y entonces aquel sordo jadear se convertía en un grito estridente que Haie ahogaba de nuevo.

Tjaden desabrochó los tirantes de Himmelstoss, le bajó los pantalones manteniendo el látigo entre sus dientes. Después se levantó y comenzó el baile.

Era una magnífica escena. Himmelstoss en el suelo y Haie, inclinado sobre él, aguantándole la cabeza sobre sus rodillas con una mueca de diabólica alegría y la boca entreabierta de placer; después los rayados calzoncillos, agitándose con las piernas cruzadas y haciendo, a cada latigazo, las más originales contorsiones; delante, de pie, el infatigable Tjaden pegando con la furia de un leñador. Tuvimos que arrancarlo de allí a la fuerza para poder participar en la paliza.

Por fin, Haie puso nuevamente en pie a Himmelstoss y quiso regalarle, como fin de la fiesta, una escena íntima. Parecía que quería alcanzar las estrellas de tanto que levantó la mano para soltarle una solemne cachetada. Himmelstoss se convirtió en un trompo. Haie lo puso de nuevo en situación y le pegó con mucho estilo, un magnífico izquierdazo. Himmelstoss berreó como un poseído y escapó corriendo a

cuatro patas. Su culo rayado de cartero brilló al claro de la luna. Nos largamos corriendo.

Haie todavía se detuvo, y le dijo, con odio satisfecho, un poco enigmático:

—La venganza es dulce...

Considerándolo bien, Himmelstoss debía estar contento, pues su lema de que los unos deben educar a los otros había dado frutos muy apreciables, al menos en lo que a él se refiere. Éramos adelantados discípulos de sus métodos.

Nunca supo a quién debía aquel obsequio. Y bien visto, incluso salió ganando una sábana, pues fuimos a buscarla después de unas horas y ya no la encontramos.

Contentos por los recuerdos de la noche anterior, partimos tranquilos al amanecer. Es por esta razón que una larga barba, ondulando al viento, pudo calificarnos emocionada de "juventud heroica".

CAPÍTULO IV

Nos mandan a primera línea, a fortificar. Al atardecer llegan los camiones. Subimos. La noche es calurosa y la oscuridad parece una manta bajo la que nos sentimos a gusto. Nos une; incluso Tjaden, el avaro, me ofrece un cigarro y me lo enciende.

Vamos amontonados uno contra el otro; nadie puede sentarse. Tampoco es la costumbre. Müller, por fin de buen humor, tiene puestas sus botas nuevas.

Los motores roncan, los coches traquetean y crujen. Las carreteras están gastadas y llenas de agujeros. Los camiones tienen prohibido encender las luces y caemos en los baches que nos hacen ir de un lado a otro con el peligro de salirnos del coche. Eso no nos inquieta. ¿Qué puede suceder? Un brazo roto es mejor que un agujero en el vientre, y más de uno querría, precisamente, una ocasión para dar un paseo por su tierra.

Cerca de nosotros desfilan en largas columnas los coches del convoy de municiones. Tan rápidamente que nos rebasan continuamente. Les gritamos groserías y nos responden.

Se hace visible una pared, pertenece a una casa lejos de la carretera. De pronto afino el oído. ¿Me equivoco? Vuelvo a

escuchar con claridad el graznido de una oca. Echó un vistazo a Katczinsky y él me lo devuelve. Estamos de acuerdo.

—Kat, oigo a un candidato para nuestra cazuela.

Afirma:

—Cuando volvamos. Ya sé dónde está.

Por supuesto, Kat sabe dónde está. Seguro que puede localizar las ocas que hay en veinte kilómetros a la redonda.

Los camiones llegan a la zona ocupada por la artillería. El emplazamiento de las piezas está camuflado con ramas para ocultarlas a los aviadores. Parece una fiesta militar de los Tabernáculos. Esas glorietas tendrían un aspecto hermoso y plácido si sus ocupantes no fueran cañones.

El aire está lleno de humo y niebla. Identificamos en la lengua el gusto amargo de la pólvora. Los estampidos resuenan tanto que el camión tiembla; el eco va perdiéndose detrás de nosotros; todo se tambalea. Nuestros rostros van cambiando insensiblemente. No vamos a las trincheras, es cierto; sólo a fortificar, pero en cada uno de los rostros se puede leer: "He aquí el frente, estamos en sus dominios".

Esto no es todavía miedo. Quien como nosotros ha estado muchas veces en primera línea, tiene la piel curtida. Sólo los reclutas muy jóvenes están emocionados. Kat los instruye:

—Esto fue un 30'5, se sabe por el ruido del disparo. Enseguida escucharemos la explosión.

Pero el ruido sordo de las explosiones no llega hasta aquí. Lo apaga el rumor general del frente. Kat escucha con atención:

—Esta noche habrá relajo.

Todos atendemos. El frente está intranquilo. Kropp dice:

—Los "Tommys" están disparando.

Se oyen claramente los disparos. Son las baterías inglesas, a la derecha de nuestro sector. Empiezan con una hora de anticipación. Nosotros comenzamos siempre a las diez en punto.

—¿Qué les pasa ahora a aquellos? —grita Müller. —¿Se les adelantó el reloj?

—Les digo que habrá jaleo, lo siento en mis huesos —dice Kat, moviendo los hombros.

Cerca de nosotros disparan tres cañonazos. La llamarada corta en sesgo el aire y la niebla, los cañones gruñen y ronronean sordamente. Sentimos un escalofrío, pero estamos contentos porque mañana nos encontraremos de nuevo en las barracas.

Nuestros rostros no están más pálidos ni más encendidos que antes; ni más relajados, y, a pesar de todo, son distintos. Notamos como si se hubiera establecido en nuestra sangre un contacto eléctrico. No es hablar por hablar, es un hecho. Es el frente, es la conciencia de encontrarnos en él lo que ha motivado este contacto. En el momento en que silban los primeros obuses, en que el aire se desgaja con los primeros disparos, llega de pronto a las venas, a las manos, a los ojos, un ansia intensa, contenida, un estar ojo avizor, un vigoroso despabilamiento, un extraño aguzamiento de los sentidos. Con un brinco el cuerpo queda dispuesto para todo.

A veces me parece que es el aire agitado y brillante que penetra con su silencioso vuelo en nuestro interior; o quizá el mismo frente que irradia algún fluido movilizador de desconocidas fibras nerviosas.

Cada vez sucede igual, cuando venimos somos soldados, alegres o gruñones; en cuanto llegamos a las primeras baterías cada una de nuestras palabras adquiere otro sentido.

Si Kat, ante las barracas, dice: “Habrá jaleo”, no expresa nada más que su opinión. Pero cuando lo dice aquí, la frase

toma el brillo de una bayoneta bañada por la luna, atraviesa, en línea recta, nuestros pensamientos, se acerca a la subconsciencia que se despertó en nosotros y le dice con oscura significación: “Habrá jaleo”. Quizá es nuestra vida más íntima y más secreta la que se estremece y se alista para defenderse.

***

Para mí el frente es un siniestro remolino. Cuando todavía estamos lejos y nos encontramos en aguas tranquilas sentimos la fuerza que nos chupa, que nos atrae, lentamente, inevitablemente, sin que podamos oponerle ninguna resistencia. De la tierra y del aire brotan, no obstante, fuerzas de defensa; sobre todo de la tierra. Para nadie tiene tanta importancia la tierra como para el soldado. Cuando boca abajo se aprieta contra ella, lentamente, con violencia; cuando hunde en ella su rostro y sus miembros poseído por el mortal terror del fuego, entonces la tierra es su única amiga, su hermano, su madre. Gime por su estupor y su miedo en el corazón de ese silencio, en ese refugio acogedor; ella lo recibe y después lo deja ir hacia diez segundos más de carrera y de vida, para recogerlo de nuevo, tal vez para siempre.

¡Tierra! ¡tierra! ¡tierra! ¡Tierra, con tus relieves, tus agujeros y salientes donde uno puede lanzarse y encogerse! Tierra, en las convulsiones del horror, en los espantos de la destrucción, en los mortíferos aullidos de las explosiones, tú nos envías la inmensa contraofensiva de la vida recuperada. El loco torrente de nuestra existencia destrozada sale de ti, a través de nuestras manos; por eso, habiendo escapado a la muerte, buscamos tus entrañas y en la alegría muda y angustiosa de haber sobrevivido a este minuto, te mordemos con fuerza.

Una parte de nuestro ser retrocede miles de años en cuanto estallan los primeros obuses. Es el instinto de la bestia lo que despierta en nosotros, lo que nos guía y nos protege. No es consciente, es mucho más rápido, más seguro, más infalible que la conciencia clara. No puede explicarse. Caminas sin pensar en nada y, de repente, estás agachado en el interior de un embudo mientras, por encima de tu cabeza, vuelan los pedazos de un obús; no te acuerdas, sin embargo, de haber oído silbar la bomba ni de haber pensado en esconderte. Si debieras confiar en ti mismo, hace tiempo que tu cuerpo no sería sino un montón de carne esparcida por todas partes. Es este otro elemento, este instinto perspicaz lo que nos ha movilizado y salvado sin saber cómo. Si no fuera por él, de Flandes a los Vosgos no quedaría ya un solo hombre.

Cuando vamos a algún lugar somos simples soldados, alegres o gruñones. Cuando llegamos a la zona del frente, nos convertimos en hombres fiera.

***

Nos acoge un bosquecillo raquítico. Atravesamos las cocinas de campaña. Nos bajamos del camión detrás del bosque. Los camiones regresan. Mañana, antes de la aurora, regresarán a buscarnos.

La niebla y el humo cubren el pasto hasta la altura del pecho. En el cielo brilla la luna. Por la carretera pasan tropas. Los cascos de acero reflejan pálidamente la luz lunar. Las cabezas y los fusiles emergen de la niebla.

La niebla termina un poco más allá. Las cabezas se convierten en figuras. Guerreros, pantalones y botas salen de la bruma como de un mar lácteo. Van formados en columna.

La columna avanza, las figuras van haciéndose compactas, tomando aspecto de cuña y ya no podemos distinguir una de otra; sólo vemos una oscura sombra que avanza extrañamente nutrida por las cabezas y los fusiles flotantes que van saliendo del estanque brumoso. Ya no son hombres. Son una columna.

Por un camino transversal pasan cañones ligeros y carros de municiones. Los lomos de los caballos brillan al claro de luna, sus movimientos son hermosos, levantan vivamente la cabeza y puede verse lucir sus ojos. Los carros y los cañones parecen resbalar sobre un fondo de paisaje lunar. Los jinetes, con sus cascos de acero, parecen caballeros de tiempos pasados; es algo de una extraña belleza que cautiva.

Llegamos a la base de zapadores. Algunos de nosotros cargan en sus espaldas unas barras de hierro curvas y afiladas; los demás pasan unos lingotes metálicos por el centro de unos rollos de alambre espinoso y se los llevan. La carga es incómoda y pesada. El terreno está desbastado. Los de cabeza gritan:

—¡Cuidado! A la izquierda hay un embudo.

—¡Ojo! Una trinchera...

Vamos con los ojos muy abiertos, los pies y el bastón palpan el terreno antes de avanzar. Súbitamente, el grupo se detiene; nos topamos de frente contra el hombre que nos precede y maldecimos.

Unos camiones destrozados por la metralla nos impiden el paso. Otro aviso:

—Apaguen los cigarros y las pipas.

Estamos casi en las trincheras de primera línea. Mientras, oscureció. Rodeamos un bosquecillo y el sector del frente queda ante nosotros.

Un incierto resplandor rojizo se extiende por todo el horizonte. Se agita continuamente atravesado por los relámpagos de las baterías. Por encima de nuestras cabezas se elevan las bolas luminosas, rojas o plateadas, que estallan y se deshacen en una lluvia de estrellas blancas, verdes y coloradas. Los cohetes franceses se abren en espiga y despliegan un paracaídas de seda que baja lentamente, planeando. Lo iluminan todo con una claridad diurna, el resplandor llega hasta nosotros, vemos nuestra sombra netamente recortada en el suelo. Planean unos minutos antes de consumirse. Enseguida surgen otros, se elevan de todas partes rodeados por una lluvia de estrellitas coloreadas.

—¡Qué hervidero! —dice Kat.

El fragor de las piezas de artillería se condensa hasta convertirse en un solo trueno opaco y ensordecedor en el que destacan únicamente las explosiones de los obuses. Crepita el martilleo seco de las ametralladoras. El aire, por encima de nosotros, está lleno de invisibles ataques, de aullidos y silbidos. Son proyectiles de poco calibre; pero de vez en cuando, en medio de ellos resuenan, con sus voces de órgano, los obuses de artillería pesada que atraviesan la noche y van a caer lejos, a nuestras espaldas. Hacen un aullido ronco y lejano como de ciervos en celo y vuelan muy alto por encima de los gritos y silbidos de los proyectiles menores. Los reflectores comienzan a explorar la negrura del cielo. Resbalan por ella como látigos gigantescos. Uno de ellos se inmoviliza y sólo tiembla un poco. Llega otro enseguida, se cruzan, puede verse entre los dos un pequeño insecto negro que intenta escapar: el avión. El piloto, cegado, pierde la seguridad y vacila.

Clavamos fuertemente las estacas de hierro a distancias regulares. Siempre hay dos hombres que sostienen los rollos;

los otros van desenredando el alambre, este asqueroso alambre de púas largas y espesas. No estoy acostumbrado a hacerlo y me araño una mano.

Al cabo de unas horas terminamos. Pero todavía falta un rato para que lleguen los camiones. La mayoría de nosotros se acuesta para dormir. Yo lo intento, pero hace mucho frío. Se siente la proximidad del mar; el frío nos despierta a cada momento.

Por fin logro adormecerme. Cuando de repente me incorporo, no sé dónde estoy. Veo las estrellas, los cohetes y, por un momento, tengo la impresión de haberme dormido en un jardín, durante una fiesta. No sé si es de día o de noche, estoy acostado en la cuna pálida del crepúsculo y espero dulces palabras que deberían ser pronunciadas inmediatamente, palabras amorosas y tranquilas. ¿Lloro? Me paso la mano por los ojos, ¡qué extraño! ¿Soy un niño? ¡Qué piel más suave! Sólo dura un segundo, reconozco enseguida la silueta de Katczinsky. El veterano está sentado tranquilamente fumando su pipa, una pipa con tapadera, naturalmente. Cuando se da cuenta de que estoy despierto, dice:

—Te asustaste. Era sólo una espoleta que se clavó en los matorrales.

Me levanto. Me siento extrañamente solo. La presencia de Kat me reconforta. Mira pensativamente hacia el frente y exclama:

—Qué hermosos fuegos artificiales si no fueran tan peligrosos...

Detrás de nosotros estalla un obús. Algunos reclutas se levantan asustados. Dos minutos más tarde cae otro, más cerca que el primero. Kat vacía su pipa de un golpe:

—Ya empezamos.

Ese asunto se pone grave. Huimos a rastras tan rápidamente como podemos. El siguiente obús cae en medio de nuestro grupo.

Se oyen gritos. En el horizonte suben cohetes verdes. Vuela el lodo, la metralla silba. Se siente su caída todavía cuando la explosión enmudeció hace rato.

A nuestro lado un recluta acobardado se tiró en el suelo, un muchacho de pelo blanco como el lino que entierra el rostro entre sus manos. El casco se le salió de la cabeza y está en el piso. Lo recojo e intento ponérselo. Levanta los ojos, agarra el casco y arrastrándose como un niño, oculta la cabeza en mis brazos. Se aprieta contra mi pecho. Le tiembla la delgada espalda. Una espalda como la de Kemmerich.

Le doy chance, y para que el casco le sirva de algo, se lo pongo sobre el trasero; no es por burla, sino después de haber considerado que, tal como está, ésta es la parte más sobresaliente de su cuerpo. Aun teniendo ahí una buena porción de carne las heridas duelen terriblemente. Además de que uno debe quedarse meses y meses en el hospital, tendido boca abajo y casi de seguro te levantas cojo. En algún lugar, la explosión dio en el blanco. Se oyen gritos entre las detonaciones.

Por fin vuelve la calma. El fuego pasa ahora por encima de nuestras cabezas y castiga las últimas posiciones de reserva. Nos arriesgamos a echar un vistazo. Cohetes rojos cruzan el cielo. Posiblemente habrá un ataque.

Aquí hay calma. Me siento y sacudo la espalda del recluta.

—Ya pasó todo, muchacho. Esta vez salimos bien librados.

Mira a su alrededor, asustado.

Le digo para tranquilizarlo:

—Ya te irás acostumbrando.

Ve el casco y se lo pone. Lentamente va volviendo en sí. De pronto, se sonroja y adopta un gesto de turbación. Se toca

con la mano la parte trasera y me mira, incómodo. Enseguida comprendo: cólico del frente. No es realmente por eso que le había puesto el casco en aquel lugar.

Intento consolarlo, diciéndole:

—No tienes de qué avergonzarte; muchos, antes que tú, durante el bautismo de fuego, ensuciaron sus pantalones. Ve atrás de aquellos arbustos, quítate los calzoncillos y tíralos. Eso es todo.

***

Lo hace. El frente empieza a tranquilizarse, pero los gritos no paran.

—¿Qué pasa, Albert? —pregunto.

—Algunas columnas de abajo resultaron muy perjudicadas.

Los gritos siguen. No son humanos; los hombres no aúllan tan horrorosamente. Kat dice:

—Caballos heridos.

No había oído nunca gritar a un caballo y apenas puedo creerlo. Es la desolación del mundo, es la criatura martirizada, es un dolor salvaje y terrible el que gime aquí. Palidecemos. Detering se levanta.

—¡Criminales, verdugos! Mátenlos de una vez por todas.

Es agricultor y sabe de caballos. Esto debe afectarlo profundamente. Como mandado a hacer, el fuego paró casi por completo. Los gemidos de los animales se oyen diferentes.

No puede saberse de dónde vienen ya, en medio de este paisaje quieto y plateado. Son invisibles, espectrales; por todas partes, entre cielo y tierra, se escucha el clamor inmenso de estos gritos.

Detering se enfurece y chilla con rabia:

—¡Mátenlos, mátenlos de una vez! ¡Carajo!

—Primero deberán recoger a los heridos —dice Kat.

Nos levantamos y buscamos el lugar. Si pudiéramos ver a los caballos la cosa sería más soportable. Meyer tiene unos binoculares. Vemos un grupo oscuro de sanitarios con literas y grandes bultos negruzcos que se mueven. Son los caballos heridos. Pero no todos. Algunos intentan galopar, caen y vuelven a correr. Hay uno con el vientre abierto del que le cuelgan las entrañas. Tropieza con ellas y cae, pero se levanta de nuevo.

Detering toma el fusil y apunta. Kat, con un golpe, desvía hacia arriba el tiro.

—¿Estás loco?

Detering tiembla y tira el fusil al suelo.

Nos sentamos y nos tapamos las orejas. Pero estos terribles gemidos, estas angustiosas quejas, estos plañidos impresionantes resuenan y penetran por todas partes.

Estamos acostumbrados a muchas cosas. Peto esto nos produce un sudor frío. Quisiéramos levantarnos y correr huyendo a algún lugar donde no se oyeran los gritos. De todas maneras, no son hombres sino sólo caballos.

De la oscura hilera destacan otra vez unas camillas. Después suenan unos disparos aislados. Los grandes bultos tiemblan un poco y caen. ¡Por fin! Pero todavía no termina. Los soldados no pueden acercarse a los caballos heridos que huyen, aterrorizados, con todo el dolor en la inmensidad de sus bocas abiertas. Una de las figuras se arrodilla y suena un disparo; un caballo cae. Después otro... El último se apoya en las patas delanteras y gira en redondo como en un "carrusel" circense. Después se sienta, y con las patas delanteras aun derechas, sigue girando... Probablemente tiene la grupa destro-

zada. Un soldado corre hacia él y le dispara. Despacio, sumiso, va resbalando hasta el suelo.

Nos destapamos las orejas. Los gritos ya no se oyen. En el aire queda tan sólo un suspiro prolongado que va extinguiéndose. Después, de nuevo, los cohetes, el canto de las bombas y las estrellas... casi nos parece extraño.

Detering pasea de un lado a otro, maldiciendo:

—Me gustaría saber qué culpa tienen ellos.

Al cabo de un rato vuelve a empezar. Su voz está conmovida, tiene casi un sonido ceremonial cuando dice:

—Créanme. La mayor bajeza de todo esto es que los animales tengan que hacer la guerra.

***

Nos vamos. Ya es hora de volver a los camiones. El cielo se aclaró un poco. Las tres de la madrugada. El viento es fresco, frío incluso; la palidez de la hora tiñe de gris nuestros rostros.

Avanzamos a ciegas, en hilera, atravesamos trincheras y embudos, llegando de nuevo a la zona de niebla. Katczinsky está inquieto; mala señal.

—¿Qué te pasa, Kat? —pregunta Kropp.

—Quisiera estar en casa.

“En casa” quiere decir las barracas.

—Ya falta poco, Kat.

Está nervioso.

—No sé, no sé...

Llegamos a las últimas trincheras y después a los jardines. Volvemos a ver el bosque; desde aquí conocemos ya cada centímetro del terreno. Aquí está el cementerio de los cazadores, con sus montículos y sus cruces negras.

En este momento oímos detrás de nosotros unos silbidos que van creciendo hasta convertirse en un fragor de trueno. Nos agachamos; cien metros más allá se abre una nube de fuego.

Después de unos segundos, una parte del bosque se eleva lentamente en el aire. Es un segundo obús que acaba de estallar y arrancó tres o cuatro árboles que vuelan, lentamente, por encima de todo, antes de romperse en pedazos y caer. Ya zumban como válvulas de caldera, los obuses que siguen... Fuego intenso.

—¡Cúbranse! —aúlla alguien. —¡Cúbranse!

El terreno es liso, el bosque está demasiado lejos y es peligroso; no hay otro escondite más que el cementerio, los montículos y las tumbas. Nos abalanzamos hacia ellos, tropezando en la oscuridad, y cada uno de nosotros se lanza detrás de un montículo de tierra y se aplasta contra él como un escupitajo.

Justo a tiempo. La oscuridad enloquece, tiembla y se enfurece. Sombras más negras que la noche se lanzan con rabia sobre nosotros, nos pasan por encima con sus enormes jorobas. El fuego de las explosiones estremece de relámpagos el cementerio.

No hay escapatoria. Al resplandor de las granadas me animo a echar un vistazo hacia el prado. Es como un mar tempestuoso, las llamas de los proyectiles brotan como surtidores. Es imposible pasar a través de ellos.

El bosque desaparece, queda destrozado, trinchado, hecho polvo. Debemos quedarnos aquí, en el cementerio.

Delante de nosotros, la tierra explota. Llueven terrones. Siento un golpe. La metralla me arrancó una de las mangas. Cierro el puño. No me duele. Esto, sin embargo, no me tran-

quiliza, las heridas duelen hasta más tarde. Me palpo el brazo. Está arañado, pero entero. Recibo un golpe en la cabeza y voy a perder el conocimiento. Un pensamiento me atraviesa como un rayo: "¡No te desmayes!". Me hundo en la oscuridad de un abismo, pero me repongo enseguida. Un trozo de metralla dio contra mi casco, pero venía de tan lejos que no tuvo la suficiente fuerza para atravesarlo. Me quito el lodo de los ojos. Frente a mí se ha abierto un gran agujero; puedo distinguirlo borrosamente. No es frecuente que los obuses caigan en el mismo lugar. Por esta razón quiero meterme en él. Salto de mi escondite y quedo tendido boca abajo, como un pez.

Pero todo vuelve a empezar. Me encojo inmediatamente y tiento, con las manos, para encontrar un refugio. Toco algo a mi izquierda e intento apretarme a su lado, pero cede, gimo, la tierra se agrieta, la presión del aire me daña los oídos, me oculto bajo la cosa que no resiste, me cubro con ella, es madera, madera y ropa, un miserable cobertor contra la furia de la metralla.

Abro los ojos; mis dedos aprietan una manga, un brazo. ¿Un herido? Lo llamo... No responde. Un muerto. Mi mano palpa más allá, encuentra astillas de madera... ¡Ah, sí! Estamos en un cementerio. El fuego, no obstante, es más fuerte que cualquier otra consideración. Apaga, aminora las quejas; me hundo todavía más bajo el ataúd; él me protegerá, aunque encierre en su interior la misma muerte. Delante de mí se abre el embudo. Lo acaricio con la mirada, me lanzaré hacia él de un salto. Me dan un golpe en la cara, una mano me agarra por la espalda. ¿Ha despertado el cadáver? La mano me sacude, me doy la vuelta y un momentáneo resplandor me permite ver el rostro de Katczinsky. Tiene la boca abierta, grita algo. No oigo nada. Me sacude con fuerza, acercándose cada vez más. En un instante de menos ruido oigo su voz:

—¡Gas! ¡Gaaas! ¡Déjalo correr!

Cojo la careta. Algo lejos de mí hay alguien tirado. Solo pienso en una cosa: debe saberlo.

—¡Gaas! ¡Gaas!

Grito, me arrastro hacia él, le hago señales con la careta No se da cuenta de nada. Empieza de nuevo... Tan sólo se encoge asustado; es un recluta. Miro con desesperación a Kat. Ya tiene puesta la careta. De un golpe me quito el casco que rueda por el suelo y me pongo la mía. Me acerco al hombre, tomo su máscara y se la pongo sobre la cabeza; él la coge, lo dejo, y de un salto, me meto en el embudo.

La explosión sorda de las granadas de gas se mezcla con el estallido de los proyectiles. Una campana resuena entre el fragor del bombardeo; tambores, matracas metálicas, anuncia la noticia: ¡Gas, gas, gas!

Algo cae a mi espalda, una, dos veces. Froto las ventanitas de la careta, empañadas por el aliento. Son Kat, Kropp y otro. Los cuatro nos quedamos quietos, inmóviles, en una tensión angustiosa, atentos, casi sin respirar.

Estos primeros minutos con la máscara deciden entre la vida y la muerte. ¿Estará bien cerrada? Conozco las terribles imágenes del hospital; enfermos de gas que en un ahogo que dura días y días escupen, a pedazos, sus pulmones calcinados.

Con preocupación, los dientes cerrados sobre la cápsula respiro. El vaho ya se arrastra por el suelo y se insinúa en todos los agujeros. Como una medusa, ancha y viscosa, se apodera de nuestro embudo, lo llena. Doy un empujón a Kat. Es preferible salir y tendernos arriba que quedarnos en el agujero, donde el gas se acumula. Pero no podemos hacerlo. El fuego cae, de nuevo, como una granizada. Es algo más que el continuo estallido de los obuses, es como si la tierra aullara.

Algo se nos viene encima haciendo un ruido seco. Cae muy cerca de nosotros; es un ataúd, que debe haber sido lanzado al aire por una explosión.

Veo que Kat se mueve y me acerco. El ataúd ha caído sobre el brazo del cuarto soldado que estaba con nosotros en el embudo. El hombre intenta, con la otra mano, quitarse la careta. Kropp lo detiene a tiempo, le dobla el brazo y le sostiene fuertemente la muñeca contra la espalda.

Kat y yo nos disponemos a zafarle el brazo herido. La tapa del ataúd está floja y partida. La arrancamos con facilidad y sacamos el cadáver, que resbala como un saco. Después intentamos levantar el ataúd.

Afortunadamente, el hombre perdió el conocimiento y Albert puede ayudarnos. Ya no es necesario que tengamos tanto cuidado, pero nos apuramos tanto como nos es posible hasta que el ataúd, con un crujido, cede bajo la acción en palanca de nuestras palas.

Aclaró un poco. Kat coge un trozo de madera de la tapa, se la pone bajo el brazo roto y la amarramos con las vendas de nuestros botiquines individuales. Es todo lo que podemos hacer, por el momento. La cabeza me hierve y me palpita en el interior de la careta; parece a punto de estallar. Los pulmones están congestionados. Para respirar sólo disponen siempre del mismo aliento viciado. Se me hinchan las venas de las sienes. Siento que me ahogo.

Una luz grisácea llega hasta nosotros. Arriba el viento barre el cementerio. Subo hasta el borde del embudo. Gracias al resplandor turbio de la alborada veo una pierna seccionada, la bota está intacta. La distingo claramente por un instante. Ahora alguien se levanta unos metros más allá. Froto las ventanitas que vuelven a empañarse enseguida por el jadeo a que

me fuerza la tensión; miro fijamente... El hombre ya no lleva careta.

Espero unos segundos —no cae, mira a su alrededor buscando alguna cosa, da unos pasos—, el viento limpió de gas el cementerio, el aire está libre. Entonces yo también, jadeando, me arranco la máscara y caigo al suelo. El aire me penetra como si fuera agua helada, los ojos quieren abandonar sus órbitas, me inunda la frescura de la ola y pierdo el sentido.

***

El bombardeo terminó. Me asomo al embudo y hago señas a los demás. Suben y se quitan la máscara. Cargamos en brazos al herido, uno de nosotros le sostiene el brazo maltratado. Nos alejamos así, de prisa, tropezando por el camino.

El cementerio es una ruina. Ataúdes y cadáveres están diseminados por todas partes. Es como si hubieran muerto de nuevo; pero cada uno de ellos, al ser destrozado, ha salvado la vida de uno de los nuestros.

La puerta quedó destruida; los rieles del tren de campaña que pasa por los alrededores están arrancados y se levantan, curvados, hacia el cielo. Delante de nosotros hay alguien tirado. Nos detenemos; sólo Kropp avanza con el herido.

El que está en el suelo es un recluta. Tiene una nalga llena de sangre; está tan abatido que saco mi cantimplora llena de té con ron. Kat me detiene y se inclina sobre él:

—¿Dónde te han dado, compañero?

Mueve los ojos; está demasiado débil para responder.

Le cortamos con precaución los pantalones. Gime.

—Tranquilo, tranquilo. Esto te aliviará.

Si tiene una bala en el vientre no puede beber. No vomitó, buena señal. Descubrimos su nalga. Es un montón de carne

picada con astillas de hueso. Le destrozaron la articulación. Este muchacho no volverá a caminar.

Le froto las sienes con los dedos húmedos y luego le doy un buen trago de mi cantimplora. Los ojos se le animan. No nos habíamos dado cuenta de que también le sangra el brazo derecho. Kat deshace unos paquetes de vendas y las coloca, tan extendidas como puede, para poder cubrir la herida. Busco un pedazo de ropa para envolverlo, no lo encuentro y corto un poco más sus pantalones para poder hacer una venda con un trozo de sus calzoncillos; pero no tiene. Entonces me fijo en su cara: es el mismo muchacho de antes, el del pelo color fino.

Entretanto, Kat encontró un pequeño paquete de vendas en el bolsillo de un cadáver; las aplicamos con cuidado en la herida. Digo al joven, que nos mira atentamente:

—Vamos a buscar una camilla.

Abre la boca y suspira:

—No me dejen solo.

Kat dice:

—No tardamos. Vamos a buscar una camilla para poder llevarte.

No sabemos si nos entendió. Lloriquea como un niño a nuestras espaldas:

—No se vayan.

Kat se voltea y susurra:

—¿No sería mejor, simplemente, agarrar un revólver y que esto terminara?

Este muchacho apenas resistirá el transporte y, con mucha suerte, vivirá algunos días. Lo que ha sufrido hasta ahora no es nada comparado con lo que sufrirá hasta morir. Por el momento está aturdido y no siente nada. Dentro de una hora será un haz aullador de insoportables dolores. Los días que le

quedan de vida significan para él una tortura rabiosa e ininterrumpida. ¿De qué sirve que él viva estos pocos días?

—Sí, Kat; deberíamos coger el revólver.

—Dámelo —dice, y se detiene.

Está decidido, me doy cuenta. Miramos a nuestro alrededor, pero ya no estamos solos. Delante mismo de nosotros se va formando un grupo, de embudos y agujeros surgiendo cabezas de soldados.

—Vamos a buscar una camilla.

Kat mueve la cabeza.

—Unos muchachos tan jóvenes...

Y repite:

—Unos muchachos tan jóvenes, tan inocentes...

Nuestras bajas son menores de lo que podría suponerse: cinco muertos y ocho heridos. No ha sido más que una pequeña sorpresa de artillería. Dos de nuestros muertos estaban en el interior de una tumba que había quedado al descubierto; sólo tuvimos que cubrirlos de tierra.

Empezamos a caminar. Trotamos en silencio, uno detrás de otro, en larga hilera. Los heridos son transportados a la ambulancia. La mañana es turbia, los enfermos corren de un lado a otro con números y fichas. Los heridos gimen. Empieza a llover.

Al cabo de una hora llegan los camiones y subimos. Vamos más cómodos que antes.

Llueve con más fuerza. Extendemos lonas y las colocamos sobre nuestras cabezas. El agua tamborilea encima. A los lados se deslizan chorros de lluvia. Los camiones chapotean en los agujeros y nosotros nos mecemos de un lado a otro, adormecidos.

En la parte delantera del camión van dos hombres con unas largas horquillas. Vigilan los cables del teléfono que

atraviesan la carretera; cuelgan tan abajo que podrían decapitarnos. Ellos los levantan a tiempo con sus largos palos y los hacen pasar por encima de nuestras cabezas. Oímos su aviso:

—¡Cuidado con el alambre!

Somnolientos nos agachamos un momento y nos volvemos a enderezar.

Es monótono el balanceo del camión. Son monótonos los gritos de estos hombres. Cae monótonamente la lluvia. Cae sobre nuestras cabezas, sobre las cabezas de los cadáveres que han quedado allí, sobre el cuerpo del pobre recluta con la herida, demasiado grande para su nalga, cae sobre la tumba de Kemmerich, cae sobre nuestros corazones.

No sucede nada. Sólo los gritos monótonos:

—¡Cuidado con el alambre!

Encogemos las piernas y nos adormecemos de nuevo.

CAPÍTULO V

Es una lata matar los piojos de uno en uno cuando se tiene la cabeza plagada. Estos animalitos son algo duros y oír cada vez el pequeño ruido que producen las uñas llega a aburrir. Por esta razón, Tjaden fijó con un alambre la tapa de una caja de grasa para zapatos encima de una vela encendida. Los piojos se tiran, sencillamente, en esta pequeña sartén, sueltan un chasquido y ya están listos.

Nos sentamos a su alrededor, la camisa sobre las rodillas, desnudo el busto al aire tibio del atardecer, con las manos en la masa. Haie tiene unos piojos de un tipo muy particular; llevan una cruz roja en la cabeza. Es por esto que pretende haberlos traído del hospital de Thourhout, donde debían ser propiedad privada de algún médico principal. También quiere aprovechar la grasa que, poco a poco, va formándose en la lata para limpiar los zapatos, y está riéndose de su ocurrencia durante media hora seguida.

Hoy, sin embargo, no tiene mucho éxito; nos preocupa otra cosa.

El rumor se confirmó. Himmelstoss está aquí. Llegó ayer y ya oímos su tan conocida voz. Parece que maltrató con exceso a dos reclutas. Él no lo sabía, pero uno de ellos era hijo del gobernador civil. Eso lo fastidió.

Se las verá negras aquí. Tjaden está pensando ya, desde hace horas, todas las respuestas que podrá darle, Haie contempla ensimismado sus enormes remos y me guiña el ojo. Aquella paliza fue el punto culminante de su existencia; me ha contado que algunas veces todavía sueña con ella.

***

Kropp y Müller conversan. Kropp es el único que tiene algo de comer, un plato lleno de lentejas que se robó, seguramente, en la cocina de los zapadores.

Müller mira las lentejas con el rabillo del ojo, pero conteniéndose pregunta:

—¿Albert, tú qué harías si de repente llegara la paz?

—No hay paz —replica Albert, secamente.

—Bueno, hombre, pero si... —insiste Müller—, ¿tú qué harías?

—Largarme —ladra Kropp.

—Claro que sí. ¿Y luego?

—Emborracharme.

—No digas tonterías. Hablo en serio —dice Müller.

—Yo también —responde Albert. —¿Qué otra cosa iba a hacer, si no?

Kat se interesa por la pregunta. Reclama a Kropp un tributo de lentejas, éste se lo da, piensa unos momentos y dice:

—Podría emborracharse uno, es cierto, pero mejor sería subirse al primer tren y volar a casita. Qué cosas dices, Albert, la paz...

Busca su cartera de bolsillo, de tela encerada, y saca una fotografía que enseña orgullosamente a todo el mundo:

—¡Mi vieja!

Después la guarda otra vez y gruñe:

—Maldita guerra piojosa...

—Tú puedes decirle eso —le digo yo. —Tú tienes una mujer y un hijo.

—Claro, debo encargarme de que no les falte comida.

Nos reímos.

—Seguro que no les faltará, Kat. Si es necesario, tú harás una requisa.

Müller está hambriento. Por esto no deja de dar lata. Despierta con un sobresalto a Haie de sus sueños de palizas.

—Haie, ¿y tú qué harías si se hiciera la paz?

—Te rompería el hocico por hablar, precisamente aquí, de estas cosas —digo yo. —¿Cómo se te ocurre eso en este momento?

—¿Cómo puede llegar la mierda al tejado? —responde lacónicamente Müller, y se voltea hacia Haie Westhus.

Una pregunta así es demasiado, tan de pronto, para Haie. Mueve lentamente su rostro lleno de pecas:

—¿Quieres decir, si terminara la guerra?

—Sí. A ti no se te escapa nada.

—Habría mujeres de nuevo, ¿no? —Haie se relame.

—Sí, también.

—¡Diablos! —exclama Haie y su rostro se distiende. —Agarraría a una vieja bien buena, ¿sabes? Una que tenga todo lo necesario para que dé gusto manosearla... y al catre. Figúrate, ¡colchones de pluma y *somier*! Me quedaría ocho días sin ponerme los pantalones.

Se hace el silencio. La imagen es demasiado admirable. Se nos pone la piel de gallina. Por fin, Müller despierta y pregunta:

—¿Y después?

Hay una pausa. Pero en seguida Haie declara, algo cohibido:

—Si fuera cabo me quedaría con los prusianos y me alistaría de nuevo.

—Haie, estás más loco que una cabra —le digo.

Él replica, sin enojarse:

—¿Has trabajado en las minas? Pruébalo.

Y diciendo esto, saca una cuchara de su bota y la mete en la lonchera de Albert.

—No puede ser peor que construir en tierras de Champagne —digo.

Haie, masticando, hace un gesto irónico.

—Pero es más largo. Y no hay manera de escaparte.

—De cualquier manera, no hay como la casa de uno, Haie.

—Depende, depende —dice—, y se queda pensativo con la boca abierta.

Se puede adivinar en su rostro lo que medita. Ve una pobre barraca, en las minas de carbón; piensa en un trabajo pesado, de la mañana a la noche, bajo un calor asfixiante; en el escaso salario, en la ropa constantemente sucia...

—En el ejército, cuando hay paz, no te preocupas por nada —dice por fin. —Cada día te sirven la comida, o, de lo contrario, armas un escándalo de mercado; cada semana tienes ropa limpia, como un gran señor; haces tu servicio de cabo y tienes un magnífico uniforme. Por la noche eres hombre libre y puedes hacer lo que se te antoje.

Se está enamorando de su idea. Le está gustando de verdad.

—Y cuando tienes doce años de servicio, te jubilas y te conviertes en guardia rural. Estás paseando todo el santo día.

La visión de este porvenir tan agradable lo hace sudar.

—Imagínate cómo deben tratarte. Aquí un coñac, allí medio litro de cerveza... Con un guarda todo el mundo quiere quedar bien.

—Nunca serás cabo, Haie —objeta Kat.

Haie lo mira sobresaltado y calla. Por su cabeza bailan, seguramente, los luminosos atardeceres de otoño, los domingos en los jardines, las campanas del pueblito, las tardes y las noches con las muchachas, los buñuelos con grandes ojos grasientos, las horas de tranquila plática en la cantina...

Necesita tiempo para sacarse de la cabeza tantas fantasías. Es por ello que gruñe, molesto:

—Ustedes, como siempre, diciendo tonterías.

Se pone la camisa metiéndosela por su gran cabeza y se abrocha la chamarra.

—¿Y tú qué harías, Tjaden? —grita Kropp.

Tjaden sólo piensa una cosa.

—Vigilar para que Himmelstoss no se me escapara.

Seguro que le encantaría poderlo meter en una jaula y darle una paliza cada mañana.

Le dice a Kropp, entusiasmado:

—Yo que tú intentaría llegar a teniente. Entonces podrías arrastrarlo hasta dejarle el culo lleno de ampollas...

—¿Y tú, Detering? —sigue preguntando Müller, que con su manía de preguntar podrá ser un magnífico maestro de escuela.

Detering habla poco. Pero quiere responder a esta pregunta. Mira hacia arriba y dice tan sólo:

—Todavía llegaría a tiempo para la cosecha.

Dicho esto, se levanta y se aleja.

Está preocupado. Su mujer debe encargarse de la alquería, y, además, le expropiaron dos caballos. Todos los días lee los periódicos que van llegando para enterarse de si llueve en su rincón oldenburgués. De otra forma, no podrán recoger el heno.

En este momento aparece Himmelstoss. Viene directamente hacia nuestro grupo. A Tjaden le brotan las manchas rojas en el rostro. Se acuesta en el pasto y cierra los ojos de emoción.

Himmelstoss está un poco indeciso, su paso se hace más lento. A pesar de todo, sigue avanzando. Nadie intenta levantarse. Kropp lo mira con interés.

Está parado a nuestro lado y espera. Como nadie abre la boca suelta un:

—¿Y bien?

Transcurren unos segundos. Evidentemente, Himmelstoss no sabe qué hacer. Debe de estar deseoso de hacernos sentir su autoridad. Pero parece haber aprendido que el frente no se asemeja al cuartel. Quiere intentarlo de nuevo y en vez de dirigirse a todos lo hace a uno solo, creyendo que le será más fácil obtener una respuesta. Kropp es el más cercano a él. Es por esto que lo honra con un:

—¿Qué, también por aquí?

Albert no siente necesidad de hacer amistad con él y responde, secamente:

—Y un poco antes que usted, si no me equivoco.

El rojo bigote tiembla.

—¿Es que no me reconocen, o qué?

Tjaden abre los ojos.

—Así parece.

Himmelstoss se voltea hacia él:

—Éste es Tjaden, ¿no?

Tjaden levanta la cabeza.

—¿Y tú, sabes quién eres tú?

Himmelstoss está estupefacto.

—¿Desde cuándo nos tuteamos? Me parece que todavía no hemos dormido juntos en las cunetas.

No sabe qué hacer ante esta situación. No esperaba una hostilidad tan manifiesta. Sin embargo, por el momento, se aguanta; seguro que alguien le ha llenado la cabeza con aquellas tonterías de los tiros por la espalda.

Lo de las cunetas alteró a Tjaden y el enojo lo puso afilado.

—No, hombre, en las cunetas dormías solo.

Himmelstoss está a punto de estallar. Pero Tjaden no lo deja reaccionar, tiene que decirle todo lo que guarda.

—¿Quieres saber quién eres tú? ¡Un hijo de puta! Ahora ya lo sabes. Hacía tiempo que quería decírtelo.

La satisfacción contenida durante muchos meses brilla en sus blancos ojillos porcinos cuando suelta con voz estentórea el “hijo de puta”.

Himmelstoss enfurece:

—¿Qué quieres tú, perro sarnoso, mala bestia? Levántate cuando te habla un superior. ¡Cuádrate!

Tjaden hace un gesto majestuoso:

—Puedes ir a descansar Himmelstoss. Retírate.

El cabo es ahora la encarnación furiosa del reglamento militar. Ni el propio Káiser se sentiría más ofendido. Aúlla:

—¡Tjaden, te lo ordeno como superior jerárquico: levántate!

—¿Y qué más? —pregunta Tjaden.

—¿Obedeces o no mi orden?

Tjaden le responde serena y categóricamente, utilizando, sin saberlo, la más antigua de las citas clásicas, mientras levanta levemente el trasero.

Himmelstoss se marcha como un rayo:

—¡Te haré comparecer ante el Consejo de Guerra!

Lo vemos alejarse en dirección a la oficina de la compañía.

Haie y Tjaden se echan a reír con estentóreas carcajadas. Haie lo hace con tanta fuerza que se le desencaja la mandíbula

y queda, de pronto, como alelado, con la boca abierta de par en par. Albert se la coloca de nuevo en su sitio de un puñetazo.

Kat está preocupado:

—Si lo cuenta, te friegan.

—¿Crees tú que lo hará? —pregunta Tjaden.

—Por supuesto —respondo.

—Mínimo serán cinco días en el calabozo... —dice Kat.

Tjaden se queda tan fresco.

—Cinco días en chirona son cinco días de gandulear.

—¿Y si te mandan a un penal? —pregunta Müller, con su manía de acelerar las cosas.

—Entonces estaré mucho más tiempo sin ver la guerra.

Tjaden nació con buena estrella. No se preocupa por nada. Se marcha con Haie y Leer para que se tarden en encontrarlo.

***

Müller, como siempre, no ha terminado todavía. Se agarra de nuevo a Kropp.

—Albert, si realmente te fueras a casa, ¿qué harías?

Kropp, que ya terminó de comer, está satisfecho y, por lo tanto, más amigable.

—¿Cuántos seríamos, exactamente de nuestra clase?

Hacemos las cuentas. Éramos veinte, siete murieron, cuatro heridos y uno en el manicomio. Exagerando, serían doce.

—Tres son tenientes —dice Müller. —¿Tú crees que se meterían en líos por Kantorek?

Ninguno lo cree; nadie se metería en líos por Kantorek.

—¿Qué opinas, en realidad, de la triple acción que hay en el “Guillermo Tell”?, —recuerda de pronto Kropp, echándose a reír.

—¿Cuáles eran los fines del Hainbund de Gotinga? —pregunta también Müller, con voz severa.

—¿Cuántos hijos tuvo Carlos el Temerario? —replico tranquilamente.

—Nunca serás nada en este mundo, Bäumer —gime Müller.

—¿Cuándo tuvo lugar la batalla de Zama? —quiere saber Kropp.

—Te falta seriedad moral, Kropp. Siéntate. Estás suspendido —respondo yo.

—¿Qué funciones consideraba Licurgo que eran esenciales en un Estado? —murmura Müller, mientras aparenta ponerse unos lentes.

—¿Debe decirse: "Nosotros, alemanes, tememos a Dios, pero a nadie más en el mundo". O bien: "Nosotros, los alemanes..."? Piénsenlo —digo yo.

—¿Cuántos habitantes tiene Melbourne? —canturrea Kropp.

—¿Cómo quieren prosperar en este mundo sin saber esto? —respondo con indignación a Albert.

—¿Qué se entiende por "cohesión"? —dice éste, con aire triunfal.

De toda esta basura casi no ha quedado nada. Tampoco nos ha servido de mucho. Nadie nos enseñó, en la escuela, cómo prender un cigarrillo cuando hace viento o llueve, ni cómo puede encenderse un fuego cuando la leña está húmeda; tampoco nos enseñaron que el vientre es el mejor lugar para clavar la bayoneta porque no se encalla como en las costillas.

—¿Qué sacamos de todo esto si tenemos que volver a las bancas de la escuela?

Yo no lo creo posible y respondo:

—Quizá nos dejarían hacer un examen especial.

—Para eso también debes estudiar. ¿Y si te aprueban, qué? No es divertido ser estudiante. Si no tienes dinero tienes que trabajar como un negro, de todas maneras.

—Algo mejor sí es. Aunque esto no quiere decir que lo que estudies no sean tonterías.

Kropp encuentra la expresión de nuestros sentimientos:

—¿Cómo puede uno tomarse en serio todo aquello cuando se ha estado aquí, en el frente?

—¡Pero de cualquier manera debes tener una profesión u otra! —objeta Müller como si fuera el propio Kantorek.

Albert se limpia las uñas con el cuchillo. Quedamos asombrados ante ese refinamiento de niño bien.

Pero es, simplemente, que está pensativo. Guarda la navaja y declara:

—Sí, eso es. Kat, Detering y Haie volverán a su trabajo porque lo tenían antes de venir. Himmelstoss también. Pero nosotros no teníamos ninguno. ¿Cómo podremos acostumbrarnos a algo, después de esto? —Y señala hacia el frente.

—Deberíamos poder vivir de nuestras rentas solos en medio de un bosque —digo, pero me avergüenzo en seguida de este delirio de grandeza.

—¿Qué pasará si volvemos? —dice Müller, perplejo.

Kropp se encoge de hombros.

—No lo sé. Primero volvamos. Después, ya veremos.

Realmente, nadie de nosotros sabe cómo responder a esa pregunta.

—¿Qué podrías hacer? —inquiero.

—Nada me gusta —responde Müller, cansado. —Cualquier día te mueres y entonces, ¿qué? Yo, la verdad, no creo que vivamos para contarlo.

—Cuando lo pienso, Albert —digo después de una pausa, tirándome en el suelo— quisiera que al oír la palabra "paz", y suponiendo que la paz se firmara realmente, pudiera hacer algo inimaginable, soy ambicioso. Algo, ¿sabes? que compensara haber vivido este zafarrancho. Pero no se me ocurre nada. En cuanto a lo que es más posible, estas porquerías de la escuela, de los estudios, del sueldo, etc., me dan náuseas tan sólo de pensarlo; son la lata de siempre, es repugnante. No se me ocurre nada, Albert, no se me ocurre nada.

De repente, todo me parece oscuro y desesperado. Kropp también piensa en esto.

—Todos nos las veremos negras. ¿Y a los que se quedaron atrás no les preocupa eso? Dos años disparando y echando bombas de mano no es algo que podamos olvidar como quien se cambia los calcetines.

Todos estamos de acuerdo, no será nada fácil; y no sólo para nosotros, sino para todos aquellos que se encuentren en la misma situación, unos más, otros menos. Es el destino común de nuestra generación. Albert lo expresa muy bien:

—La guerra nos ha fregado a todos.

Tiene razón. Ya no somos jóvenes. Ya no queremos conquistar el mundo. Somos fugitivos. Huimos de nosotros. De nuestra vida. Teníamos dieciocho años y empezábamos a amar el mundo y la existencia; pero tuvimos que disparar contra esto. La explosión de la primera granada nos fastidió el corazón. Estamos al margen de la actividad, del esfuerzo, del progreso... Ya no creemos en nada; sólo en la guerra.

***

La oficina de la compañía se anima. Parece que Himmelstoss ha sembrado la alarma. A la cabeza de la columna trota el

gordo sargento mayor. Es curioso que casi todos los sargentos mayores sean tan obesos.

Detrás viene Himmelstoss sediento de venganza. Sus relucientes botas brillan al sol.

Nos levantamos. El sargento mayor pregunta, sin aliento:

—¿Dónde está Tjaden?

Nadie lo sabe, por supuesto. Himmelstoss nos mira con los ojos relampagueantes de rabia.

—Seguro que lo saben, aunque no quieran decirlo. ¡Hablen de una vez!

El sargento mira a su alrededor. No se ve a Tjaden por ninguna parte. Entonces lo intenta con otro sistema.

—Dentro de diez minutos, Tjaden debe presentarse en la oficina.

Y se va. Himmelstoss lo sigue como si fuera su estela.

—Tengo el presentimiento de que cuando volvamos a hacer trabajos de construcción se me caerá un rollo de alambre en los pies de Himmelstoss —insinúa Kropp.

—Todavía nos reiremos de él —dice Müller, entre carcajadas.

Ésta es ahora nuestra mayor ambición. Hacerle la vida imposible a un cartero.

Me voy a la barraca y explico a Tjaden lo que ocurrió para que pueda escapar.

Después nos cambiamos de lugar y nos acomodamos para jugar a las cartas. Somos unos maestros en esto, en jugar a las cartas, maldecir y hacer la guerra. No es mucho para hombres de veinte años... y es demasiado a esta edad.

Transcurrida media hora, Himmelstoss vuelve con nosotros. Nadie le hace caso. Pregunta por Tjaden y nos encogemos de hombros.

—Deberían buscarlo —insiste.

—¿Qué quiere decir “deberían” —pregunta Kropp.

—Sí, ustedes...

—Le ruego que evite tratarnos con demasiada familiaridad —dice Kropp, con gesto de comandante.

Himmelstoss parece caer de las nubes.

—¿Quién los trata con familiaridad?

—-Usted.

—¿Yo?

—¡Sí!

Medita. Receloso, mira a Kropp de reojo como preguntándose de qué se trata. De todas maneras, esta vez no está muy seguro de tener la razón y prosigue meloso:

—¿O sea, que no lo encontraron?

Kropp se tira en el pasto y dice:

—¿Ya había usted pasado por aquí?

—Eso no te importa —responde Himmelstoss, secamente. —Exijo una respuesta.

—De acuerdo —replica Kropp, levantándose. —Mire allí abajo, aquellas nubecitas blancas. Son los proyectiles ingleses. Ayer estuvimos ahí. Cinco muertos y ocho heridos. Y sólo fue una batalla pequeña. Cuando volvamos, si usted viene con nosotros, los hombres vendrán antes de morir, se cuadrarán ante sus narices y le dirán: “¿Quiere hacer el favor de ordenar que me retire? ¡Debo morir!”. Precisamente alguien como usted nos estaba haciendo falta aquí.

Vuelve a sentarse y Himmelstoss sale corriendo.

—Tres días de arresto —aventura Kat.

—Cuando vuelva, déjenmelo a mí —digo a Albert.

Pero ya se terminó. Por la noche al pasar lista, se lee un informe. En la oficina está Bertink, nuestro teniente, y nos ordena comparecer a todos, de uno en uno.

Yo debo presentarme también como testigo y explico por qué se ha rebelado Tjaden. La historia de los meones impresiona. Llaman a Himmelstoss y debo repetir mi declaración.

—¿Es cierto eso? —pregunta Bertink a Himmelstoss.

Éste se resiste, pero debe asentir finalmente cuando Kropp hace las mismas declaraciones.

—¿Por qué no me lo dijeron? —pregunta Bertink.

Nos callamos. Él ya sabe en qué acaban en el ejército las reclamaciones por estas tonterías. Por otra parte, ¿existe en el ejército el derecho a reclamar? El teniente se hace cargo y empieza regañando a Himmelstoss diciéndole que el frente no es el patio de un cuartel. Después le toca a Tjaden, que recibe un regaño todavía más fuerte, además de tres días de arresto. Por fin el teniente impone también a Kropp un día de arresto, mientras le guiña el ojo.

—No hay otro remedio —dice, compadeciéndolo.

Es un buen muchacho.

El arresto no es desagradable. El local que se utiliza es un antiguo gallinero; recibirán visitas porque sabemos cómo entrar. Si la sentencia hubiera sido de prisión los hubieran metido en un sótano. Antes también nos ataban a un árbol, pero ahora está prohibido. A veces nos tratan ya como seres humanos.

Una hora después de que Tjaden y Kropp están en su encierro, vamos a visitarlos. Tjaden nos saluda con un “kikirikí”. Después jugamos cartas hasta el anochecer. Como siempre, gana el tacaño de Tjaden.

***

Cuando nos vamos, Kat me pregunta:

—¿Qué te parecería una oca asada?

—No estaría mal —respondo.

Subimos a un camión de la columna de municiones. El viaje nos cuesta dos cigarros. Kat ya estudió bien el lugar. El establo pertenece al estado mayor de un regimiento. Decido ser yo el que agarre la oca y hago que Kat me diga cómo. El establo está detrás del muro y no se cierra más que por un pestillo.

Kat junta las manos, pongo el pie en el improvisado estribo y me subo sobre la pared. Él, mientras, vigila.

Una vez del otro lado, me quedo unos instantes quieto para acostumbrar mis ojos a la oscuridad. Después veo el establo. Me acerco despacio, sin hacer ruido, siento el cerrojo, lo levanto y abro la puerta.

Distingo dos manchas blancas. Dos ocas... ¡M...! Mientras esté cogiendo una, la otra se pondrá a chillar. Las dos al mismo tiempo, entonces... Si actúo con rapidez podré agarrarlas.

Doy un salto y les caigo encima. Cazo en seguida una y poco después la otra. Como un poseso les golpeo la cabeza contra la pared para atontarlas. Pero no debo tener suficiente fuerza. Los animales aletean furiosos. Yo lucho con rabia, pero ¡Dios!, qué fuerza tiene una oca. Me hacen rodar de un lado a otro. A oscuras, estos dos pellejos blancos son abominables; me salieron alas en los brazos, casi temo elevarme hacia el cielo como si llevara un par de globos arrapados en las manos.

Ya empiezan a hacer ruido; una de las gargantas ha podido aspirar aire y ronca como un despertador. Antes de poder encargarme de ello se oye afuera un ruido de patas, recibo un golpe, caigo al suelo y escucho un furioso gruñido. Un perro. Miro de reojo; está dispuesto a lanzárseme a la garganta. Me quedo inmediatamente quieto y, sobre todo, aprieto la garganta contra el pecho.

Es un perro de presa. Al cabo de lo que me parece una eternidad, echa hacia atrás la cabeza y se sienta a mi lado. Sin embargo, cuando intento moverme, vuelve a gruñir. Pienso. La única cosa que puedo hacer es intentar desenfundar el revólver. Es absolutamente imprescindible que salga de aquí antes de que llegue alguien. Muevo mi mano centímetro a centímetro.

Tengo la impresión de que tardo horas. El más leve movimiento va seguido de un peligroso gruñido; estoy un rato inmóvil y vuelvo a empezar. Cuando tengo el revólver en la mano comienzo a temblar. Lo aprieto contra el suelo e intento pensar en lo que debo hacer: levantar el revólver y disparar antes de que el perro me salte encima para poder llegar a la pared.

Aspiro aire lentamente y eso me tranquiliza. Después contengo la respiración, levanto la mano y suena el tiro; el perro da un salto, gimiendo, llego a la puerta del establo y tropiezo con una de las ocas que se me había escapado.

La cojo sin detener mi galope, la lanzo por encima del muro y lo escalo corriendo. Todavía estoy arriba cuando el perro, recuperado, corre detrás de mí. Salto. A diez pasos me espera Kat con la oca entre los brazos. En cuanto me ve sale huyendo.

Por fin podemos recuperar el aliento. La oca está muerta, Kat luego luego le dio cuello. La queremos asar inmediatamente para que nadie se dé cuenta. Voy a buscar los trastes y la leña y nos metemos en un pequeño cobertizo abandonado que usamos siempre para cosas así. La única linterna está cubierta con trapos. Tenemos dispuesta una especie de fogón, una plancha de hierro colocada sobre unos ladrillos. Encendemos fuego.

Kat pela y arregla la oca. Las plumas las guardamos aparte, cuidadosamente. Queremos hacernos con ellas unos cojines con la inscripción: “Duerme en paz entre el bombardeo”.

El fuego de artillería del frente zumba en torno a nuestro refugio. Repentinos resplandores nos iluminan el rostro; en la pared bailan las sombras. De vez en cuando se oye un "crac" sordo y el cobertizo tiembla. Bombas de aviación. Una vez oímos gritos ahogados. Una barraca debe haber sido alcanzada.

Los aviones roncan; el "tac tac" de las ametralladoras se escucha con más claridad. Pero de donde estamos no surge ni un rayo de luz que pueda delatarnos.

Así, pues, nos sentamos el uno frente al otro, Kat y yo, dos soldados de raída chamarra, que asan una oca en medio de la noche. No hablamos demasiado, pero tenemos, el uno para el otro, más delicadas atenciones de las que pueden prestarse dos enamorados. Somos dos hombres, dos débiles chispas de vida; afuera reinan la noche y el círculo de la muerte. Estamos sentados en su orilla, amenazados y resguardados a un tiempo; por nuestras manos resbala la grasa; nuestros corazones se tocan y la hora que estamos viviendo es semejante al lugar en que nos encontramos; el dulce fuego de nuestras almas hace bailar en él las luces y las sombras de nuestros sentimientos. ¿Qué sabe él de mí? ¿qué sé yo de él? En otro tiempo, ninguno de nuestros pensamientos hubiera coincidido; ahora nos sentamos frente a una oca, sentimos nuestra existencia y nos pertenecemos tanto el uno al otro que ni siquiera nos es necesario decirlo.

Se tarda un buen rato asar una oca, a pesar de que esté tierna y gruesa. Por eso nos vamos relevando. Mientras uno la unta con grasa, el otro duerme. Poco a poco va extendiéndose un delicioso olorcillo.

Los ruidos de fuera llegan continuados, forman como una cadena, como un sueño en el que, sin embargo, no llega a desvanecerse el recuerdo. Veo, adormilado, cómo Kat levanta

la cuchara, cómo la hunde. Lo quiero; quiero su espalda, su figura angulosa y curvada... Y al mismo tiempo, veo, detrás de él, bosques y estrellas; una voz amable murmura palabras que me consuelan, a mí, a un soldado que con sus gruesas botas, su cinturón y su morral camina, diminuto bajo el cielo altísimo, por el camino que se abre ante él; olvidadizo y pocas veces triste, soldadito caminando siempre bajo al ancho cielo nocturno.

Un soldadito y una voz amable; si alguien quisiera mimarlo, quizá no sabría ya comprenderlo, este soldado con sus gruesos zapatones y el corazón enterrado, que camina porque lleva botas y ha olvidado todo, excepto caminar. ¿O es que no hay flores en el horizonte y un paisaje tan plácido que el soldado siente necesidad de llorar?

¿No se levantan allí las imágenes que él no ha podido perder porque nunca las ha poseído, turbadoras y huidas ya para siempre?, ¿no están allí, lejos, sus veinte años?

Mi cara está húmeda. ¿Dónde estoy? Kat está delante de mí, su curvada sombra gigantesca me cubre paternal. Habla en voz baja, sonríe y regresa al fogón.

Después dice:

—Ya está.

—Sí, Kat.

Me estiro. En medio del cobertizo brilla el hermoso asado. Sacamos nuestros tenedores plegables, los cuchillos y cortamos una pata cada uno. Lo acompañamos con pan de munición que vamos untando en la salsa. Comemos despacio, muy a gusto.

—¿Te gusta, Kat?

—Mucho, ¿Y a ti?

—Mucho, Kat.

Somos hermanos y nos ofrecemos mutuamente los mejores bocados. Cuando termino enciendo un cigarro. Kat un puro. Todavía quedó mucho.

—¿Qué te parece, Kat, si le llevamos un pedazo a Kropp y Tjaden?

—¡Buena idea! —dice él.

Cortamos un pedazo y lo envolvemos cuidadosamente en un papel periódico. En realidad, el resto queremos llevárnoslo a la barraca, pero Kat se ríe y dice tan sólo:

—Tjaden.

Entiendo, debemos llevárnoslo todo. Es así como nos encaminamos hacia el gallinero para despertar a aquel par. Antes envolvimos cuidadosamente aparte las plumas.

Kropp y Tjaden se creen víctimas de una alucinación. Después sólo se oyen sorbeteos y mordiscos. Tjaden mantiene un ala entre sus dos manos y la va royendo como quien toca una armónica. Se bebe la salsa de la cazuela y dice con la boca llena:

—Esto no lo olvidaré nunca.

Volvemos a la barraca. De nuevo el cielo, las estrellas, el alba que apunta y yo que camino bajo ellos, soldado con botas gruesas y la panza llena, soldadito en la alborada...

Pero a mi lado marcha, anguloso y curvado, Kat, mi compañero.

El contorno de las barracas nos llega, en la penumbra del amanecer, como un sueño profundo y oscuro.

CAPÍTULO VI

De boca en boca va corriendo la voz que se prepara una ofensiva. Partimos hacia el frente dos días antes de lo previsto. Por el camino pasamos delante de una escuela devastada por los obuses. Arrimados a ella, a lo largo de la pared frontal, se levanta un doble muro, muy alto, de ataúdes en madera clara, nuevos y sin pulir. Huelen todavía a resina, a pino, a bosque. Hay cien por lo menos.

—Está bien preparada la ofensiva —dice Müller, maravillado.

—Son para nosotros —le interrumpe Kat.

—A ver si a ti también te toca uno —dice Tjaden, riendo irónicamente. —No vaya a ser que para cubrir tu facha de muñeco de pim-pam-pum, se contenten con envolverla en una lona.

Los demás también dicen tonterías y hacen bromas pesadas, pero, ¿cómo podríamos evitarlo? Los ataúdes son, efectivamente, para nosotros. En estas cosas, la organización funciona a las mil maravillas.

Por todas partes, delante de nosotros, se oyen rumores. La primera noche intentamos orientarnos. Como el sector está

bastante tranquilo, podemos escuchar el rodar de los transportes, detrás del frente enemigo, interrumpido hasta la madrugada, Kat dice que no es que evacúen sino que traen tropas; tropas, municiones, cañones.

Llegaron refuerzos para la artillería inglesa, nos damos cuenta luego luego. A la derecha de la alquería hay, por lo menos, cuatro baterías más del 20’5 y detrás del tronco del chopo han emplazado lanzaminas. Además, trajeron gran cantidad de estos pequeños monstruos franceses con espoleta de percusión.

Estamos deprimidos. Dos horas después de haber entrado en los refugios subterráneos, nuestra propia artillería bombardeaba nuestras trincheras. Es la tercera vez en cuatro semanas. Si fuera un error de puntería nadie se quejaría, pero esto sucede porque los tubos de los cañones están desgastados; los obuses se pierden por nuestro sector debido a lo impreciso de los disparos. Esta noche, dos hombres caen heridos por esta causa.

***

El frente es una jaula en la que se debe esperar, nervioso, lo que sucederá. Estamos detrás de las rejas que forman la trayectoria de las granadas y vivimos en la tensión de la incertidumbre.

El azar ronda nuestras cabezas. Cuando llega un obús puedo agacharme, pero nada más; el lugar en que caerá no puedo ni conocerlo ni cambiarlo.

Este azar es el que nos hace indiferentes. Hace unos meses estaba en un refugio subterráneo, jugando cartas; al cabo de un rato me levanté y fui a visitar a unos amigos, en otro

refugio. Cuando volví, del primero no quedaba nada; lo había destrozado un obús de gran calibre. Regresé de nuevo al segundo refugio y llegué tan sólo a tiempo para ayudar a desenterrarlo. En el intervalo lo había hundido una explosión.

Tanto puedo ser herido por azar como por azar conservar la vida. En un refugio hecho a prueba de bombas puedo quedar destrozado y, en campo raso, puedo permanecer diez horas seguidas bajo el fuego graneado sin que me produzca ni un simple arañazo. No es sino por simple azar que el soldado conserva la vida. Y cada soldado cree y confía en el azar.

***

Debemos vigilar nuestro pan. Las ratas se han multiplicado mucho en estos últimos tiempos, desde que las trincheras no están ya tan bien ordenadas. Detering pretende que esto es una señal inequívoca de que habrá serenata.

Las ratas aquí resultan singularmente repugnantes porque son muy grandes. Son de las llamadas “ratas de cadáver”. Tienen una cara abominable, maligna, completamente pelada, puede dar náusea sólo de ver sus largas colas peladas.

Parecen tener mucha hambre. Royeron el pan de casi todos. Kropp envolvió el suyo con una lona y lo usa como almohada, pero no puede dormir porque las ratas le corren por la cara para llegar hasta él. Detering se quiso hacer el listo; ató un alambre al techo y colgó de él su paquete de pan. Cuando por la noche encendió su lámpara de bolsillo pudo darse cuenta de que el paquete oscilaba. Una rata enorme cabalgaba encima.

Tomamos finalmente una decisión. Recortamos con cuidado los trozos de pan roídos por las ratas; no podemos tirarlo todo de ninguna manera porque no tendríamos nada que comer mañana.

Las rebanadas que cortamos las amontonamos en el centro del refugio. Cada uno coge su pala dispuesto a pegar. Detering, Kropp y Kat preparan sus linternas.

A los pocos minutos oímos mordiscos y tirones. Van en aumento, delatan un sinfín de minúsculas patitas. Entonces brillan repentinamente las lámparas y todos golpeamos al mismo tiempo sobre el negro montón movedizo que se deshace chillando. El plan funcionó. Con la pala tiramos los pedazos de rata por encima del parapeto y nos preparamos de nuevo.

El truco tiene éxito algunas veces más. Después las ratas ya no vuelven, sin duda porque sospechan algo o porque huelen la sangre. Sin embargo, a la mañana siguiente nos damos cuenta de que ha desaparecido el pan que había quedado en el suelo.

En el sector vecino, las ratas atacaron a dos grandes gatos y a un perro. Los mataron a mordidas y se los comieron.

A la mañana siguiente nos dan queso holandés. Reparten casi un cuarto de bola a cada uno. Por una parte, es bueno porque el queso es sabroso y nutritivo, pero por la otra, no nos encanta, pues hasta ahora, estas bolas rojas han sido siempre el presagio de que habrá mucho movimiento. Nuestro presentimiento crece cuando reparten aguardiente. Por lo pronto nos lo bebemos, pero no estamos de buen humor.

Nos pasamos el día organizando concursos de tiro a las ratas y paseando de un lado a otro. Nos aumentan las provisiones de cartuchos y de granadas de mano. Nosotros mismos revisamos las bayonetas. Algunas de estas armas tienen, además del filo, el anverso trabajado en forma de sierra. Cuando los de enfrente cogen a alguien que lleva una de éstas, lo golpean sin compasión. En el otro sector encontraron a algunos

de los nuestros con la nariz cortada y los ojos pinchados con sus propias bayonetas. Después les habían llenado la boca de aserrín para asfixiarlos.

Algunos reclutas todavía usan este tipo de machetes, los tiramos y los remplazamos por otros. De todas maneras, la bayoneta ya perdió importancia. En los ataques se suele preferir una pala y las granadas de mano. La pala, bien afilada, es un arma más ligera y con más aplicaciones. Sirve no sólo para clavarla bajo la barbilla del adversario, sino también para dar grandes tajos; tiene buen golpe, especialmente si se pega en diagonal y le atinas entre el cuello y la espalda, puedes abrir con facilidad hasta medio pecho. La bayoneta cuando se clava se atora; entonces es necesario poner el pie sobre el vientre del caído y apretando con fuerza dar un buen tirón hacia arriba para poder sacarla. Mientras, es posible que ya te hayan golpeado. Además, la bayoneta se rompe con facilidad.

Por la noche resuenan los avisos de: ¡Gas! Estamos esperando el ataque y nos acostamos con las máscaras puestas, dispuestos a quitárnoslas tan pronto como se presente la primera sombra.

Amanece sin que haya sucedido nada. Tan sólo aquel rodar ininterrumpido de enfrente, que nos pone nerviosos. Trenes, trenes, camiones, camiones. ¿Qué diablos estarán concentrando?

Nuestra artillería los cañonea sin cesar, pero siguen, siguen sin detenerse.

El cansancio se nos ve en la cara y no nos atrevemos ni siquiera a mirarnos mutuamente.

—Será como en Somme. Después tuvimos siete días y siete noches de bombardeo continuo —dice Kat, sombrío.

No bromea desde que estamos aquí, y esto es una mala señal, porque Kat es un lobo viejo y huele las cosas. Sólo

Tjaden está contento con las buenas raciones y con el ron; incluso opina que regresaremos tranquilamente, igual que como llegamos, sin que suceda absolutamente nada.

Casi puede parecer así. Pasa un día y después otro... Por la noche me toca hacer guardia sentado en un pozo de observación. Por encima de mí suben y caen cohetes y paracaídas luminosos. Estoy atento, excitado, mi corazón late con fuerza. A cada momento miro la esfera luminosa de mi reloj, la aguja parece inmóvil. El sueño se cuelga de mis párpados, muevo los dedos del pie, dentro de las botas, para mantenerme despierto. Hasta la hora del relevo no sucede nada; tan sólo continuamente el rumor sordo del otro lado. Poco a poco nos tranquilizamos y nos ponemos a jugar cartas... Quizá tendremos suerte.

El cielo está poblado de globos cautivos. Se dice que los de enfrente han traído incluso tanques y que la aviación de combate cooperará también en el ataque... Sin embargo, esto nos interesa menos que lo que cuentan de los nuevos lanzallamas.

***

Nos despertamos en plena noche. La tierra resuena sordamente. Sobre nuestras cabezas hay un terrible bombardeo. Nos apiñamos, unos sobre otros, en los rincones. Pueden distinguirse obuses de todos los calibres.

Cada uno tienta sus cosas y asegura, a cada momento, de que está todo. El refugio tiembla. La noche es sólo un trueno y un relámpago. Nos miramos al fulgor de las explosiones, y con la cara pálida y los labios apretados, movemos tristemente la cabeza.

Sentimos en carne propia los pesados proyectiles que se llevan, pedazo a pedazo, el parapeto, remueven furiosamente

la tierra de las rampas y destrozan los bloques superiores, de cemento armado. Escuchamos el choque sordo y rabioso, parecido al zarpazo de una fiera, que se produce cuando el obús cae en la trinchera. Por la mañana algunos reclutas tienen la cara verde y vomitan.

Son demasiado inexpertos todavía.

Lentamente, una asquerosa luz gris que hace palidecer el fulgor de los estallidos va filtrándose por las galerías. Amanece. Se mezclan ahora, con el fuego de la artillería, las explosiones de las minas. Producen una conmoción de locura. Donde caen se abre una fosa común.

Salen los que van a hacer el relevo; los observadores entran tambaleándose, llenos de lodo; tiemblan. Uno de ellos se acuesta en silencio, en un rincón, y se pone a comer; el otro, un reservista, lloriquea: la presión del aire lo lanzó dos veces por encima del parapeto sin ocasionarle nada más que un ataque de nervios.

Los reclutas lo miran. Eso se contagia con rapidez; debemos tener cuidado. Algunos labios ya empiezan a temblar. Es bueno que se haga de día; quizá el ataque se efectúe esta misma mañana. El fuego no disminuye. Se extiende también a nuestra espalda. Por todas partes salen chorros de lodo y metralla. La artillería cubre una zona muy vasta. El ataque aún no empieza, pero el fuego sigue siendo intenso. Poco a poco vamos ensordeciendo. Casi nadie habla. Tampoco lo oiríamos.

De nuestra trinchera casi no queda nada. En muchos lugares sólo alcanza medio metro de altura. Está llena de agujeros, de embudos, de montones de tierra. Estalla una granada delante de nuestra galería. Quedamos a oscuras, sepultados y tenemos que desenterrarnos. Al cabo de una hora, la entrada queda de nuevo libre y nosotros estamos más calmados porque hemos estado ocupados.

El comandante de nuestra compañía entra a gatas y nos comunica que dos refugios han sido totalmente destruidos. Los reclutas se tranquilizan al verlo. Dice que hoy por la noche intentarán traernos provisiones.

Esas palabras son un consuelo. Nadie había pensado en ello, aparte de Tjaden. Así, pues, recibiremos algo del exterior; si pueden llegar con las provisiones quiere decir que no es tan grave la situación, piensan los reclutas. No queremos engañarlos; nosotros sabemos que la comida es tan importante como las municiones y que es únicamente por esto que intentarán traérnosla.

Sin embargo, no lo logran. Sale una segunda expedición. Regresa también sin nada. Lo intenta, finalmente Kat, y vuelve sin haberlo logrado. Nadie puede pasar; no existe una cola de perro tan delgada como para escapar a un fuego semejante. Nos apretamos algo más el cinturón y cada mordidita al pedacito que nos queda lo masticamos tres veces. Pero no es suficiente; tenemos una formidable hambre. Yo me guardo de reserva un mendrugo; me como el centro y guardo la corteza en el morral. De vez en cuando lo mordisqueo un poco.

***

La noche es insoportable. No podemos dormir; miramos fijamente hacia adelante y dormitamos.

Tjaden lamenta que malgastáramos aquellos pedazos de pan roídos para matar ratas. Hubiéramos debido guardarlos cuidadosamente. Ahora se los comerían todos. También nos falta agua, pero no es aún tan grave.

Al amanecer, cuando todavía está oscuro, se produce un momento de emoción. Por la entrada se precipitan unas cuantas ratas que saltan y empiezan a trepar por las paredes. Las

lámparas de bolsillo iluminan la confusión. Todo se llena de gritos, maldiciones y golpes. Es una descarga de la rabia y la desesperación acumuladas durante tantas horas, lo que ahora estalla. Las caras están crispadas, los brazos golpean, los animales chillan; nos cuesta trabajo detenernos, casi nos hubiéramos agredido los unos a los otros.

Esta excitación no se acabó. Nos acostamos nuevamente y esperamos. Es un milagro que en nuestro refugio no se haya producido todavía ninguna baja. Es uno de los pocos que todavía se mantienen en pie.

Entra un cabo. Trae pan. Tres soldados lograron atravesar, por la noche, la línea de fuego y volvieron con algunas provisiones. Nos contaron que el fuego, sin amainar ni un momento, llega hasta las posiciones de la artillería. Es un enigma de dónde han podido sacar tantos cañones los de enfrente.

Sólo nos queda esperar, esperar. A mediodía ocurre lo que me temía. Uno de los reclutas tiene un ataque. Ya hacía rato que observaba cómo le crujían los dientes, inquieto, y cómo abría y cerraba los puños. Conocemos bien estos ojos asustados que parecen querer salirse de la cara. Hace poco rato estaba aparentemente tranquilo. Se quemaba por dentro como un árbol podrido.

Ahora se levanta, se desliza, arrastrándose a escondidas, a través de la galería, se para unos momentos y luego corre hacia la salida.

Le pregunto:

—¿A dónde vas?

—Ahora regreso —responde intentando rebasarme.

—Espera un poco, el fuego bajará.

Escucha con atención y su mirada brilla, un momento, con lucidez. Después, de nuevo, tiene el turbio estallido de un perro rabioso; calla y me empuja hacia un lado.

—Espera un minuto, compañero —grito.

Kat se da cuenta, y en el momento en que el otro me empuja, él lo coge por detrás y lo sostenemos fuertemente entre los dos.

Empieza a gritar enseguida:

—¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡Quiero salir de aquí!

No escucha a nadie y golpea a diestra y siniestra.

Babea y se atraganta con palabras sin sentido que se atropellan, comiéndose la mitad. Es un ataque de terror de la trinchera. Tiene la impresión de que aquí se está ahogando y sólo siente un deseo: huir. Si lo dejáramos correría hacia cualquier parte sin cubrirse. No sería el primero.

Como sigue furioso y los ojos empiezan a darle vueltas en las órbitas, no tenemos más remedio que golpearlo un poco para que entre en razón. Lo hacemos de prisa y sin piedad; conseguimos así que, por el momento, vuelva a sentarse tranquilo. Los otros palidecen al verlo; supongo que les servirá la lección. Un fuego tan intenso es demasiado para estos pobres muchachos; pasaron directamente del campo de instrucción a un infierno que haría encanecer a un veterano.

El aire es irrespirable y esto nos pone los pelos de punta. Estamos sentados como en nuestra tumba y tan sólo esperamos una cosa: quedar enterrados.

De pronto, un aullido y un relámpago extraordinarios lo llenan todo; el refugio cruje por todas sus junturas bajo la explosión de un obús. Afortunadamente, era ligero; los bloques de cemento resistieron. Se oye un espantoso tintineo metálico, las paredes tiemblan, vuelan fusiles y cascos, lodo y polvo. Entra una humareda sulfurosa. Si en vez de estar en este refugio tan recio hubiéramos estado en otro más débil, como los que construyen ahora, ninguno de nosotros habría sobrevivido.

Sin embargo, el resultado es lamentable. El recluta de antes vuelve a gritar como un loco y se le suman otros dos. Uno de ellos se escapa y huye corriendo. Tenemos demasiado trabajo con los que quedan. Yo me lanzo detrás del fugitivo y pienso si debo dispararle a las piernas; pero algo silba, me echo al suelo, y cuando me levanto, la pared de la trinchera está llena de pedazos de metralla caliente, trozos de carne y restos de uniforme adheridos. Regreso.

El primero parece haberse vuelto loco realmente. Si lo soltamos se lanza de cabeza contra el muro, con la furia de un toro. Por la noche tendremos que intentar llevarlo a la retaguardia. Por lo pronto lo atamos de manera que podamos soltarlo rápidamente en caso de ataque.

Kat propone jugar cartas. ¡Qué más podemos hacer! Quizá así el tiempo transcurra más rápidamente. ¡Pero, no! Oímos cada obús que cae cerca y nos equivocamos al contar , o no jugamos al palo que corresponde.

Tenemos que dejar la partida. Parece que estuviéramos sentados en el interior de una caldera de gran sonoridad encima de la que están dando furiosos golpes por todos lados.

Todavía otra noche. La extrema tensión nerviosa nos sume en una obtusa impasibilidad. Es una tensión mortal, como si nos rascaran la médula espinal, de arriba abajo, con un cuchillo de sierra. Las piernas ya no nos sostienen, las manos nos tiemblan, el cuerpo no es ya más que una delgada piel sobre un delirio apenas contenido, sobre un aullido sin fin que sube por nuestra garganta a punto de estallar. No tenemos ya ni carne ni músculos; no nos atrevemos ni a mirarnos por temor a algo desconocido. Apretamos los labios e intentamos pensar: “Esto pasará... Esto pasará... Tal vez nos libremos de ésta”.

De repente dejan de caer obuses a nuestro alrededor. El fuego continúa, pero ha avanzado un poco; nuestra trinchera está libre. Tomamos las granadas de mano, las tiramos delante del refugio y saltamos hacia fuera. Aquel terrible bombardeo ha cesado, pero ahora efectúan, detrás de nosotros, un intenso fuego de bloqueo. Ya está aquí el ataque.

Nadie podría creer que en este desierto removido quedaran hombres; pero ahora emergen de todas las trincheras los cascos de acero, y a cincuenta metros de nosotros han emplazado ya una ametralladora que empieza a crepitar enseguida.

Las defensas de alambre están destruidas, pero todavía pueden contener un poco. Vemos acercarse a los atacantes. Nuestra artillería relampaguea. Resuenan las ametralladoras y crepitan los fusiles. Los del otro bando se esfuerzan por avanzar. Haie y Kropp comienzan a lanzar granadas de mano. Haie alcanza hasta sesenta metros y Kropp hasta cincuenta; eso está comprobado y es muy importante. Los de enfrente no podrán hacernos demasiado daño hasta que no estén a menos de treinta metros. Reconocemos las caras contraídas, los cascos planos: son franceses. Llegan a lo que queda de las defensas de alambre y tienen ya bajas visibles. La ametralladora que está cerca de nosotros ha segado toda una fila; después tenemos muchas dificultades para disparar y pueden acercarse más. Veo a uno que cae en la trampa de un pozo con el rostro hacia arriba. El cuerpo se hunde como un saco, pero las manos quedan colgadas del alambre como si quisiera orar. Después el cuerpo se le separa totalmente y cae dentro, sólo quedan las manos seccionadas por las balas, colgadas del alambre con colgajos de carne de los brazos.

Cuando nos disponemos a retroceder emergen, delante de nosotros, tres rostros. Bajo uno de los cascos aparece una

barbita negra, puntiaguda y dos ojos que me miran fijamente. Levanto la mano, pero me es imposible lanzar la granada en dirección a estos ojos singulares. Durante un instante de locura, la batalla gira como un torbellino alrededor de mí y de los ojos, únicos puntos inmóviles; después, delante de mí, la cabeza se levanta, veo una mano, un movimiento y enseguida mi granada vuela hacia allí.

Retrocedemos corriendo mientras lanzamos alambre de púas dentro de las trincheras y colocamos granadas a punto de estallar que nos cuidan las espaldas con sus explosiones. Desde la cercana posición, las ametralladoras siguen disparando.

Nos hemos convertido en animales peligrosos. No combatimos, nos defendemos de la destrucción. No lanzamos las granadas contra los hombres —¡qué sabemos nosotros en estos momentos de todo esto!—, es la muerte la que nos acorrala agitando aquellas manos y aquellos cascos. Por primera vez, después de tres días, podemos verle la cara; por primera vez, después de tres días, podemos defendernos. Nos posee una rabia loca. Ya no debemos esperar, impotentes, acostados sobre el túmulo; destruimos y matamos para defendernos, para defendernos y también para vengarnos.

Nos agachamos detrás de cada relieve del terreno, detrás de cada estaca de hierro, y lanzamos a los pies de quienes nos persiguen paquetes de explosivos, antes de huir. Las detonaciones de las bombas de mano repercuten con fuerza en nuestros brazos y piernas; agachados como gatos, corremos inundados por esta ola que se nos lleva y que nos hace crueles, que nos convierte en salteadores de caminos, asesinos, demonios si quieren; por esta ola que multiplica nuestro vigor en medio de la angustia, del odio y del ansia de vivir, que busca nuestra salvación y que nos salva. Si tu propio padre viniera

con los de enfrente, no dudarías en lanzarle una granada al pecho. Hemos evacuado las trincheras de primera línea, ¿Son trincheras todavía? Están deshechas, aniquiladas; no son sino fragmentos de trinchera, agujeros unidos por pequeños canales, embudos, nada más. Pero las bajas de los de enfrente aumentan. No habían previsto tanta resistencia.

***

Mediodía. El sol quema; el sudor nos muerde los ojos; nos lo secamos con las mangas. De vez en cuando hay sangre también. Nos acercamos a una trinchera que se ve mejor. Está ocupada y preparada para resistir; nos reciben. Nuestra artillería entra en acción poderosamente y cierra con llave la posición.

Las tropas que nos perseguían se encallan. No pueden continuar. El ataque ha sido paralizado por la artillería. Espiamos. El fuego salta, de pronto, cien metros más allá y nos lanzamos al ataque. A mi lado un obús se lleva la cabeza de un soldado de primera. Corre todavía unos pasos, mientras la sangre brota de su cuello como de una manguera.

No llegamos al cuerpo a cuerpo. Los otros se retiran. Llegamos a nuestras trincheras destrozadas y seguimos avanzando.

¡Oh, estos regresos! Una vez llegado a las acogedoras posiciones de reserva dan ganas de dejarse resbalar, desaparecer en ellas. Pero es preciso regresar, sumergirse de nuevo en el horror. Si en semejantes momentos no fuéramos autómatas quedaríamos tirados, exhaustos, incapaces del menor acto de voluntad. Pero nos sentimos arrastrados de nuevo hacia adelante, sin voluntad también y, no obstante, con un furor homicida y una rabia demencial; queremos matar, pues esos de

ahí abajo, son ahora nuestros mortales enemigos; sus fusiles y sus granadas se dirigen contra nosotros. Si no los aniquilamos, ellos nos aniquilarán a nosotros.

La tierra café, esta tierra café, rasgada y reventada, que se ve grasienta bajo los rayos del sol, sirve de fondo a un terrible juego de autómatas; nuestro jadeo se parece al ruido de un muelle mal engrasado; nuestros labios están secos y nuestra cabeza más pesada que después de una noche de borrachera... Es así como avanzamos, vacilantes, y en nuestras almas resecas y acribilladas penetra con un dolor lacerante la imagen de esta tierra café iluminada por este sol grasiento, con estos soldados, todavía palpitantes unos, muertos los otros, tirados en el suelo, como si éste fuera su fatal destino, que nos agarran las piernas y gritan cuando nosotros los pisamos.

Perdimos todo sentimiento de solidaridad, apenas nos reconocemos cuando la imagen de un compañero cae bajo la mirada de nuestros ojos alucinados. Somos cadáveres insensibles que por un truco, por una peligrosa brujería, podemos todavía correr y matar.

Un joven francés se queda atrás; lo alcanzamos y levanta las manos. En una de ellas lleva todavía el revólver, no sabemos si quiere disparar o rendirse. Un golpe de pala le rompe la cara. Otro que lo ve intenta huir corriendo, pero una bayoneta se clava, con un silbido, en su espalda. Da un salto y con los brazos extendidos y la boca muy abierta, gritando, vacila con la bayoneta oscilando entre los hombros. Otro tira el fusil, se agacha y se cubre los ojos con las manos. Lo dejamos atrás, con los otros prisioneros, para transportar heridos.

De pronto, en nuestra persecución, llegamos a las líneas enemigas.

Vamos tan cerca de nuestros adversarios que casi logramos entrar juntos en ellas. Gracias a esto tenemos pocas ba-

jas. Nos ladra una ametralladora, pero la hacemos callar con una granada de mano. Sin embargo, en los pocos segundos que disparó, hirió en el vientre a cinco hombres. Kat, de un culatazo, le deshace el rostro a uno que manejaba la ametralladora y estaba ileso. A los otros los atravesamos con nuestras bayonetas antes de que puedan usar las granadas de mano. Después, sedientos, nos bebemos el agua del refrigerador.

Se oye por todas partes el ruido de las tenazas y pinzas que rompen las alambradas y se echan tablones encima de las estacas que las sostienen. Corriendo por estos estrechos pasos saltamos a las trincheras. Haie clava la pala en el cuello de un gigantesco francés y tira la primera granada; nos cubrimos unos segundos detrás de un parapeto y luego todo el rincón de trinchera que tenemos a la vista queda libre. La segunda silba diagonalmente contra la esquina y abre vía libre; mientras corremos vamos lanzándolas contra los refugios ante los que pasamos. La tierra tiembla; todo es humareda, gemidos y explosiones. Tropezamos con jirones de carne sanguinolenta que nos hacen vacilar, con blandos cuerpos. Caigo sobre un vientre abierto encima del que reposa un quepis de oficial, limpio e intacto.

El combate va decayendo. Perdemos contacto con el enemigo. Como aquí no podríamos sostenernos durante mucho tiempo, volvemos a las posiciones anteriores protegidos por el fuego de nuestra artillería. En cuanto nos transmiten la orden entramos corriendo a los refugios cercanos para llevarnos todas las conservas que encontramos a la mano —especialmente latas de *Cornedbeef* y de mantequilla— antes de irnos.

Llegamos en buenas condiciones. Momentáneamente, los otros no inician otro ataque. Estamos más de una hora tirados, jadeando, descansando sin que nadie hable. Estamos

agotados, tan agotados que a pesar de la terrible hambre que tenemos nadie se acuerda de las latas de conserva. Sólo poco a poco vamos convirtiéndonos, de nuevo, en algo semejante a hombres.

El *Cornedbeef* de enfrente es famoso en todo el sector. Llega a ser, de vez en cuando, la razón principal de uno de esos súbitos ataques que efectuamos a menudo, pues nuestra alimentación es, generalmente, mala; siempre estamos hambrientos.

En total encontramos cinco latas. Ellos sí que van bien surtidos. Es una delicia su alimentación comparada con la nuestra, pobres hambrientos que debemos tragar mermelada de nabos. La carne circula en abundancia en el otro lado, sólo necesitan cogerla. Haie encontró, además, una barra de pan francés y se la puso en el cinturón como una pala. Uno de los extremos está sanguinolento, pero no importa, lo cortaremos.

Es una suerte que ahora tengamos comida abundante; todavía necesitaremos nuestras fuerzas. Comer hasta llenarse es algo tan valioso como un buen refugio. Es por esta razón que pensamos tanto en la alimentación; nos puede salvar la vida.

Tjaden se robó dos cantimploras llenas de coñac. Circulan de mano en mano.

***

La artillería comienza a darnos su bendición vespertina. Anochece; se levanta la neblina del interior de los embudos. Podría decirse que están llenos de cosas misteriosas, parecidas a fantasmas. El vaho blanquecino se arrastra tímidamente de un lado a otro antes de osar levantarse por encima de los

bordes. Después se alarga en largas tiras pálidas de embudo en embudo.

Refresca. Estoy de guardia y miro fijamente la oscuridad que tengo delante. Me siento deprimido, como siempre después de un ataque; por esto me es tan penoso quedarme a solas con mis pensamientos. No son propiamente pensamientos, son recuerdos que me asaltan ahora aprovechando mi debilidad y que me impresionan extraordinariamente.

Suben los cohetes luminosos... y delante de mí aparece una imagen. Es un atardecer estival, estoy en el claustro de la catedral contemplando los rosales floridos, en medio del jardincito claustral, donde están enterrados los canónigos. A mi alrededor se levantan estatuas de piedra representando los misterios del rosario. No hay nadie; un gran silencio planea por encima de este florido recuadro; el sol calienta las enormes piedras grises. Las acaricio con mi mano y noto su tibieza. Sobre el ángulo derecho del tejado lejos se levanta la torre verde de la catedral, destacando en el azul tierno y mate de la tarde. Entre las columnitas brillantes del claustro se goza de aquella suave frescura que sólo puede encontrarse en las iglesias; yo estoy allí, inmóvil, pensando que cuando tenga veinte años podré conocer los turbadores goces que sugieren las mujeres.

Esta imagen está tan cerca de mí que me asusta, llega a tocarme antes de desvanecerse con el fulgor de la inmediata bola luminosa.

Cojo el fusil y lo examino. El cañón está húmedo; pongo encima la mano, lo aprieto y froto la humedad con mis dedos.

En los campos que había más allá de nuestro pueblo se levantaba una larga hilera de chopos, cerca de un río. Se podían ver desde muy lejos, y aunque tan sólo hubiera una hilera, los

llamábamos la chopera. Ya de niños sentíamos predilección por estos árboles; nos atraían inexplicablemente. Pasábamos días enteros en sus proximidades y escuchábamos su ligero murmullo. Sentados bajo ellos, en la orilla del río, dejábamos balancear nuestros pies en el agua clara y rápida. El olor puro del riachuelo y la melodía de la brisa en los chopos dominaban nuestra fantasía. ¡Los amábamos tanto! Todavía ahora, la imagen de aquellos días me hace latir el corazón, antes de desaparecer.

Es curioso que todos los recuerdos que llegan a nosotros tengan dos particularidades. Siempre están llenos de silencio; es lo que tiene más fuerza en ellos. E incluso, si en la realidad fueron diferentes, no por ello dejan de producir esta impresión. Son apariciones silenciosas, que sólo me hablan con miradas y gestos, mudas... Su emocionante silencio me obliga a apretar el fusil contra mí para no abandonarme a esta deliciosa disgregación en la que mi cuerpo querría sumergirse, fundiéndose dulcemente con las potencias mudas que están detrás de las cosas.

Son tan silenciosas porque precisamente el silencio es ahora inconcebible para nosotros. Nunca hay silencio en el frente y su zona es tan vasta que siempre nos encontramos en ella. Hasta en la retaguardia, en los más atrasados depósitos y en los lugares donde vamos a descansar, el rumor del frente llega constantemente a nuestros oídos. Nunca nos alejamos lo suficiente para no oírlo. En estos últimos días ha sido insoportable.

Este silencio es la causa de que las imágenes del pasado despierten en nosotros más tristeza que deseo. Una inmensa y desesperanzada melancolía. Estas cosas fueron, pero no volverán. Pasaron, pertenecen a un mundo que acabó para

nosotros. En el patio del cuartel nos producían un furioso anhelo y una incontenible rebeldía, nos sentíamos atados todavía a ellos, les pertenecíamos y ellos nos pertenecían aunque estuviéramos separados. Surgían también en las canciones de soldado que cantábamos cuando íbamos al campo de maniobras, marchando entre el alba y las negras sombras del bosque; era una evocación vehemente que brotaba de nuestro interior. Pero aquí, en las trincheras, lo hemos perdido todo. Ya no hay en nosotros ningún recuerdo; hemos muerto. El recuerdo planea a lo lejos, en el horizonte. Es una especie de aparición, un enigmático reflejo que despierta, al que tememos y al que amamos sin esperanza. Es fuerte como nuestro deseo, pero es inaccesible y lo sabemos.

Y aunque volviéramos a este paisaje de nuestra infancia, apenas sabríamos qué hacer allí. Las delicadas y secretas fuerzas que suscitaba en nosotros no pueden renacer. Podríamos encontrarnos allí de nuevo y pasear. Podríamos contemplarlo, amarlo e incluso emocionarnos con el recuerdo. Pero todo sería parecido a la agridulce contemplación de la fotografía de un compañero muerto; sus rasgos, su rostro y los días que pasamos juntos se animan a nuestro recuerdo. Pero no es él realmente.

Ya no nos sentimos atados como antes a este paisaje. No fue la noción de su belleza y de su espíritu lo que nos atrajo, sino lo que teníamos en común, el armónico sentimiento de una fraternidad entre las cosas y los acontecimientos de nuestro ser, sentimiento que nos mantenía aparte y nos hacía incomprensible el mundo de nuestros padres; pues, en cierto modo, nosotros estábamos siempre dulcemente inclinados y abandonados al nuestro, e incluso las cosas más insignificantes desembocaban siempre, para nosotros, en la ruta del infi-

nito. Quizá esto era tan sólo el privilegio de nuestra juventud; no veíamos todavía ningún límite ni admitíamos término a cosa alguna. Teníamos el impulso de la sangre, que nos identificaba con el correr de nuestros días.

Hoy pasaríamos por los campos de nuestra juventud como viajeros. Nos han consumido las realidades; conocemos las diferencias como comerciantes y las necesidades como carniceros. Ya no somos despreocupados, somos terriblemente indiferentes. Ciertamente podríamos estar allí, pero, ¿viviríamos?

Estamos abandonados como niños y somos experimentados como ancianos. Somos groseros, tristes, superficiales... Creo que estamos perdidos.

Se me hielan las manos y tengo escalofríos; no obstante, la noche es suave. Sólo la niebla es fría, esa niebla siniestra que se arrastra alrededor de los cadáveres que hay delante de nosotros y que les chupa la última y escondida gota de vida. Mañana estarán lívidos, verdosos y su sangre se verá negra y coagulada.

Suben todavía los cohetes luminosos y lanzan su brillo despiadado sobre un paisaje pétreo, lleno de cráteres y de luz fría, como de astro lunar.

Bajo mi piel, la sangre lleva terror e inquietud a mis pensamientos. Se debilitan y tiemblan, quieren calor y vida. No pueden resistir sin consuelo ni ilusiones; se retuercen ante la desnuda imagen de la desesperación.

Se oye un tintineo de ollas y tengo, de pronto, el vehemente deseo de comer algo diferente; me caería bien, me calmaría. Me domino triste esperando la hora del relevo.

Después me meto en el refugio y encuentro dispuesto un gran tazón de sopa. Está hecha con manteca y está sabrosa.

Me la como despacio. Y callo, a pesar de que los demás están de buen humor, pues el fuego ha decrecido.

***

Los días transcurren y cada hora es, al mismo tiempo, incomprensible y evidente. Alternamos los ataques con los contraataques y, poco a poco, los cadáveres van amontonándose en el campo lleno de embudos que hay entre ambas trincheras. A los heridos que caen cerca podemos, generalmente, recogerlos. Hay algunos, sin embargo, que quedan demasiado tiempo desatendidos y los oímos morir. Estamos, desde hace dos días, buscando inútilmente a uno de ellos. Debe estar tirado boca abajo sin poder voltearse. No puede tener otra explicación el que no lo encontremos, ya que sólo cuando se grita con la boca a ras del suelo se hace difícil ubicar la dirección de la voz.

Debe de tener una fea herida, uno de esos disparos traidores que no son tan graves como para debilitar el cuerpo y matar con rapidez, ni tan leves como para que se puedan soportar los dolores con esperanzas de salvación. Kat opina que tiene la pelvis destrozada o una bala en la columna vertebral. No puede ser una herida en el pecho, pues en ese caso no tendría tanta fuerza para gritar. Si estuviera herido de otra parte, lo veríamos moverse.

Poco a poco, su voz va enronqueciendo y tiene un sonido tan desgraciadamente confuso que podría provenir de cualquier parte. La primera noche salieron tres veces a buscarlo, pero cuando creían haber encontrado la dirección y avanzaban hacia aquel lugar, la voz gritaba de nuevo desde otro lado.

Buscamos inútilmente hasta la madrugada. Durante todo el día exploramos el terreno con binoculares; nada. El segundo

día la voz ya es más débil. Nos damos cuenta de que el hombre tiene los labios y la garganta completamente secos.

Nuestro comandante promete permiso anticipado y tres días de suplemento al que lo encuentre. Es un buen anzuelo, pero sin él también haríamos lo imposible, porque sus gritos son terribles. Kat y Kropp salen una vez, a media tarde. Una bala lame la oreja de Albert y le arranca el lóbulo. Una temeridad inútil. Vuelven sin el herido.

Y aún así, podemos entender perfectamente lo que grita. Primero sólo pide socorro. La segunda noche debe tener fiebre; habla de su mujer y de sus hijos. Oímos muchas veces el nombre “Elisa”. Hoy sólo llora. Por la noche, la voz no es ya más que un ronquido. Pero resuena todavía débilmente hasta el amanecer. Lo oímos bien porque el viento sopla en dirección a las trincheras. Por la mañana, cuando todos creemos que ha muerto hace rato, un estertor gutural llega de nuevo hasta nosotros.

Los días son calurosos y los cadáveres están insepultos. No podemos recogerlos todos, no sabríamos dónde meterlos. Las mismas granadas se encargan de enterrarlos. Algunos tienen el vientre hinchado como un globo y los gases que lo llenan los hacen silbar, eructar y moverse. El cielo es azul, sin nubes. Los atardeceres son bochornosos, el calor sube de la tierra. Cuando sopla el viento hacia nuestro lado, nos trae el olor de la sangre, dulzona y espesa, que repugna y empalaga; el tufillo a muerte que exhalan los embudos parece una mezcla de cloroformo y podredumbre que nos produce náuseas y vómitos.

Las noches se calman y comienza enseguida la caza de anillos de cobre de las granadas y de los paracaídas de seda de las bolas luminosas. En realidad nadie sabe por qué son

tan codiciados estos anillos. Los coleccionistas opinan, simplemente, que son valiosos. Hay algunos que recogen tantos, que vuelven curvados por el peso a las trincheras.

Haie, por lo menos, da una razón: quiere enviarlos a su prometida para que los utilice como ligas. Esto causa, por supuesto, enorme hilaridad entre los frisones. Se golpean las rodillas mientras dicen: "¡Qué cosas dices! ¡A Haie no se le va una!". Tjaden, sobre todo, no puede contenerse. Tiene en sus manos el anillo más grande y a cada rato mete la pierna como para indicar el espacio que queda todavía vacío.

—¡Caramba, Haie! Debe de tener unos buenos muslos... Unos buenos muslos.

Los pensamientos le llegan algo más arriba:

—¡Y qué culo debe tener también! Casi como el de un elefante.

Todavía no tiene bastante, y añade:

—Cómo me gustaría jugar con ella a darnos golpecitos en las nalgas. ¡Palabra que sí!

Haie está radiante porque su prometida tiene tanto éxito, y dice, orgulloso:

—Sí, está muy buena.

Los paracaídas tienen aplicaciones más prácticas... Tres o cuatro, según la anchura del pecho, bastan para una blusa. Kropp y yo los usamos de pañuelos desechables. Otros los envían a su casa. Si las mujeres supieran el peligro que se corre a veces buscando estos trapitos, se llevarían un buen susto.

Kat encuentra a Tjaden golpeando tranquilamente los anillos de un obús que no estalló, para sacarlos. A cualquier otro le habría estallado entre las manos, pero Tjaden, como siempre, tiene suerte.

Dos mariposas juegan durante toda la mañana delante de nuestra trinchera. Son de color limón; en las alas amari-

llas tienen unos puntitos rojos. ¿Qué puede haberlas hecho venir? En ninguna parte hay flores ni plantas. Se posan sobre la dentadura de un cráneo. Los pájaros son tan despreocupados como ellas: hace tiempo ya que se han acostumbrado a la guerra. Cada mañana vemos volar alondras entre ambos frentes. Hace aproximadamente un año, pudimos observar a una pareja que empollaba y consiguieron, ciertamente, criar a sus pequeñuelos.

Por lo que a las ratas se refiere, ahora nos dejan tranquilos. Están ahí delante; todos sabemos por qué. Se alimentan. Cuando avistamos una, la tumbamos de un tiro. Por la noche volvemos a oír aquel rodar, al otro lado. De día tenemos tan sólo fuego normal, de manera que podemos dedicarnos a rehacer las trincheras. No nos faltan distracciones, pues los aviones se encargan de proporcionárnoslas. Diariamente todos los combates tienen su público.

Los aviones de caza todavía podemos soportarlos, pero odiamos los aparatos de observación como a la peste porque atraen sobre nosotros el fuego de la artillería. Transcurridos unos minutos, desde su aparición, nos cae encima un diluvio de *shrapnells* y de granadas. Por su culpa perdimos once hombres en un día; cinco de ellos enfermeros. Dos quedaron tan destrozados que Tjaden afirmaba que se hubiera podido recoger con una cuchara lo que de ellos quedó enganchado en la pared de la trinchera y enterrarlo luego metido en una olla. Otro tiene las piernas cortadas y arrancado el bajo vientre. Reposa, muerto, con el pecho inclinado sobre la trinchera. Su cara es amarilla como un limón; entre la barba brilla todavía la brasa de un cigarrillo. Va ardiendo hasta que se le apaga en los labios con un leve crujido.

Provisionalmente, colocamos a los muertos en un gran embudo. Por el momento, hay tres capas.

***

Súbitamente, el fuego recobra toda su intensidad. Pronto volvemos a estar sentados con aquella rigidez angustiosa de la espera inactiva.

Ataque, contraataque, choque, contrachoque; todo esto son palabras, pero, ¿qué es lo que encierran? Tenemos muchas bajas, sobre todo reclutas. En nuestro sector recibimos refuerzos. Son muchachos de un regimiento que se creó hace poco, casi todos jovencitos del último reemplazo. Apenas si conocen el entrenamiento; no pudieron haber hecho más que ejercicios teóricos antes de entrar en campaña. Sí saben lo que es una granada de mano; pero no tienen ni la menor idea de lo que representa cubrirse y, sobre todo, les falta visión para ello. Un relieve del terreno debe ser de medio metro para que ellos lo vean.

A pesar de que necesitamos mucho los refuerzos, los reclutas son más un estorbo que una ayuda. En esta zona de violentos ataques se encuentran desamparados y caen como moscas. La guerra de posiciones que hoy se practica requiere de conocimientos y experiencia. Es necesario conocer el terreno; es preciso saber el ruido de los distintos proyectiles y conocer sus efectos. Se debe prever dónde caerán, saber cómo se extiende la metralla y el mejor sistema para defenderse de ella.

Lógicamente estos muchachos no saben nada de esto. Los fulminan a todos porque apenas distinguen un *shrapnells* de una granada, caen segados porque escuchan llenos de angustia el silbido de las inofensivas “carboneras” de grueso calibre que caen muy lejos de nosotros y no se dan cuenta del ligero murmullo vibrante de aquellos pequeños monstruos que estallan al ras del suelo. Se amontonan como borregos en vez

de dispersarse e incluso los heridos son rematados por los aviadores como si se tratara de conejos.

Estas caras pálidas de tanto comer zanahoria; estas miserables manos crispadas; la lamentable valentía de estos pobres perros que, a pesar de todo, avanzan y atacan, de estos pobres perros valerosos que, intimidados, no se atreven a quejarse en voz alta y que con el vientre, el pecho, los brazos o las piernas destrozados gimen sigilosamente llamando a sus madres y callan si se dan cuenta de que son observados.

Sus delgados rostros puntiagudos, levemente sombreados por el pelo naciente, tienen en la muerte la espantosa inexpresividad de los cadáveres de niños.

Se te hace un nudo en la garganta cuando los ves levantarse, correr hacia adelante y caer. Quisieras darles una paliza por ser tan bobos; cogerlos en brazos y sacarlos de aquí, donde no tienen nada que hacer. Llevan sus chamarras grises, los pantalones y las botas, pero a la mayor parte el uniforme les queda grande, les cuelga de todas partes. Su espalda es demasiado estrecha; su cuerpo demasiado delgado. No hay ningún uniforme hecho a la medida de estos niños.

Por cada veterano caen cinco reclutas.

Un inesperado ataque con gases se lleva decenas de ellos. Ni se han dado cuenta de lo que les esperaba. Encontramos todo un refugio lleno de caras azuladas y labios negros. Los de adentro de un embudo se quitaron la careta demasiado pronto. No sabían que el gas se mantiene más tiempo en los agujeros; cuando vieron que los de arriba no tenían puesta la careta, se quitaron la suya y respiraron suficiente gas como para quemarles los pulmones. Su estado es desesperado; las bocanadas de sangre los ahogan y unas terribles crisis de asfixia los llevan irremisiblemente a la muerte.

***

En un lugar de la trinchera me encuentro, de pronto, delante de Himmelstoss. Nos metemos en el mismo refugio. Todos estamos echados en el suelo, conteniendo la respiración, aguardando la orden de ataque.

AI salir corriendo, a pesar de mi excitación, un pensamiento atraviesa mi cerebro como una bala; no veo a Himmelstoss. Salto de nuevo, rápidamente, al refugio, y me lo encuentro tumbado en un rincón, con un pequeño arañazo de bala, haciéndose el herido. Pone cara de que lo hubieran golpeado. Está aterrorizado; realmente, él también es nuevo aquí. Pero yo me enfurezco al pensar que aquellos niños corren fuera, mientras él está escondido.

—¡Fuera! —le grito, rabiosamente.

No se mueve. Le tiemblan los labios y hacen bailar su bigote.

—¡Fuera!

Encoge las piernas, se aprieta contra la pared y me enseña los dientes, como un perro.

Lo cojo del brazo y quiero levantarlo por la fuerza. Empieza a gemir. Entonces me dominan los nervios. Lo agarro por el cuello, lo sacudo como a un saco mientras su cabeza va de un lado a otro y le grito en sus mismas narices:

—¡Cabrón! ¿Saldrás o no? ¡Perro, cerdo! ¿Querías escaparte?

Tiene los ojos vidriosos; golpeo su cabeza contra la pared.

—¡Asqueroso! —le doy una patada en las costillas.

—¡Cerdo! —de un empujón lo saco de cabeza. Pasa una nueva oleada. Al frente corre un teniente. Nos ve y grita:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Vengan con nosotros!

Y lo que no había logrado con mi paliza lo consigue este grito. Himmelstoss oye a un superior, gira a su alrededor como si despertara y se une a los que avanzan.

Yo lo sigo y veo cómo salta. Vuelve a ser el mismo Himmelstoss del patio del cuartel. Ya alcanzó al teniente y sigue corriendo, delante de todos...

***

Fuego graneado, fuego de bloqueo, fuego de cortina, minas, gases, tanques, ametralladoras, granadas de mano... Palabras, palabras, pero en ellas se encierra todo el horror de este mundo. Nuestras caras están cubiertas de costras; nuestro pensamiento aniquilado; estamos mortalmente cansados. Cuando llega una orden de ataque debemos despertar a puñetazos a más de uno para que nos siga. Tenemos los ojos inflamados, las manos destrozadas, los codos rotos, las rodillas nos sangran. ¿Pasan semanas, meses, años? Días, tan sólo días... Vemos desaparecer el tiempo, cerca de nosotros, en los rostros descoloridos de los moribundos; tragamos la comida, corremos, lanzamos granadas, disparamos, matamos, nos tiramos al suelo, estamos extenuados, embrutecidos, y sólo nos sostiene una cosa: darnos cuenta de que todavía hay quienes están más extenuados, más embrutecidos, más desvalidos que nosotros; saber que nos miran con los ojos muy abiertos, como si fuéramos dioses, porque hemos escapado tantas veces de la muerte.

Los pocos momentos de tranquilidad los aprovechamos para enseñarles.

—¿Ves esa olla vacilante? Es una mina que llega. ¡Tírate al suelo! Pasa de largo. Pero cuando venga hacia aquí, corre. Corriendo puedes escaparte.

Adiestramos sus oídos para percibir el pérfido murmullo de estos proyectiles pequeños, que apenas hacen ruido; deben

aprender a distinguir su zumbido de mosquito en medio de aquella batalla infernal; les enseñamos que son más peligrosos que los grandes que se oyen venir desde lejos. Les demostramos cómo deben esconderse de los aviadores; cómo se simula estar muerto cuando los atacantes te alcanzan; cómo se prepara una granada para que estalle medio segundo antes del choque. Les enseñamos a lanzarse como rayos en el interior de los embudos cuando vienen granadas de percusión; les mostramos cómo se limpia de enemigos una trinchera utilizando un paquete de bombas de mano; les explicamos las diferencias de tiempo entre las explosiones de las bombas enemigas y las nuestras; procuramos que se den cuenta del silbido especial de las granadas de gas y les enseñamos todos los trucos que pueden librarlos de la muerte.

Nos escuchan, son dóciles; pero en cuanto la acción empieza de veras, la emoción les impide recordar la inmensa mayoría de las veces y lo hacen todo al revés.

Traen a Haie Westhus con la espalda completamente abierta. En cada respiración se ve, por la herida, cómo le late el pulmón. Todavía me dio tiempo de estrechar su mano.

—Esto se acabó, Pablo —gime, mordiéndose el brazo de dolor.

Vemos vivir a hombres a quienes un obús les arrancó la cabeza; vemos correr soldados a quienes una explosión les arrancó los pies; siguen corriendo a trompicones, destrozándose los sangrientos muñones, hasta el embudo más cercano; un soldado de primera camina dos kilómetros apoyándose tan sólo en las manos porque tiene deshechas las rodillas; otro se va hacia la ambulancia y por encima de las manos, que aprieta contra su vientre, le cuelgan los intestinos; vemos gente sin boca, sin mandíbula inferior, sin rostro; encontramos a

uno que lleva dos horas apretando con los dientes la arteria de su brazo para no desangrarse. Sale el sol, anochece, silban las granadas, termina la vida...

A pesar de todo, este cachito de tierra removida en el que nos encontramos se ha mantenido contra fuerzas muy superiores. Sólo hemos cedido unos centenares de metros. Pero en cada metro hay un cadáver.

***

Nos relevan. Ruedan las llantas bajo nuestros pies. Vamos derechos, aturdidos, y cuando el grito: "¡Cuidado con el alambre!" llega, doblamos las rodillas. Era verano cuando pasamos por aquí; los árboles estaban todavía verdes. Ahora tienen un aspecto otoñal y la noche es gris y húmeda. Los camiones se detienen, bajamos, un grupo entremezclado; lo que queda de muchos hombres. A cada grito se destaca un grupo, un grupito insignificante, miserable, de soldados sucios y pálidos, un grupito terriblemente pequeño, un resto terriblemente reducido.

Alguien grita ahora el número de nuestra compañía. Es él, nos damos cuenta; es el comandante. Así, pues, ha vuelto. Lleva el brazo en cabestrillo. Avanzamos hacia él. Reconozco a Kat y Albert.

Nos amontonamos, nos apoyamos los unos en los otros, nos contemplamos.

Y otra vez, y otra aún, oímos gritar nuestro número. Ya puede gritar; no se oye hasta los hospitales, ni en la fosa.

De nuevo:

—Segunda compañía. ¡Aquí!

Y después, en voz baja:

—¿No queda nadie más de la segunda compañía?

Calla. Su voz ha enronquecido levemente cuando dice:

—¿Están todos aquí?

Y ordena:

—¡Numerarse!

La mañana es gris. Era verano todavía cuando partimos. Era verano y salimos ciento cincuenta hombres. Ahora tenemos frío; estamos en otoño. Las hojas crujen, las voces tiemblan cansadas.

—Uno..., dos..., tres..., cuatro...

Y al llegar al número treinta y dos, callan. Se hace un silencio prolongado antes de que una voz pregunte:

—¿Nadie más?

Y espera. Luego ordena en tono muy bajo:

—Por pelotones…

Y la voz se calla. A duras penas puede terminar:

—Segunda compañía...

Y penosamente:

—Segunda compañía... A paso de campaña.... ¡Adelante!

Una hilera, una corta hilera oscila, lentamente, en la mañana.

Treinta y dos hombres.

CAPÍTULO VII

Nos envían más hacia la retaguardia que de costumbre, a un campamento de reclutas para que podamos reconstruir nuestros efectivos. La compañía necesita un refuerzo de más de cien hombres. Entretanto, cuando no estamos de servicio, vagamos de un lado a otro. Al cabo de un par de días llega Himmelstoss. Desde que estuvo en las trincheras parece que perdió su altanería. Nos propone una reconciliación. A mí me parece bien porque me di cuenta de cómo ayudaba a transportar a Haie Westhus cuando tenía la espalda abierta. Y como por otra parte, parece que está mucho más razonable, no vemos ningún inconveniente en que nos invite a tomar algo en el comedor. Tan sólo Tjaden desconfía y se mantiene reservado.

Sin embargo, incluso él se deja convencer cuando Himmelstoss explica que remplaza al cocinero que se fue de permiso. Para demostrarlo, nos trae dos libras de azúcar, que nos podemos repartir, y media libra de mantequilla especialmente para Tjaden. Además, gestionará que nos destinen a la cocina durante los próximos tres días, para pelar papas y nabos. La comida que nos sirve es un excelente banquete de oficiales.

Así, pues, por el momento, volvemos a tener las dos cosas que hacen feliz al soldado: buena comida y descanso. Realmente, es muy poco. Hace unos años nos habríamos despreciado terriblemente. Ahora casi estamos satisfechos. Todo es cuestión de costumbre; hasta la trinchera. Esta costumbre es lo que nos permite, aparentemente, olvidar tan de prisa. Anteayer estábamos todavía en medio del fuego; hoy hacemos tonterías y perdemos el tiempo por los alrededores; mañana volveremos a las trincheras. En realidad, sin embargo, no olvidamos nada.

Mientras permanecemos en campaña, los días de frente, cuando ya pasaron, descienden como piedras hasta el fondo de nuestro ser, porque son demasiado pesados como para recordarlos en seguida. Si quisiéramos hacerlo nos suicidaríamos, pues me doy cuenta de una cosa: es posible soportar los horrores mientras agachas simplemente la cabeza; pero en cuanto piensas te matan.

Del mismo modo que nos convertimos en bestias cuando vamos al frente, porque eso es lo único que nos permite soportarlo, somos unos bromistas superficiales y dormilones cuando encontramos un campamento de reposo. No podemos impedirlo, es más fuerte que nosotros. Queremos vivir, sea como sea; no queremos llenarnos de sentimientos que pueden ser muy decorativos en tiempos de paz, pero que aquí no sirven para nada.

Kemmerich murió. Haie Westhus está agonizando. Y en lo que respecta a Hans Kramer, el día del juicio tendrán mucho trabajo si recogen y pegan los pedazos de su cuerpo, alcanzado por una granada. Martens ya no tiene piernas. Meyer murió. Max murió. Hämmerling murió. Ciento veinte hombres están tirados en algún lugar con la piel agujereada. Por su-

puesto, esto es triste, Pero, ¿qué podemos hacer nosotros para remediarlo? Nosotros vivimos. Si dependiera de nosotros, los salvaríamos; no nos importaría jugarnos el pellejo, no lo pensaríamos ni un momento, porque cuando se nos da la gana, también somos tremendos; apenas conocemos el miedo; el terror de la muerte sí, pero esto es distinto, esto es puramente físico.

Sin embargo, nuestros compañeros han muerto; no podemos salvarlos; descansan, por fin. ¡Quién sabe lo que nos espera a nosotros! Por eso queremos acostarnos y dormir o comer hasta que nuestro estómago no pueda recibir nada más y beber mucho y fumar, para llenar las horas. La vida es corta.

El horror del frente se hunde en lo más recóndito de nuestro ser en cuanto le volvemos la espada; lo exorcizamos con bromas innobles y feroces. Cuando alguien muere decimos que “se le frunció el culo” y hablamos por el estilo de todas las cosas. Esto nos salva de volvernos locos. Sólo lo podremos resistir mientras lo tomemos de esta manera.

¡Pero no olvidamos! Lo que cuentan los periódicos de guerra a propósito del buen humor de las tropas, que organizan bailes y fiestas en cuanto dejan el frente, es un cuento estúpido. No hacemos estas cosas porque estemos de buen humor, sino que tenemos buen humor porque de otro modo tronaríamos. De todas maneras, estas cosas ya no pueden durar mucho; nuestro humor cada día es más negro.

Lo sé; todo lo que ahora, mientras combatimos, baja al fondo de nuestro ser como si fuera de piedra, emergerá de nuevo cuando la guerra termine y entonces será cuando empiece la lucha de vida o muerte.

Los días, las semanas, los años de frente resucitarán, nuestros compañeros muertos se levantarán y marcharán

con nosotros, los cerebros recuperarán su lucidez, tendremos un objetivo. Y así avanzaremos; a nuestro lado los compañeros muertos; los años de frente sobre nuestra espalda... Marcharemos, pero, ¿contra quién?, ¿contra quién?

***

A este lugar vino, hace algún tiempo, un teatro de campaña, se ven todavía, sobre una puerta, los carteles de colores que anunciaban las representaciones. Kropp y yo los vemos con los ojos muy abiertos. No podemos creer que todavía haya cosas así. Hay una muchacha con un vestido de verano color claro y un cinturón rojo, de charol, que le aprieta la cintura. Apoya una mano en una barandilla y tiene en la otra un sombrero de paja. Lleva medias y zapatos blancos, unos hermosos zapatos, con una hebilla y tacón alto. A su espalda brilla el mar azul con alguna ola de espuma. A un lado se ve el luminoso color de una bahía. Es una muchacha realmente hermosa, con una nariz fina, unos labios rojos, largas piernas; de una limpieza y una pulcritud inimaginables. De seguro se baña dos veces al día y nunca tiene las uñas llenas de tierra. Tal vez tenga alguna vez en ellas un poco de arena de la playa.

A su lado hay un hombre con pantalón blanco, saco azul y gorra de marino; pero éste no nos interesa mucho.

La muchacha de la puerta es para nosotros una maravilla. Habíamos olvidado por completo que existieran cosas así, e incluso ahora llegamos a dudar de nuestros propios ojos. En todo caso, hacía años que no veíamos nada parecido, nada que pudiera comparársele en cuanto a belleza y felicidad. Esto es la paz; debe de ser así, pensamos con emoción.

—Mira qué zapatos tan ligeros; no podría caminar ni un kilómetro —digo, y pronto me doy cuenta de mi estupidez,

es imbécil pensar en una caminata frente a una imagen como ésta.

—¿Qué edad tendrá? —pregunta Kropp.

Yo supongo:

—Veintidós años, cuando mucho, Albert.

—Sería mayor que nosotros. Te aseguro que no tiene más de diecisiete.

Sentimos un escalofrío.

—Albert, esto sí valdría la pena, ¿no crees?

Asiente.

—Yo también tengo un pantalón blanco en casa.

—Un pantalón blanco, sí —digo yo. —Pero una muchacha así...

Nos miramos mutuamente de arriba abajo. No hay mucho que ver. Un uniforme descolorido, remendado y sucio por todos lados. Es inútil intentar hacer comparaciones.

Por esta razón, arrancamos inmediatamente al joven del pantalón blanco, rasgando el papel con mucho cuidado para no romper a la muchacha. Así logramos algo. Después, Kropp propone:

—Podríamos ir a que nos despiojaran.

Me resisto porque eso daña la ropa y vuelves a tener piojos después de dos horas. De todas maneras, después de haber admirado un poco más el cartel, me rindo. Voy más allá todavía:

—También podríamos buscar una camisa limpia...

Albert no sé por qué, opina:

—Sería mejor unos calcetines.

—Quizá también unos calcetines, pues. Vamos a especular un poco.

Pero llegan Leer y Tjaden, acercándose con flojera. Ven el cartel y en un abrir y cerrar de ojos, la conversación sube

de tono. Leer fue el primero de nuestra clase que tuvo una movida, y nos contaba intimidades emocionantes. Se anima a su manera delante de la imagen y Tjaden lo ayuda con entusiasmo.

No es precisamente que nos disguste —el que no dice porquerías no es soldado— sino que en este momento no estamos de humor para escucharlos. Por eso los dejamos solos y nos vamos al área de desinfección para que nos saquen los piojos, con el mismo porte que si nos dirigiéramos a una tienda elegante de modas para caballeros.

***

Las casas en las que nos alojamos están cerca de un canal. Al otro lado del canal hay estanques rodeados de alamedas; al otro lado del canal hay mujeres.

Las casas de nuestro lado fueron evacuadas. Pero en las otras todavía vive, de vez en cuando, alguien.

Por la tarde nadamos. Se acercan tres mujeres caminando por la orilla. Van caminando despacio y no desvían su mirada, a pesar de que no llevamos traje de baño.

Leer las llama. Ríen y se detienen a vernos. En un francés chapurreado les gritamos algunas frases, lo que se nos ocurre, todo mezclado, de prisa para que no se vayan. No son precisamente cosas demasiado finas, pero, ¿de dónde podríamos sacarlas?

Hay una morena, esbelta. Cuando se ríe se le ven brillar los dientes. Reacciona con alegría; la falda le queda amplia, alrededor de las piernas. A pesar de que el agua está fría nos esforzamos con nuestros ejercicios de natación para que se interesen y se queden. Hacemos alguna broma y ellas nos la

contestan sin que entendamos nada. Reímos y hacemos señas con las manos. Tjaden es más astuto. Corre a la casa, trae un pan de munición y se los enseña.

Eso resulta. Con señas y gestos nos dicen que vayamos, pero no podemos hacerlo. Está prohibido salir a la otra orilla, en todos los puentes hay centinelas. Sin un pase es imposible. Por eso les decimos que vengan ellas; pero mueven la cabeza y señalan hacia los puentes. Tampoco las dejan pasar.

Se van. Caminan despacio subiendo por el canal, siempre por la orilla. Las acompañamos nadando. Después de unos cientos de metros toman otro camino y nos enseñan una casa que está entre los árboles y la maleza. Leer les pregunta si viven allí.

Ríen... Sí, aquélla es su casa.

Les decimos que intentaremos ir cuando los centinelas no puedan vernos. Por la noche. Esta misma noche.

Levantan las manos, las colocan planas una con la otra, ponen la cabeza encima y cierran los ojos. Entendieron. La morena esbelta hace unos pasos de baile. Una rubia balbucea en alemán:

—Pan... bueno...

Les aseguramos calurosamente que les llevaremos pan. Y además, otras cosas buenas. Ponemos los ojos en blanco y queremos designar estas cosas con las manos. Leer está a punto de decirles a señas que les llevará un pedazo de salchichón. Si hiciera falta les prometeríamos todo un almacén de comida. Se alejan, volteando, de vez en cuando. Subimos a la otra orilla y observamos si entran realmente en aquella casa. Podrían habernos engañado. Después, nadando, volvemos a nuestro lugar.

Nadie puede atravesar sin pase los puentes.

No hay problema. Atravesaremos nadando en la noche. La emoción se apodera de nosotros y no nos deja en paz. No podemos estar quietos en ninguna parte y vamos al comedor. Precisamente hay cerveza y una especie de ponche.

Bebemos ponche y nos contamos extraordinarias aventuras de arriba abajo. Cada uno le cree gustoso al otro y espera su turno para poder contar una más gruesa. Las manos se agitan nerviosamente, fumamos incontables cigarros. Hasta que Kropp dice:

—Sería buena idea llevarles también unos cuantos cigarros.

Los guardamos también en nuestras gorras.

El cielo se pone color verde manzana sin madurar. Somos cuatro, pero sólo podemos ir tres; debemos deshacernos de Tjaden, dándole ponche y ron hasta que pierda. Cuando oscurece nos vamos a la casa. Llevamos a Tjaden en medio. Estamos prendidos, radiantes, rebosantes de deseos de aventura. La morena esbelta es para mí; ya escogimos y lo decimos. Tjaden cae sobre su colchoneta y se poner a roncar. De pronto despierta y nos ve con una cara de travieso que nos asusta; pensamos que se burló de nosotros y que todo el ponche que bebió no le hizo nada. Pero vuelve a desplomarse hacia atrás y se duerme.

Cada uno de nosotros coge un pan y lo envuelve en papel periódico. Envolvemos también los cigarros y tres buenos pedazos de paté de hígado que nos acaban de dar esta noche. Eso es ya un regalo decoroso.

Por el momento colocamos las cosas en el interior de las botas; porque debemos llevárnoslas para no pisar alambres y trozos de cristal del otro lado. Pero como tenemos que pasar nadando, no podemos llevar más ropa. De todas maneras,

está oscuro y no vamos muy lejos. Salimos con las botas en la mano. Nos metemos sigilosamente en el agua. Nadamos de espaldas, sosteniendo las botas, con todo su contenido, por encima de la cabeza.

Cuando llegamos a la otra orilla, nos paramos con cuidado, sacamos los paquetes y nos ponemos las botas. Llevamos las cosas debajo del brazo. Así caminamos, a paso ligero; mojados, desnudos, con las botas por único vestido. Encontramos pronto la casa. Está oscura, entre las ramas de los árboles. Leer tropieza con una raíz y se araña el codo.

—No es nada —dice, alegremente.

Las ventanas están tapiadas con maderos. Caminando sin hacer ruido damos la vuelta a la casa e intentamos espiar por las separaciones. Nos impacientamos. De pronto, Kropp vacila:

—¿Y si estuviera un comandante dentro, con ellas?

—Nos echamos a correr y listo —dice Leer bromeando.

—Que lea el número de nuestro regimiento aquí —y se da una palmada en las nalgas.

La puerta de la casa está abierta... Nuestras botas hacen poco ruido. Se abre una puerta. Un resplandor nos ilumina. Una mujer, asustada, grita. Nosotros decimos:

—Pst... pst... *Camarade... Bon ami...*

Y levantamos, como un conjuro, nuestros paquetes.

De pronto vemos también a las otras dos. La puerta se abre completamente y quedamos a plena luz. Nos reconocen y se echan a reír al contemplar nuestra indumentaria. Se retuercen, carcajeándose, en el marco de la puerta. ¡Con qué gracia se mueven!

—*Un moment* —dicen.

Desaparecen, e inmediatamente nos lanzan una ropa con la que apenas podemos cubrirnos. Después nos dejan en-

trar. Una pequeña lámpara ilumina la habitación. Hace calor. Huele un poco a perfume. Deshacemos nuestros paquetes y se los ofrecemos. Les brillan los ojos. Se ve que tienen hambre. Estamos algo apenados. Leer, con una seña, les indica que coman. Se animan en seguida; traen platos y cuchillos y se abalanzan sobre la comida. Levantan en el aire cada rajada de paté con admiración, antes de comérsela. Nosotros nos sentamos, orgullosos, a su lado.

Nos confunden con su plática. No entendemos mucho, pero adivinamos que son palabras amables. Debemos parecer muy jóvenes. La morena esbelta me acaricia el pelo y dice lo que siempre dicen las mujeres francesas:

—La guerre... grand malheur... pauvres garçons...

La cojo por el brazo, lo oprimo con fuerza y hundo mi boca en la palma de su mano. Sus dedos me aprietan los cachetes. Sobre mí se abren sus ojos turbadores, la suavidad de su piel morena y sus labios rojos. La boca pronuncia palabras que no entiendo del todo; sus ojos dicen mucho más de lo que nosotros esperábamos al venir.

Al lado de esta habitación están las recámaras. Al levantarme veo a Leer que, con su rubia, se dirige decidido a una de ellos mientras habla en voz alta. Él sabe de qué se trata. Pero yo... yo estoy entregado a un lejano sentimiento, mezcla de dulzura y violencia, y me pierdo en él. Siento en mí algo que desea y que cae, al mismo tiempo. La cabeza me da vueltas; aquí no hay nada que pueda sostenerme. Nos quitamos las botas, nos dieron pantuflas y no llevo puesto nada que pueda recordarme la insolente seguridad del soldado; no tengo fusil, ni cinturón, ni la chamarra, ni el casco. Me abandono a esta incertidumbre, que pase lo que sea... Pero, a pesar de todo, tengo un poco de miedo.

La morena esbelta mueve las cejas cuando está pensando. En cambio cuando habla las mantiene inmóviles. A veces lo que me dice también es sólo insinuado; el sonido no llega a palabra, queda ahogado o suspendido, vibrante, sobre mi cabeza; como un arco, como una trayectoria, como un cometa. ¿Qué sabía yo de todo esto?, ¿qué es lo que sé ahora? Las palabras de esta lengua extranjera, de la que apenas si entiendo algo, me adormecen y me inundan de una gran calma en la que desaparece la habitación levemente iluminada y queda tan sólo, vivo y claro, su rostro que se inclina sobre mí.

Qué complejo es un rostro que nos era extraño todavía una hora antes y que ahora se reclina sobre nosotros con una ternura que no surge de él mismo, sino de la noche, del mundo y de la sangre que asoman su brillo en él. Todos los objetos de la habitación parecen influidos y transformados, toman un aspecto particular, y mi piel blanca me inspira un sentimiento casi respetuoso cuando el resplandor de la lámpara la ilumina y la acaricia una mano fresca y morena.

Qué distinto es esto de lo que sucede en los prostíbulos para soldados, para los que tenemos autorización para ir y donde hay que hacer largas colas. No quisiera acordarme de eso; pero, sin darme cuenta, me viene una y otra vez a la memoria y me da miedo pensar que tal vez nunca pueda olvidar esto.

Siento los labios de esta muchacha morena y esbelta y aprieto contra ellos los míos; cierro los ojos y quisiera que todo esto hubiera oscurecido; la guerra, sus horrores y sus ignominias; despertarme de nuevo joven y alegre. Pienso en la figura de la chica del póster, y por un instante, creo que mi vida depende tan sólo de hacerla mía. Después me hundo, cada vez más profundamente, en este cuerpo que me abraza.

Quizá sea realmente un milagro.

No sé cómo nos reunimos de nuevo. Leer tiene un aire triunfal. Nos despedimos efusivamente y nos metemos otra vez en nuestras botas. El aire nocturno refresca nuestros cuerpos ardientes. Los álamos se levantan altivos en la oscuridad y murmuran. No corremos; andamos el uno al lado del otro, dando grandes pasos. Leer comenta:

—¡Valió la pena el pan de munición!

Yo no me atrevo a hablar. Ni siquiera estoy contento. Escuchamos pasos y nos escondemos detrás de unos arbustos.

Los pasos se acercan. Están a nuestro lado. Vemos a un soldado desnudo, tan sólo con botas, como nosotros. Lleva un paquete bajo el brazo y pasa corriendo. Es Tjaden que parece que tiene prisa.

Ya desapareció.

Nos reímos. Mañana habrá relajo.

Llegamos a nuestras colchonetas sin que nadie se dé cuenta.

***

Me llaman de la oficina. El comandante de la compañía me da una hoja de permiso, una de ruta y me desea un buen viaje. Miro cuántos días me dieron. Diecisiete. Catorce de licencia y tres para el viaje. Es poco tiempo para el trayecto. Solicito que me den cinco días. Bertnick me señala la hoja de ruta; me doy cuenta de que no regresaré inmediatamente al frente, sino que debo presentarme, cuando termine el permiso, a un curso en un campamento.

Los otros me envidian, Kat me da buenos consejos. Me dice que cuando esté allí, intente buscar en algún lugar seguro.

—Si eres listo no regresarás.

Bien visto, hubiera preferido no tener que irme hasta dentro de ocho días; todo este tiempo lo pasaremos aquí, y aquí se la pasa uno bien.

Por supuesto, debo invitarlos al comedor. Nos emborrachamos. Yo me pongo triste; estaré fuera durante seis semanas; realmente es una gran suerte. Pero, ¿qué habrá sucedido cuando regrese?, ¿los encontraré a todos todavía? Haie y Kemmerich ya no están... ¿Quién seguirá? Bebemos y los veo a todos. Albert, a mi lado, fuma; está contento. Siempre nos ha tocado juntos. Delante está Kat, con sus hombros caídos, su gran pulgar y su voz tranquila. Después, Müller, con los dientes salidos y su risa que parece un ladrido. Tjaden, con sus ojillos de rata. Leer, que se está dejando la barba y parece un hombre de cuarenta años.

Sobre nuestras cabezas se extiende una espesa humareda. ¡Qué sería del soldado sin tabaco! El comedor es un verdadero refugio. La cerveza es más que una bebida, es el indicio de que uno puede estirar y encoger, sin peligro, sus miembros. Y aprovechamos; alargamos las piernas tanto como nos es posible y escupimos a destajo. ¿Para qué seguir contando? ¡Qué impresión produce todo cuando uno se marcha al día siguiente!

Por la noche atravesamos de nuevo el canal. Casi me da miedo decirle a esa morena delgada que me voy; que cuando vuelva estaremos, de seguro, en otra parte; que no volveremos a vernos. Ella, sin embargo, tan sólo mueve un poco la cabeza y no parece sentirlo mucho. Al principio me cuesta trabajo entender; después voy viendo claro. Leer tiene la razón. Si hubiera salido hacia el frente, entonces habría dicho muchas veces: "*Pauvre garçon*", pero un permisionario... eso

no les interesa. ¡Que se vaya al diablo con sus caricias y su plática! Empezaba a creer en milagros y en todo lo que hacía un pan de munición. A la mañana siguiente, después de ir a despiojarme, me dispongo a tomar el tren de campaña. Albert y Kat me acompañan. En el andén nos dicen que el tren tardará todavía dos horas en salir. Ellos dos deben regresar porque están de servicio. Nos despedimos.

—Suerte Kat, suerte Albert.

Se alejan, volteando de vez en cuando para agitar la mano. Sus figuras se ven cada vez más pequeñas. Conozco bien cada una de sus frases, cada uno de sus movimientos. Los reconocería desde muy lejos. Por fin, desaparecen.

Me siento en la mochila y espero.

Siento, de pronto, una loca impaciencia por irme.

***

Me detengo en muchas estaciones; hago cola delante de muchas ollas de sopa; me acuesto sobre una tabla. Sin embargo, después, el paisaje se vuelve turbador, inquieto, conocido... Resbala a través de los cristales, en medio de la noche, con sus pueblitos de casas blancas cuyo tejado de paja se hunde en ellas como un gorro, con sus campos de trigo que brillan nacarados bajo los rayos oblicuos del sol, con sus jardines, con sus graneros y con sus grandes tilos.

Los nombres de las estaciones se convierten en palabras vivas que me hacen latir el corazón. El tren traquetea; yo estoy de pie, en la ventana, agarrándome con fuerza al bastimento. Estos nombres limitan mi juventud.

Campos llanos, alquerías; una yunta de bueyes avanza contra el cielo por un camino que corre paralelo al horizonte.

Una barrera; al otro lado esperan campesinos, muchachas que juegan en las calzadas, caminos que se pierden en el campo, caminos lisos, sin artillería que pase por ellos.

La tarde va cayendo, y si el tren no hiciera tanto ruido, yo tendría que gritar. La llanura se ensancha a lo lejos. Empiezan a destacar, sobre el horizonte, las montañas reñidas de azul pálido. Reconozco la línea característica del Dolbenberg, este monte dentado que se rompe bruscamente donde termina la frondosa cima de los bosques. Detrás debe estar la ciudad.

Pero ahora todo se inunda y se confunde en una luz de rojo dorado. El tren se retuerce en una curva, luego en otra... E irreales, difusos, oscuros, los álamos se levantan, a lo lejos, uno detrás de otro, en larga hilera de sombra, de luz y de languidez.

El paisaje gira lentamente con ellos; el tren los rodea, los intervalos se acortan; lo campos no son ya más que un bloque y, por un momento, sólo veo uno. Después, los otros van volviendo a ocupar su lugar detrás del primero y quedan todavía un rato solos contra el cielo antes de que los cubran las primeras casas.

Un paso a desnivel. No puedo separarme de la ventana. Los demás preparan ya sus cosas. Yo repito en voz baja los nombres de las calles que se deslizan por debajo de nosotros:

—Bemerstrasse... Bemerstrasse...

Ciclistas, carros, hombres, allí abajo... Es una calle gris y un viaducto gris, pero me emociona como si fuera mi propia madre.

Después el tren se detiene y estamos en la estación con sus ruidos, sus gritos y sus letreros. Me echo la mochila a la espalda, abrocho las correas, cojo el fusil y bajo vacilante los peldaños del vagón.

En el andén miro a mi alrededor. No conozco a nadie entre toda esta gente que se empuja con prisa. Una dama de la Cruz Roja me ofrece algo para beber. Me alejo. Sonríe con estupidez, demasiado convencida de su importancia. “Miren, le estoy dando un café a un soldado”, parece pensar. Me llama “compañero”. Cómo no.

Afuera, frente a la estación, murmura el río cerca de la calle; brota, blanco por la espuma, de las esclusas del molino. A su lado se levanta la antigua torre de vigía, delante, el viejo tilo de vivos colores, con el atardecer a su espalda.

Nos hemos sentado aquí tantas veces; hace ya mucho tiempo. Hemos pasado por este puente y hemos respirado el olor fresco y pútrido del agua estancada; nos hemos inclinado sobre la mansa corriente del agua en esta esclusa, donde algunas plantas trepadoras y algunas otras plantas cuelgan de los soportes del puente; y en el otro lado, durante los calurosos días veraniegos, hemos disfrutado contemplando el vivo brotar de la espuma, mientras hablábamos de nuestros profesores.

Atravieso el puente, miro a derecha y a izquierda; el agua tiene algas todavía y todavía cae formando un arco de color claro. En la vieja torre están, como antes, las planchadoras con los brazos desnudos ante la ropa blanca, y el calor de las planchas se extiende por las ventanas abiertas. Juegan los perros en la larga calle estrecha; delante de las puertas hay gente que me mira pasar, sucio y cargado.

En esta pastelería hemos comido helados y nos fumamos los primeros cigarros. Conozco todas las casas de esta calle que atravieso, la tienda de abarrotes, la droguería, la panadería. Y, después, estoy ya delante de la puerta oscura, con su gastada manija, y mi mano parece agobiada. La abro; me recibe una extraña frescura que me parece parpadear.

La escalera cruje bajo mis botas. Arriba rechina una puerta; alguien sale a mirar por encima del barandal. Es la puerta de la cocina. Están haciendo buñuelos de papa y su aroma llena toda la casa. Hoy es sábado, debe ser mi hermana quien se asoma desde arriba. De pronto siento una gran vergüenza y agacho la cabeza. Después me quito el casco y volteo hacia arriba. Sí, es mi hermana mayor.

—¡Pablo! —grita. —¡Pablo!

Sí, soy yo. La mochila choca con el barandal; ¡pesa tanto el fusil!

Abre de golpe una puerta y grita:

—¡Mamá!, ¡mamá! Pablo está aquí.

No puedo subir ni un solo escalón más. "Madre, madre; Pablo está aquí."

Me apoyo en la pared y aprieto nerviosamente el casco y el fusil. Los cojo con todas mis fuerzas pero me es imposible dar un paso adelante. La escalera desaparece ante mis ojos; me golpeo el pie con la culata; rechino los dientes con rabia, pero me siento impotente frente a esta única palabra que mi hermana pronunció; no puedo hacer nada. Hago un esfuerzo para obligarme a reír y hablar, pero no puedo articular ni una palabra, y así permanezco, clavado en la escalera, desgraciado, desvalido, en una convulsión terrible; no quiero y, sin embargo, las lágrimas resbalan sin cesar por mi rostro.

Mi hermana regresa y me pregunta:

—¿Pero, qué tienes?

Me domino y, vacilando, subo hasta el rellano. Dejo el fusil en un rincón, la mochila contra la pared y el casco encima. Me quito también las correas con todo lo que cuelga de ellas. Después digo furioso:

—¡Dame un pañuelo, mujer!

Saco uno del armario y me seco la cara. Colgada en la pared, sobre mi cabeza, está la caja de cristal con las mariposas que coleccionaba antes.

Siento la voz de mi madre que me llega desde la alcoba.

—¿No se ha levantado? —pregunto a mi hermana.

—Está enferma —responde.

Entro. Tomo su mano y me porto tan tranquilo como puedo:

—Ya estoy aquí, mamá.

Esta acostada, quieta, en la penumbra. Después me pregunta, temerosa mientras siento su mirada que me palpa:

—¿Estás herido?

—No, me dieron un permiso.

Está muy pálida. Me da miedo encender la luz.

—¡Y yo aquí, acostada y llorando, en vez de alegrarme! —dice.

—¿Te sientes mal, mamá? —le pregunto.

—Hoy me levantaré un poco. —Y se dirige a mi hermana que debe correr continuamente a la cocina para que no se le queme la cena—: Abre aquel frasco de mermelada de conservas, también. ¿Verdad que se te antojan? —me pregunta.

—Sí mamá; hace mucho tiempo que no he comido.

—Parece que presentimos tu venida —dice mi hermana riendo—; buñuelos de papas, tu plato preferido, y además mermelada de serbas.

—Es que es sábado —digo yo.

—Siéntate a mi lado —me dice mi madre.

Me mira. Sus manos son blancas, enfermizas y delgadas comparadas con las mías. Nos decimos pocas cosas y le agradezco que no pregunte nada. Después de todo, ¿qué podría decirle? Todo aquello que era posible ha sucedido. He escapa-

do ileso y estoy sentado cerca de ella, mientras en la cocina mi hermana prepara la cena cantando.

—Hijo mío —dice mi madre en voz baja.

En nuestra familia nunca hemos sido muy cariñosos. No suele ser costumbre de gente pobre que trabaja mucho y tiene muchas preocupaciones. Por otra parte tampoco lo entienden, no les gusta repetir lo que ya saben. Cuando mi madre dice "hijo mío" expresa tantas cosas como otra que hablara por los codos. Estoy seguro de que el frasco de serbas es el único que ha habido en la casa desde hace muchos meses y que lo guardaron para mí, igual que estas galletas, ya algo rancias, que me ofrece. Seguro que pudo conseguirlas en alguna ocasión excepcional y las guardó en seguida pensando en mí.

Estoy sentado al lado de su cama y en la ventana brillan el café y el oro de los castaños del bar que hay enfrente. Respiro despacio, profundamente, y me digo:

—Ésta es tu casa, estás en tu casa...

Pero no dejo de sentirme incómodo, aún no me acostumbro a estas cosas. Aquí está mi madre, mi hermana, mi caja de las mariposas, mi piano de caoba... pero yo todavía no logro acabar de llegar. Un velo y un último paso me separan de las cosas.

Es por esto que voy a buscar, ahora, mi mochila, la pongo sobre la cama y saco lo que traje: un queso de bola que me consiguió Kat; dos panes de munición, medio kilo de mantequilla, dos latas de paté de hígado, un kilo de manteca y una bolsa de arroz.

—Seguro que les servirán...

Asienten con la cabeza.

—¿Están muy mal, por aquí, las cosas? —les pregunto.

—Sí, no hay mucha abundancia. ¿Y por allá abajo hay bastante?

Sonrío señalando las cosas que traje.

—No siempre tenemos tanto, pero hay, hasta cierto punto.

Erna se lleva la comida. De pronto, mi madre me coge vivamente de la mano y me pregunta temblorosa:

—¿Sufrías mucho allá abajo, Pablo?

Mamá, ¿qué debo contestarte?, tú no lo comprenderás, nunca podrás entenderlo y es mucho mejor así. Preguntas que si sufrimos... Tú, madre... muevo la cabeza y digo:

—No, mamá, no es para tanto. Somos muchos y así no es tan difícil.

—Sí, pero hace poco tiempo estuvo aquí Enrique Brademeyer y contaba que era terrible lo que pasa allí abajo, con los gases y todo lo demás.

Es mi madre quien habla. Dice que "con los gases y todo lo demás". No la entiendo, tan sólo siente miedo por mí. ¿Debería contarle que una vez encontramos a los ocupantes de tres trincheras enemigas paralizados en sus actitudes como heridos por el rayo? En los parapetos, en los refugios, exactamente en el lugar en que habían sido sorprendidos, estaban de pie o tirados, con la cara azulada, muertos.

—Pero, mamá, se dicen tantas cosas —respondo—, Brademeyer no sabe lo que dice. Ya ves que regresé entero e incluso he engordado.

Ante la temblorosa inquietud de mi madre vuelvo a encontrar la calma. Ahora ya puedo moverme arriba y abajo, hablar y responder sin tener que apoyarme de pronto, en la pared, porque, ahora el mundo se ha vuelto blando como un algodón y las venas no son sino un ramo de flojos hilachos. Mi madre quiere levantarse. Mientras tanto voy a la cocina para ver a mi hermana.

—¿Qué tiene?

Encoge los hombros.

—Desde hace unos meses que está en cama, pero no quería que te lo dijéramos. La han visto muchos médicos. Uno de ellos me dijo que probablemente sería, de nuevo, cáncer.

***

Voy a presentarme a la Comandancia Militar del distrito. Atravieso, lentamente, las calles. Aquí y allá alguien me saluda. Apenas si me detengo; no tengo ya demasiadas ganas de hablar. Cuando salgo del cuartel, oigo una voz que me llama con fuertes gritos. Me volteo, sumido todavía en mis pensamientos y me encuentro delante de un comandante. Me regaña:

—¿No sabes saludar?

—Perdone, mi comandante —digo entre dientes turbado—; no lo había visto.

Grita aún más fuerte:

—¿Tampoco sabes expresarte correctamente?

Hubiera querido darle un par de bofetadas, pero me aguanto porque está en juego el permiso. Me cuadro y digo:

—No había visto a mi comandante.

—¡Pues ten cuidado! —replica. —¿Cómo te llamas?

Se lo digo.

Su gorda cara roja todavía está alterada.

—¿De qué cuerpo?

Contesto reglamentariamente.

—¿Dónde estás de servicio?

Pero estoy harto y le digo:

—Entre la Ceca y la Meca.

—¿Cómo dices?

Le explico que tan sólo hace una hora que regresé del frente, creyendo que se calmaría. Pero me equivoco. Todavía se enfurece más:

—Y querías introducir aquí las costumbres del frente, ¿no? Pues no hay nada que hacer. Aquí, gracias a Dios, reina el orden.

Me dice:

—¡Veinte pasos atrás enseguida! ¡Adelante, marchen!

Tengo mucho coraje, pero no puedo hacer nada contra él; si se le da la gana podría mandarme arrestar ahorita mismo. Corro hacia atrás, después avanzo a paso militar y cuando llego a seis metros de él hago un preciso saludo que no abandono hasta haberme alejado otros seis metros. Entonces me llama y me dice amablemente, que, por esta vez dejará prevalecer la indulgencia sobre el reglamento.

Le expreso mi agradecimiento sin abandonar mi rigidez.

—¡Retírate! —me ordena.

Doy media vuelta golpeando fuertemente con los tacones y me voy.

Esto me echó a perder la tarde. Me apuro a llegar a casa y tiro el uniforme en un rincón.

De todas maneras lo hubiera hecho. Después saco del armario un traje y me lo pongo.

Me siento raro. El traje me queda corto y apretado. Crecí durante el servicio. Me cuesta trabajo arreglarme el cuello y la corbata. Finalmente mi hermana me hace el nudo. ¡Qué ligero es un traje de estos! Se tiene la impresión de ir tan sólo en calzoncillos y camisa.

Me miro en el espejo. ¡Que facha más extraña! Un niño de primera comunión, grandecito, quemado, tostado por el sol, me está observando, desde allí, muy asombrado.

A mi madre le gusta que use traje; así siente que soy un poco más de ella.

Mi padre, sin embargo, hubiera preferido que usara siempre el uniforme, hubiera querido pasearme, así, por la casa de todos sus amigos.

***

¡Qué hermoso es estar sentado, tranquilamente, en cualquier lugar! Por ejemplo en la terraza del café de enfrente de la casa, bajo los castaños, cerca de la bolera. Las hojas de los árboles caen a la mesa y por el suelo. Pocas, tan sólo. Las primeras. Tengo delante un vaso de cerveza: en el regimiento aprendí a tomar. El vaso está a la mitad y todavía quedan algunos tragos del líquido fresco, además puedo pedir otra, y otra si quiero. No hay listas que pasar aquí. No estallan obuses. Los niños del propietario juegan boliche y el perro tiene la cabeza sobre sus rodillas. El cielo es azul y por entre las ramas de los castaños veo la torre de la iglesia de Santa Margarita.

Todo está bien, me gusta. Pero no hay forma de sacudirse a la gente. La única que no pregunta es mi madre. Pero mi padre es distinto. Él quisiera que le contara algo del frente, tiene deseos que me parecen conmovedores y estúpidos al mismo tiempo. No tengo, ya, con él una verdadera amistad. Lo que más le hubiera gustado es que yo me pasara el santo día contándole cosas. No se da cuenta de que esas cosas no pueden contarse y de que me gustaría, por otra parte, darle gusto; sin embargo sería peligroso, no podría traducir en palabras lo que he vivido; me da miedo que todo se agigante y que, luego, no me sea posible dominarlo. ¿Dónde estaríamos nosotros si tuviéramos conciencia de lo que sucede allí abajo?

Me limito, por lo tanto, a contarle algunas anécdotas divertidas. Él, no obstante, me pregunta si participé en algún combate cuerpo a cuerpo. Le digo que no y me levanto para salir.

Sin embargo no logro nada con eso. En la calle, después de haberme asustado dos veces con el rechinido de los tranvías que parecen gemidos de granada, alguien me da un golpecito en la espalda. Es mi profesor de gramática alemana que me hace las preguntas de rigor:

—¿Qué, cómo está todo allá abajo?, ¿terrible, no, terrible? Sí, es horroroso, pero nos debemos aguantar. Y, por lo menos, tienen comida abundante según me han contado. Usted se ve muy bien, Pablo. Está fuerte. Aquí, claro, todo está peor. Pero es lógico, muy comprensible, lo mejor debe ser siempre para nuestros soldados.

Me arrastra hacía su peña. Me reciben muy bien. Todo un señor director me da la mano y me dice:

—¿Conque llega usted del frente?, ¿y qué tal el ánimo de las tropas? Excelente, claro, excelente, ¿no?

Le respondo que todos quisieran volver a casa.

Se ríe estrepitosamente.

—¡Bueno, por supuesto! ¡De eso estoy seguro!, ¡pero antes tienen que acabar con los gabachos! ¿Fuma? Tome, encienda uno. Mesero, traiga una cerveza para nuestro joven guerrero.

Lástima que haya aceptado el cigarro, porque eso me obliga a quedarme. Todos desbordan de benevolencia; no puedo quejarme. Y, no obstante, me siento enojado y fumo tan rápidamente como puedo. Para hacer algo me tomo de un trago el vaso de cerveza. Me piden otro en seguida; son gente que sabe lo que se le debe a un soldado. Discuten sobre lo que tendremos que anexarnos. El director, con su cadena de hie-

rro para el reloj —cambiada por la de oro según la costumbre patriótica—, es el que quiere más territorios: toda Bélgica, las regiones mineras de Francia y zonas muy grandes de Rusia. Expone las razones concretas por las que debemos quedarnos con todo esto y se mantiene inflexible hasta que los otros ceden finalmente. Después comienza a explicarnos en qué lugares es necesario romper el frente francés y, entonces se dirige a mí:

—¡Por Dios, apúrense! Avancen y abandonen esta eterna guerra de posiciones. Acaben con esos bergantes y tendremos paz.

Respondo que, según mi opinión, una rotura del frente es imposible porque los del otro lado tienen muchas reservas. Además la guerra no se parece en nada a como uno se la imagina.

Niega con superioridad todo lo que le digo y me demuestra que no entiendo una palabra del asunto.

—Quizá tenga razón en cuanto a los detalles, pero se trata del total, y usted no está en condiciones de juzgarlo. Usted sólo ve el pequeño sector que representa el servicio y le falta una visión del conjunto. Cumple con su deber, arriesga la vida, esto es digno de todos los honores —cada uno de ustedes debiera tener la cruz de hierro— pero, antes que nada, es necesario romper el frente enemigo en Flandes, con un ataque masivo, y luego obligarlos a replegarse desde allí arriba.

Jadea y se seca la barba.

—Deben aplastarlos completamente, de arriba abajo... Y después, hacia París.

Me gustaría saber cómo se lo imagina, y me tomo el tercer vaso de cerveza. Encarga otro inmediatamente.

Pero me levanto. Él me mete todavía algunos puros en el bolsillo y se despide con un golpe en la espalda.

—¡Que le vaya muy bien! Esperamos oír grandes noticias.

***

Me había imaginado de otro modo mi permiso. Hace un año todo era distinto. Debo ser yo el que ha cambiado. Entre entonces y ahora se abre un abismo. Entonces yo no conocía la guerra. Sólo había estado en sectores tranquilos. Hoy noto que, sin haberme dado cuenta, me he ido cansando y deprimiendo. No estaba a gusto aquí. Esto es para mí un mundo extraño. Unos preguntan y otros no, pero se nota que todos están orgullosos de su actitud; a menudo incluso llegan a decir, con la entonación de quien entiende las cosas, que de eso no se puede hablar. Entonces se dan un pequeño aire de superioridad.

Lo que más me gusta es estar solo; así nadie me estorba. Porque todos acaban diciendo lo mismo: “todo está bien” o “todo está mal”. A uno le parece una cosa, a otro otra. Llevan siempre la conversación hacia lo que les interesa más personalmente. En otro tiempo, yo vivía seguramente, así; pero hoy no puedo acostumbrarme a esto de ninguna forma.

Me hablan demasiado. Tienen preocupaciones, planes, deseos que no puedo experimentar como ellos. A veces me siento con alguien en la terraza de un café e intento hacerle comprender que lo esencial, en resumen, es poder estar sentados allí tranquilamente. Ellos, claro, lo entienden y lo reconocen. Están de acuerdo conmigo; pero sólo en teoría, sólo en teoría, ahí está la diferencia. Lo sienten, pero sólo a medias; su otro yo está ocupado en otras cosas: están en cierto modo divididos; ninguno de ellos lo experimenta con todo su ser; ni yo mismo sé bien lo que pienso.

Cuando los veo allí, en sus habitaciones, en sus despachos, en sus ocupaciones, entonces todo se me antoja irresistiblemente y quisiera ser como ellos y olvidar la guerra. Pero al mismo tiempo todo me repugna. Es tan insignificante. ¿Cómo pueden llenar su vida? Habría que aplastarlo todo. ¿Cómo puede existir eso mientras que allí abajo la metralla vuela zumbando por encima de los embudos, suben los cohetes luminosos, se llevan a los heridos en las lonas de las tiendas y los compañeros se agachan en las trincheras? Son otra clase de hombres los de aquí, una clase de hombres que no acabo de entender, que envidio y desprecio. A pesar de todo, pienso en Kat, en Albert, en Müller, en Tjaden... ¿Qué estarán haciendo? Quizá estén sentados en el comedor. ¿O nadando? Pronto deberán regresar a primera línea.

***

En mi habitación, detrás de la mesa, hay un sillón de cuero oscuro. Me siento en él.

En las paredes, clavados con chinches, hay muchos grabados que yo había sacado de las revistas. También hay en medio de ellos, postales y dibujos que me gustaron. En la esquina, una pequeña estufa de hierro. En la pared de enfrente las estanterías con mis libros.

En esta habitación vivía antes de ser soldado. He ido comprando los libros poco a poco, con el dinero que ganaba dando lecciones. Muchos de ellos los compré en las librerías de viejo —todos los clásicos, por ejemplo—, cada volumen costaba un marco y veinte pfennings encuadernado en tela azul. Los compré completos, porque era muy meticuloso; no tenía confianza en las ediciones de “obras escogidas”, duda-

ba si habrían escogido lo mejor. Por eso siempre compraba "obras completas". Los leí con interés pero, la mayor parte no me satisfizo. Por eso fui inclinándome hacia los otros libros, los modernos, que, claro, eran mucho más caros. Algunos los conseguí no muy honradamente. Me los prestaron y no los devolví porque no quería deshacerme de ellos.

Una de las estanterías está llena de libros de texto. Los trataba con poco cariño y están muy maltratados o tienen páginas arrancadas; es obvio para qué. Debajo hay cuadernos, paquetes y cartas empaquetados, dibujos y ensayos.

Me gustaría sumergirme en mis pensamientos de aquel tiempo. Un tiempo que está encerrado todavía en esta habitación —me di cuenta de inmediato—; que estas paredes han conservado. Mis manos descansan en el respaldo del sillón; ahora me acomodo y levanto, también, las piernas; así permanezco confortablemente sentado, en el rincón, entre los brazos del sillón. Por la ventana abierta veo la imagen familiar de la calle de la alta torre con la iglesia al fondo. Hay algunas flores sobre la mesa. Portaplumas, lápices, una concha que me servía de pisapapeles, el tintero... Nada ha cambiado aquí.

Así permanecerá todo, si tengo suerte, cuando la guerra termine y yo regrese para siempre. Me sentaré igual que ahora, contemplando mi habitación y esperando.

Estoy inquieto; pero no quisiera estarlo porque no hay motivo. Quiero sentir de nuevo esta atracción íntima y tranquila, esta sensación de un deseo fuerte e indefinible, como antes, cuando me paraba frente a mis libros. La brisa de deseos que se levantaba entonces de los lomos multicolores deberá envolverme de nuevo; deberá fundir este pesado bloque de plomo que llevo en alguna parte como un peso muerto y despertar, de nuevo, en mi ser, aquella impaciencia por el

porvenir, aquella alegría alada que sentía en el mundo de los pensamientos. Quiero que me restituya el perdido interés de mi juventud.

Estoy sentado y espero.

Se me ocurre que debo visitar a la madre de Kemmerich. También podría ver a Mittelstaedt que debe estar en el cuartel. Me asomo por la ventana. Más allá de la soleada calle surge una cordillera de tonos ligeros y difusos que se transforma en un claro día otoñal... Estoy sentado cerca del fuego y con Kat y Albert, comemos las papas que cocimos en las brasas.

Pero no quiero pensar en esto y dejo el recuerdo. Quiero que la habitación me hable, que me posea y me lleve, quiero sentir aquí mi intimidad, quiero escuchar su voz para saber, cuando vuelva al frente, que la guerra es ahogada por la dulce ola del regreso; entonces ya pasó, ya no nos carcome; no tiene más poder sobre nosotros que el puramente exterior.

Los lomos de los libros se alinean el uno al lado del otro. Los reconozco todavía y recuerdo cómo los ordené. Les suplico con la mirada: "Háblenme, atrápenme, atrápame tú, vida mía de antaño; tú, vida despreocupada y bella, vuelve a poseerme..."

Espero, espero.

Pasan imágenes delante de mí; no me llenan, son tan sólo sombras y recuerdos. Nada... nada... Aumenta mi inquietud.

De pronto surge en mí un terrible sentimiento de extrañeza. No puedo encontrar el pasado. Me rechaza. Es inútil que suplique y me esfuerce. Nada vibra. Indiferente y triste, seco como un condenado a muerte mientras se me escapa el pasado. Al mismo tiempo temo conjurarlo con demasiada fuerza porque no sé lo que podría pasar. Soy un soldado y, sobre todo, debo atenerme a eso.

Me levanto cansado y me asomo por la ventana. Después cojo un libro y lo hojeo intentando leer algo. Lo dejo y tomo otro. Tiene pasajes subrayados. Busco, hojeo, cojo otros libros. Se van amontonando a mi lado. Tomo otros más... Hojas, cuadernos, cartas.

Permanezco aquí, mudo delante de todo eso como ante un tribunal.

Descorazonado.

Palabras, palabras, palabras... ya no me pertenecen.

Lentamente devuelvo los libros a su lugar. Ya pasó esto.

Salgo en silencio de mi habitación.

***

No me doy por vencido todavía. Es verdad que no he vuelto a entrar en mi dormitorio, pero me consuelo pensando que algunos días no significan, ni mucho menos, un final definitivo. Después —más tarde— tendré años enteros para dedicarlos a esto. Por el momento me voy al cuartel a visitar a Mittelstaedt y nos sentamos en su habitación. Ésta es una atmósfera que no me gusta pero a la que estoy acostumbrado.

Mittelstaedt me tiene preparada una noticia que me deja helado. Me dice que Kantorek fue incorporado a las filas con la última reserva.

—Imagínate —dice, mientras saca dos hermosos puros—, salgo del hospital, llego aquí y me topo con él. En cuanto me reconoce me da la pata y me dice con su voz de ganso: “¡Vaya, Mittelstaedt!, ¿cómo está?”. Entonces lo miro fijamente y le respondo: “Reservista Kantorek, el servicio es el servicio y el aguardiente es el aguardiente. Eso ya no tendría que decírtelo. Cuádrate cuando estés hablando con un superior”. Si hubieras

visto la cara que puso. Una mezcla de pepinillos en vinagre y de granada sin estallar. Con timidez intentó, todavía, tratarme amistosamente. Yo le ladré con más fuerza. Entonces puso en juego su artillería de grueso calibre, y me preguntó confidencialmente: "¿Quiere que le consiga un examen extraordinario?" El coraje me hizo explotar. Quería hacerme recordar... ¿Te das cuenta? Pues bien, también yo le recordé algo: "Reservista Kantorek; hace dos años que con tus sermones nos mandaste alistar con la comandancia del distrito. Con nosotros venía José Behm que, en realidad, se alistó a la fuerza. Cayó tres meses antes de la fecha en que le tocaba incorporarse. Sin ti hubiera esperado hasta entonces. ¡Y ahora retírate! Después volveremos a hablar de eso". No me costó trabajo conseguir que me apuntaran en su compañía. Lo primero que hice fue llevármelo al almacén para que le dieran un hermoso equipo. Podrás verlo ahorita.

Bajamos al patio. La compañía está formada. Mittelstaedt ordena descanso y pasa revista.

Por fin veo a Kantorek y me tengo que morder los labios para no morir de risa. Lleva puesta una especie de túnica con dobleces, de un azul desteñido. En la espalda y en los brazos tiene unos grandes parches de color más oscuro. Aquella chamarra debió pertenecer a un gigante. En cambio el pantalón, negro y deshilachado, es muy corto. Apenas le llega a la mitad de la pantorrilla. Los zapatos son extraordinariamente grandes, duros como hierro, unas antiquísimas lanchas con la punta curvada hacia arriba y abrochadas a los lados. Como compensación la gorra es demasiado pequeña, un trapo terriblemente sucio, una cosa roñosa y miserable. El aspecto del conjunto es lastimoso.

Mittelstaedt se para delante de él:

—Reservista Kantorek: ¿Ésta es manera de limpiarse los zapatos? Me parece que no aprenderás nunca. Mediocre, Kantorek, insuficiente...

Interiormente grito de gozo. Así era como Kantorek le hablaba a Mittelstaedt en la escuela. Con el mismo tono de voz: "Mediocre, Mittelstaedt, insuficiente..." Mittelstaedt, mientras, continúa su crítica:

—Mira a Boettcher. Es ejemplar. Tendrás que fijarte más en él.

Apenas puedo creerlo. También Boettcher está aquí, Boettcher, el portero de nuestra escuela. ¡Y él es el ejemplo! Parece que Kantorek quiere devorarme con la mirada. Yo me río en su nariz, sin malicia, y contemplo su facha como si no lo hubiera reconocido.

¡Qué aspecto de estúpido tiene vestido así! Y es quien nos había llegado a infundir un miedo mortal cuando se sentaba en su clase y con el lápiz en la mano atacaba a alguien con los verbos irregulares franceses que, después en Francia, no nos sirvieron para nada. Hace apenas dos años; y ahora el reservista Kantorek se ve bruscamente despojado de su prestigio, con las rodillas torcidas, con unos brazos como asas de olla, con las botas sucias y en una actitud ridícula; una caricatura de soldado. No puedo hacer concordar en mi interior esta visión de ahora con la amenazadora imagen sentada en su clase, y me gustaría, palabra, saber qué haría yo si algún día este imbécil se atreviera a preguntarme a mí, un veterano, cosas como ésta: "Baümer, conjugue el imperfecto del verbo *aller*."

Ahora Mittelstaedt ordena algunos ejercicios de formación en guerrilla. A Kantorek, benévolamente lo designa jefe de grupo.

Eso tiene su explicación particular. El jefe de grupo, en la formación de guerrilla, marcha siempre veinte pasos adelante

de los demás. Si se ordena pues: “¡Media vuelta... marchen!”, debe correr hacia el otro lado. De esta forma la línea da tan sólo, cómodamente, media vuelta y algunos pasos mientras el jefe corre de un lado a otro como una pelota. El conjunto forma parte de una de las recetas predilectas de Himmelstoss.

Kantorek no puede aspirar a otro tratamiento por parte de Mittelstaedt, ya que por su culpa éste no pudo pasar a la siguiente clase. En cuanto a Mittelstaedt, sería muy buey si no aprovechara esta magnífica oportunidad antes de volver al frente. Es posible morir algo más a gusto cuando el ejército te dio una oportunidad.

Entretanto Kantorek salta de un lado a otro como un jabalí asustado. Al cabo de un rato, Mittelstaedt lo detiene y comienza entonces el importante ejercicio de: “Cuerpo a tierra”, andando sobre las rodillas y los codos, sosteniendo el fusil reglamentariamente, Kantorek pasa arrastrando su vistosa figura por la arena, delante de nosotros. Jadea mucho y su jadeo es como música por nuestros oídos.

Mittelstaedt lo anima, e intenta consolar al reservista Kantorek con citas del profesor Kantorek:

—Reservista Kantorek, tenemos la suerte de vivir una gran época; debemos hacer, pues, un esfuerzo supremo y superar, unidos, lo que ella pueda tener de amargo.

Kantorek escupe un pedazo de madera sucia que se le había metido en la boca y suda.

Mittelstaedt se inclina sobre él y le llama la atención:

—Y es necesario, sobre todo, que las cosas insignificantes no nos hagan olvidar nunca el gran proceso histórico, reservista Kantorek.

Me extraña que Kantorek no estalle y explote, especialmente ahora que sigue la hora de gimnasia y Mittelstaedt lo

imita magistralmente jalándolo por el dobladillo de los pantalones, mientras hace contracciones en la barra fija, para ayudarlo a poner la barbilla sobre la barra y mantener una posición de cuerpo convenientemente rígida. Estas operaciones las ameniza con sabios discursos, exactamente igual que Kantorek hacía con él.

Después distribuye los servicios del día.

—Kantorek y Boettcher, irán a buscar el pan. Cojan la carreta.

Unos minutos más tarde, la pareja marcha con la carreta. Kantorek rabioso, va con la cabeza agachada.

El portero va contento porque el trabajo es muy fácil.

La panadería está situada en el otro extremo de la ciudad. Ambos deben atravesar, tanto a la ida como al regreso, todo el pueblo.

—Llevan ya algún tiempo haciendo esto —dice irónicamente Mittelstaedt. —Hay gente que espera, todos los días, para verlos pasar.

—Es magnífico —respondo yo—; ¿pero todavía no se ha quejado?

—Lo intentó. Nuestro comandante se rió mucho cuando oyó esta historia. No puede ver a los maestros de la escuela. Por otro lado, salgo con su hija.

—Te fregará con los exámenes.

—Me da igual —dice Mittelstaedt tranquilamente.

—Además, su reclamación sólo ha servido para que yo pueda demostrar que, la mayoría de las veces, hace tan sólo servicios ligeros.

—¿Por qué no lo fastidias en serio alguna vez?

—Me parece demasiado infeliz —responde Mittelstaedt en un tono de magnánima superioridad.

***

¿Qué es un permiso? Un cambio que, después, les hace más doloroso el regreso. Ya se mezcla ahora, en todo, la angustia de la despedida. Mi madre me mira en silencio —cuenta los días, lo sé—; cada mañana está más triste. Un día menos, piensa. Escondí mi mochila; no quiero que le recuerde nada.

Las horas pasan rápidamente cuando se medita. Me controlo y acompaño a mi hermana que va al rastro por unos huesos. Es una concesión especial y desde temprano la gente hace cola. Algunos se desmayan.

No tenemos suerte. Después de esperar, queriéndonos, tres horas seguidas, la cola se deshace. Se terminaron los huesos.

Afortunadamente me dan, todos los días, mi ración militar. De esta forma puedo llevar algo a casa y disponemos de una comida un poco más nutritiva.

Los días son cada vez más tristes, aún quedan cuatro. Debo ir a visitar a la señora Kemmerich.

***

Esto es algo que no se puede describir. Esta mujer temblorosa que solloza y me sacude gritando: "¿Por qué vives tú, si él ha muerto?", que me inunda de lágrimas y exclama: "¡Por qué están allí abajo ustedes!", que se deja caer en una silla y llora: "¿Lo has visto?, ¿lo viste todavía?, ¿cómo murió?".

Le respondo que recibió una bala en el corazón y murió enseguida. Me mira dudando:

—Mientes. Lo sé mejor que tú. Sentí en carne propia el largo horror de la muerte. Oí sus gritos por la noche, por la noche sufrí con la angustia... dime la verdad, quiero saberla, debo saberla.

—No —respondo—, yo estaba con él. Murió instantáneamente.

Me suplica en voz baja:

—Dímelo. Debes decírmelo. Yo sé que quieres consolarme, pero, ¿no te das cuenta de que me atormentas mucho más horriblemente que si me dijeras la verdad? No puedo soportar esta incertidumbre. Dime cómo murió por terrible que haya sido, siempre será mejor de lo que yo imagino.

No se lo diré, aunque me hiciera picadillo. La compadezco pero, al mismo tiempo la encuentro algo estúpida. Debería contentarse con lo que le digo. Kemmerich está muerto, sepa o no sepa cómo fue. Cuando se han visto tantos cadáveres no se comprende que uno solo despierte tanto dolor. Por eso le digo con impaciencia:

—Murió rápidamente. Ni siquiera se dio cuenta. La cara le quedó muy natural, apenas si se podía dar cuenta uno.

Calla. Después pregunta, lentamente:

—¿Puedes jurarlo?

—Sí.

—¿Por lo más sagrado?

Dios mío, ¿qué es lo que todavía considero sagrado? Estas cosas cambian pronto en nosotros.

—Sí, murió en el acto.

—¿Te conformas con no volver si esto no es verdad?

—Que yo no regrese del frente si él no murió instantáneamente.

Estoy dispuesto a aceptar, todavía, lo que sea; pero parece que ella al fin me cree. Solloza y llora un buen rato. Tuve que contarle punto por punto lo que pasó e invento una historia que casi me creo yo mismo.

Cuando me voy, me besa y me regala un retrato de Kemmerich. Se ve con su uniforme de recluta, apoyado en

una mesa redonda con patas de abedul sin descortezar. A su espalda hay un bosque pintado. Sobre la mesa un vaso de cerveza.

La última noche que paso en casa. Todo el mundo está taciturno. Me acuesto temprano, cojo la almohada y la aprieto contra mí, hundo en ella la cabeza. ¡Quién sabe si podré volver a dormir con almohada de plumas!

Mi madre entra, ya muy tarde, en la habitación. Me cree dormido y yo lo aparento. Hablar, desvelarme con ella sería demasiado doloroso.

Se quedó allí casi hasta el amanecer a pesar de que sufre físicamente y, de vez en cuando, se encorva por el dolor. Por fin, no lo soporto más, simulo que me despierto.

—Vete a dormir, mamá. Te resfriarás.

—Luego tendré tiempo para dormir.

Me incorporo.

—No me voy al frente en seguida, mamá. Primero estaré cuatro semanas en el campamento de barracas. Desde allí vendré todavía algún domingo.

Calla. Luego me dice en voz baja:

—¿Tienes mucho miedo?

—No, mamá.

—Quiero decirte una cosa: ten cuidado con las mujeres francesas. Son malas...

¡Ay, madre! Para ti todavía soy un niño... ¿por qué no puedo apoyar la cabeza en tu falda y llorar?, ¿por qué debo ser siempre el más fuerte y el más tranquilo? Yo también quisiera, de vez en cuando, sollozar y ser consolado. En realidad no soy mucho más que un niño; en el armario está colgado todavía mi pantalón corto. ¡Hace tan poco tiempo de esto! ¿Por qué se acabó?

Tan tranquilo como puedo le digo:

—Donde estamos nosotros no hay mujeres, mamá.

—Sé prudente allí abajo, en el frente, Pablo.

¡Ay, madre, madre! Levantémonos y huyamos, huyamos hacia el pasado, hasta que no encontremos nada de toda esta miseria. Hacia el pasado, hacia la época en que estábamos solos los dos, madre.

—Podrías conseguir un puesto de menos peligro.

—Sí, mamá, quizá me destinen a la cocina. Es muy posible.

—Acéptalo, ¿me oyes?, que los demás digan lo que quieran...

—No me preocupa eso, mamá.

Suspira. Su rostro es un suave resplandor en la oscuridad.

—Debes acostarte ahora, mamá.

No responde. Me levanto y le pongo la manta sobre los hombros. Se apoya en mi brazo, vuelve a tener dolores. La llevo así hasta su habitación. Me quedo, todavía, un rato su lado.

—Y ahora, mamá, tienes que aliviarte para cuando regrese.

—Sí, sí, hijo mío.

—No me envíen nada de lo suyo. Allá abajo tenemos comida suficiente. Aprovéchenlo todo ustedes.

Qué poca cosa parece en su cama esta mujer que me ama más que a nada en el mundo. Cuando intento irme dice, precipitadamente.

—Pude conseguir un par de calzoncillos. Son de buena lana. Te abrigarán. No los olvides.

¡Ay, mamá! Sé cuánto te costó este par de calzoncillos; ir de un lado a otro, hacer colas, mendigar... ¡Madre, madre! ¿Cómo puede entenderse que yo pueda separarme de ti?, ¿quién tiene derecho sobre mí, sino tú? Todavía estoy sentado cerca de ti y tú estás aquí acostada. ¡Deberíamos decirnos tantas cosas! pero nunca podremos...

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo mío.

La habitación está oscura. Se escucha la respiración de mi madre. Y el tic tac del reloj. Afuera, el viento acaricia la ventana. Se oye el rumor de los castaños.

En el pasillo tropiezo con mi mochila que ya está preparada porque me voy al amanecer.

Muerdo la almohada; aprieto compulsivamente las barras de hierro de la cama. No debí venir. En el frente me sentía indiferente y, a menudo, sin esperanzas. Nunca podré volver a sentirme así. Yo era un soldado; ahora no soy más que un sufrimiento; por mí, por mi madre, por todo esto, interminable y desconsolador.

No debí venir.

CAPÍTULO VIII

Reconozco, todavía, las barracas del campamento. Aquí es donde Himmelstoss educó a Tjaden. Pero casi no conozco a nadie. Todos han cambiado como siempre pasa. Únicamente quedan algunos de los que antes tan sólo veía de pasada.

Cumplo mecánicamente mi servicio. Por las noches voy casi siempre al Hogar del Soldado. Hay revistas que, sin embargo, no leo nunca. Y hay, también, un piano en el que me gusta tocar. Sirven dos mujeres, una de ellas joven.

El campamento está cerrado con una cerca de estacas y alambre de púas. Cuando regresamos tarde del Hogar del Soldado necesitamos un pase para entrar. Pero quien se entiende bien con el guardia, puede pasar, claro, sin el papel.

Todos los días hacemos ejercicios tácticos de compañía en el arenal, entre matas de enebro y abedules. Es soportable cuando uno se resigna. Corremos hacia adelante, nos tiramos al suelo y, entonces, el aliento hace oscilar los tallos de hierba y las florecitas. La arena clara, vista de tan cerca, es pura como en un laboratorio, formada por miles y miles de minúsculos granitos. Se siente un extraño deseo de hundir la mano en ella.

Sin embargo, más hermosos son los bosquecitos con su cenefa de abedules. Cambian de color a cada instante. Ahora

los troncos brillan con una esplendorosa blancura mientras, sedosa y alada, planea entre ellos, como pintada al pastel, la luz verdosa que tamiza el follaje. Un momento después es de un azul opalino que se vuelve plateada en los límites del bosque y funde la antigua tonalidad verde; pero en seguida, cuando una nube pasa ante el sol, todo oscurece hasta llegar casi al negro en el lugar cubierto por la sombra. Y esta sombra corre a través de los troncos como un fantasma y los hace palidecer, hasta que se aleja después por el arenal perdiéndose en el horizonte. Se yerguen de nuevo los abedules como solemnes estandartes, llevando en sus blancos troncos el incendio, oro y grana, del coloreado follaje.

Me abstraigo a menudo en este juego de luces delicadas y de sombras transparentes, hasta el punto en que casi no oigo las órdenes. Cuando uno se siente solo es cuando empieza a observar la naturaleza y a amarla. Aquí yo no tengo ninguna amistad ni tampoco deseo, con los que me rodean, más trato que el usual. Apenas nos conocemos lo suficiente para hacer algo más que platicar un poco y, por la noche, jugar alguna partida de cartas.

Al lado de las barracas está el gran campamento de los rusos. Está, ciertamente, separado del nuestro por alambre de púas; sin embargo, los prisioneros consiguen pasar hacia nuestro lado.

Tienen un aspecto tímido y temeroso a pesar de que, la mayor parte, son altos y barbudos. Parecen humildes perros San Bernardo a los que alguien golpeó.

Se deslizan silenciosos por los alrededores de nuestras barracas y hurgan en los barriles de basura. ¡Es posible imaginar lo que encontrarán en ellos! Nuestra comida es escasa y mala. Nabos cortados en seis trozos y cocidos tan sólo

en agua; pequeñas zanahorias llenas, todavía, de tierra. Las papas picadas son un manjar exquisito y la suprema delicia es una sopa de arroz, muy clara, en la que, se supone, deben nadar unos pequeños pedazos de tendón de buey. Sin embargo, están cortados en trocitos tan pequeños que no es posible encontrarlos. Naturalmente nos lo comemos todo. Si alguien, por casualidad, se siente tan opulento que no termina de limpiar el plato con pan, hay diez más que esperan para hacerlo con mucho gusto. Tan sólo los restos que la cuchara no puede coger caen, junto con el agua del fregadero, en los barriles de basura. También alguna vez pueden mezclarse cáscaras de zanahoria, unos pedazos de pan enmohecidos y otras porquerías.

Esta agua insustancial, turbia y sucia es lo que buscan los prisioneros. La extraen ávidamente de los pútridos barriles y se la llevan bajo sus camisas.

Es algo raro ver de cerca a nuestros enemigos. Tienen unos rostros que te ponen a pensar; caras de buenos campesinos con la frente ancha, amplia nariz, labios gruesos, grandes manos y cabello espeso. Habría que darles empleo para labrar, segar o recoger las manzanas. Tienen un aspecto todavía más bonachón que el de nuestros campesinos frisones.

Da tristeza ver sus movimientos, su forma de mendigar un poco de comida. Todos están muy débiles porque reciben lo justo para no morirse de hambre. Nosotros mismos hace tiempo nos quedamos con hambre.

Sufren de disentería y algunos de ellos, con mirada temerosa, enseñan a escondidas la tela de su camisa sucia de sangre. Tienen la espalda y las vértebras cervicales inclinadas, las rodillas dobladas y miran de reojo, de abajo arriba, cuando estiran la mano y con las pocas palabras que conocen

mendigan... mendigan con sus suaves y dulces voces de bajo que evocan las grandes estufas encendidas y los silenciosos albergues de su país.

Algunos los tiran al suelo de una patada; sin embargo, son los menos. La mayor parte no les hace nada; pasan, sin mirarlos, por delante de ellos. A veces, palabra, da coraje verlos tan miserables y entonces les dan algún puntapié. Si, al menos, no miraran de esa manera. ¡Cuánta aflicción puede caber en aquellas dos pequeñas manchas, que se podrían tapar con los pulgares, en los ojos!

Por la noche vienen a las barracas y tratan de comerciar. Cambian cuanto tienen por un poco de pan. A veces les va bien porque las botas que llevan son buenas y las nuestras malas. El cuero de las suyas, tan altas, es de una suavidad extraordinaria, verdadero cuero de Rusia. Los hijos de campesinos que hay entre nosotros y que reciben comida de su casa, pueden adquirirlas. El precio de un par de botas es, poco más o menos, dos o tres panes de munición o un pan y un salchichón pequeño y reseco.

Sin embargo, hace tiempo que casi todos los rusos se han quedado sin nada. No llevan puesta más que ropa miserable e intentan cambiar pequeñas esculturas y diversos objetos que hacen con fragmentos de metralla y con pedazos de cobre de las esquirlas de obús. Por estas cosas, por supuesto, sacan muy poco, a pesar de que hacerlas tomó mucho trabajo. Las cambian por unas rebanadas de pan. Nuestros campesinos son necios y hábiles en el regateo. Sostienen el pedazo de pan o de salchicha bajo la nariz del ruso hasta que el deseo de comérselo lo hace palidecer, pone los ojos en blanco y todo le da igual. Entonces ellos envuelven cuidadosamente su presa, sacan su gran cuchillo de bolsillo y, poco a poco, calmosa-

mente, se cortan un pedazo de pan de sus provisiones y, después de cada mordida roen, como recompensa un pedazo de salchichón seco. Es irritante verlos comer así; te dan ganas de golpear sus duras cabezas. Hay que decir, sin embargo, que apenas los conocemos.

***

Estoy muy a menudo de centinela con los rusos. En la oscuridad pueden verse sus figuras alargadas moviéndose como cigüeñas enfermas, como enormes pájaros. Se acercan al alambre y aprietan el rostro, oprimen con sus dedos la malla. A veces se colocan uno al lado de otro, en las largas hileras, respirando la brisa que les llega de los bosques y del brezal.

No acostumbran hablar y si lo hacen dicen pocas cosas. Son más humanos y, casi diría, más fraternales entre ellos que nosotros. Pero esto quizá provenga tan sólo de que se sienten desgraciados. No obstante la guerra ha terminado para ellos; aunque es preciso reconocer que esperar sólo la disentería no es una vida agradable.

Los viejos reservistas que los vigilan cuentan que antes estaban mucho más animados. Tenían, como suele ocurrir siempre, relaciones sexuales entre ellos y, seguido, se peleaban a puñetazos y cuchilladas. Ahora ya están embotados e indiferentes. La mayoría ni siquiera se masturba de tan débiles que están; antes el asunto llegaba a alcanzar tales proporciones que lo hacían, al mismo tiempo, todos los hombres de un barracón.

Permanecen de pie, contra la alambrada. De vez en cuando, uno de ellos oscila y desaparece; inmediatamente, otro ocupa su lugar en la hilera. La mayoría no habla. Algunos tan sólo piden la colilla.

Contemplo sus oscuras siluetas. Sus barbas ondean con la brisa. No sé nada de ellos excepto que son prisioneros y, precisamente, esto es lo que me conmueve. Su vida es anónima e inocente... Si supiera algo más de ellos, cómo se llaman, cómo viven, cuáles son sus anhelos, qué es lo que les interesa, mi emoción tendría un objeto y podría convertirse en compasión. Ahora, sin embargo, detrás de ellos no veo sino el dolor de la criatura, la terrible melancolía de la existencia y la falta de misericordia en los hombres.

Una orden ha convertido a estas sombras tranquilas en enemigos nuestros; otra orden podría convertirlos en nuestros amigos. En una mesa cualquiera, unos caballeros que ninguno de nosotros conoce, firman un escrito y entonces, desde aquel momento, por largo tiempo, nuestra suprema obligación consiste en hacer aquello que, en tiempo normal, es abominado por todo el mundo y castigado con la máxima pena. ¿Quién sería capaz de hacer todavía, distinciones, viendo a estos hombres tranquilos, con sus caras de niño y sus barbas de apóstol? Cada cabo es para los reclutas y cada profesor para los alumnos un enemigo, peor que estos hombres para nosotros. Y, no obstante, volveríamos a disparar contra ellos y ellos contra nosotros, si estuvieran libres.

Me aterro; no debo adentrarme en estos pensamientos. Esta senda conduce al abismo. Todavía no ha llegado la hora. Pero no quiero perder esta idea, quiero conservarla, quiero esconderla cuidadosamente hasta que la guerra termine. Mi corazón late con fuerza; ¿será éste mi propósito, aquella finalidad definitiva, la única en la que pensaba en la trinchera, aquella que yo buscaba como mi razón para vivir después de esta gran catástrofe de toda la humanidad?, ¿será ésta la labor que justifique mi vida futura, la misión digna de estos años de horror?

Saco mis cigarros, los parto a la mitad y los reparto entre los rusos. Se inclinan y los encienden. Ahora en sus caras brillan unos puntitos rojos. Me consuela: parecen ventanitas de alguna alquería en la oscuridad, indicando que en su interior existe un acogedor refugio.

***

Pasan los días. Una mañana con neblina entierran a otro ruso, ahora, casi todos los días mueren algunos. Precisamente estoy de centinela cuando los sepultan. Los prisioneros cantan un himno religioso; lo cantan a varias voces y resuena, sin embargo, muy débilmente, como si apenas fueran voces, como un órgano lejano, allí, en el brezal. Las exequias son breves.

Por la noche vuelven a alinearse en la alambrada y respiran la brisa de los bosques de abedules. Las estrellas son frías. Ahora conozco ya a algunos que hablan bastante bien el alemán. Uno de ellos es músico y me cuenta que había actuado como violinista en Berlín. Cuando le digo que yo tecleo un poco el piano va por su violín y se pone a tocar. Los demás se sientan y apoyan su espalda en la alambrada. Él permanece parado tocando; a veces adquiere aquella expresión de irrealidad que tienen los violinistas cuando cierran los ojos; después balancea, de nuevo, su instrumento al compás de la música y me sonríe.

Debe de tocar canciones populares porque los otros compañeros lo acompañan tarareando. Son como una oscura cordillera que resonara debajo de la tierra. Y la voz del violín se levanta por encima de ella como una esbelta adolescente, clara y solitaria. Las voces callan y queda tan sólo el instrumento —tiene un sonido delgado y débil, en la noche; como si

temblara; tenemos que acercarnos para oírlo; estaríamos mejor en una sala—; aquí, al aire libre, entristece escuchar esta voz que vaga solitaria.

No me dan permiso ningún domingo porque hace poco tuve una licencia larga. Por esta razón, el domingo anterior a mi partida vienen a verme mi padre y mi hermana mayor. Pasamos el día en el Hogar del Soldado. ¿Dónde podríamos ir, si no quería llevarlos a los barracones? A mediodía vamos a pasear por el campo.

Las horas transcurren tristemente. No sabemos de qué hablar. Por fin hablamos de la enfermedad de mi madre. Ya se confirmó que tiene cáncer. Está en el hospital y la operarán muy pronto. Los médicos confían en que sanará, pero nosotros no conocemos todavía ningún caso de curación de cáncer.

—¿Dónde está? —pregunto.

—En el hospital de Santa Lucía —dice mi padre.

—¿En qué clase?

—En tercera. No sabemos cuánto costará la operación. Ella misma quiso que la pusiéramos en tercera clase. Dijo que así podría distraerse un poco más... y es más barato.

—Así está en una sala común. ¡Con tal de que pueda dormir por las noches!

Mi padre asiente con la cabeza. Tiene un rostro hinchado y lleno de arrugas. Mi madre se enferma muy seguido y aunque, en realidad, sólo ha ido al hospital cuando no le queda remedio, de todas maneras ha salido muy caro y, por esta razón, la vida de mi padre ha sido muy sacrificada.

—Si por lo menos supiéramos lo que costará la operación —dice él.

—¿No preguntaron?

—Directamente, no. No se puede... Si el médico se molesta

no es conveniente, pues al fin y al cabo son ellos los que operarán a tu madre.

—Sí —pienso amargamente—, así somos nosotros, los pobres. Nunca nos atrevemos a preguntar el precio a pesar de que nos preocupe terriblemente. En cambio, a los otros, los que no necesitan saberlo, les parece muy normal acordar antes el precio de la operación. Y con ellos el médico no se molesta nunca.

—Las vendas, además, son muy caras —dice mi padre.

—¿La Cruz Roja no contribuye en nada? —pregunto.

—Hace demasiado tiempo que tu madre está enferma.

—¿Y ustedes tienen algo?

Mueve la cabeza.

—No. Pero puedo volver a hacer horas extras.

Sí, ya lo sé; permanecerá hasta medianoche en su mesa, doblando, pegando y cortando. A las ocho de la noche comerá alguna de esas cosas sin ninguna sustancia que se obtienen a cambio de los bonos de racionamiento. Después tomará algo para el dolor de cabeza y... de nuevo a empezar.

Para distraerlo un poco, le cuento algunas anécdotas que se me ocurren. Chistes de soldado y cosas por el estilo, que se refieren a generales o sargentos mayores que, de una forma u otra, han quedado en ridículo.

Después los acompaño a la estación. Me dan un frasco de mermelada y un paquete de buñuelos de papa que mi madre todavía tuvo tiempo de cocinar para mí.

El tren se va y regreso al campamento.

Por la noche embarro un poco de mermelada sobre algunos buñuelos e intento comérmelos. No me gustan. Entonces salgo para dárselos a los rusos. Pienso, sin embargo, que los hizo mi madre y que, quizá, tenía dolores mientras estaba

frente a la estufa. Coloco el paquete dentro de la mochila y tomo dos, tan sólo, para los rusos.

CAPÍTULO IX

Viajamos algunos días en el tren. Aparecen en el cielo los primeros aviones. Pasan convoyes de transporte. Cañones, cañones. Nos recibe el ferrocarril de campaña. Busco mi regimiento, nadie sabe, con exactitud, dónde se encuentra. Paso la noche en cualquier lugar; por la mañana me proporcionan comida y algunas vagas instrucciones. Cojo la mochila y el fusil y me pongo de nuevo en camino.

Cuando llego al pueblecito, que está destruido, ya no queda nadie. Me dicen que nos han organizado como división volante destinada a correr por todas partes donde huela a cuerno quemado. No me hace ninguna gracia esto. Me cuentan que hemos sufrido muchas bajas. Pregunto por Kat y Albert. Nadie sabe nada.

Sigo buscando, voy de un lado a otro con una inquietud extraña. Tengo que acampar todavía dos noches como un piel roja. Por fin obtengo noticias concretas y, por la tarde, puedo presentarme en la oficina de la compañía.

El sargento mayor me retiene. La compañía llegará dentro de dos días; no es preciso mandarme al frente.

—¿Qué tal el permiso? —pregunta. —Maravilloso, ¿no?

—Más o menos —respondo.

—Sí... —suspira—, si no tuviera uno que regresar... Eso es lo que echa a perder la segunda mitad.

Vago por allí hasta la mañana que llega la compañía. Gris, sucia, malhumorada, mustia. De un salto me meto entre las filas y busco ávidamente... Allí está Tjaden y aquí Müller que se está sonando. Encuentro también a Kat y a Kropp. Acomodamos nuestras colchonetas una al lado de otra. Me siento culpable al mirarlos y, sin embargo, sin razón. Antes de acostarme saco el resto de los buñuelos y la mermelada para que también ellos los prueben.

Los dos buñuelos de los extremos se enmohecieron un poco, pero todavía pueden comerse. Los reservo para mí y les doy los más frescos a Kat y a Albert.

Kat come y pregunta:

—¿Los hizo tu madre?

Hago un gesto afirmativo.

—Se sabe por el sabor.

Tengo ganas de llorar. No me reconozco a mí mismo. Pero ahora todo será mejor; vuelvo a estar con Kat, Albert y los demás. Me encuentro en mi ambiente.

—Has tenido suerte —murmura Kropp adormeciéndose.
—Se dice por ahí que nos mandarán a Rusia.

—¡A Rusia! Allí ya no hay guerra.

En la lejanía retumbaba el frente. Tiemblan las paredes de las barracas.

***

Nos mandan hacer una rigurosa limpieza. Las órdenes se suceden. Nos pasan revista una vez tras otra. Lo que está roto lo cambian por equipo nuevo en buen estado.

En todo esto yo puedo oler una irreprochable guerrera nueva y Kat, por supuesto, un equipo completo. Corre la voz de que se acerca la paz, pero la otra versión es más aceptable, seguramente nos mandan a Rusia. Sin embargo, ¿para qué necesitamos en Rusia un uniforme en buen estado? Por fin todo queda aclarado: el Káiser viene a pasar revista. Ahora se entienden todos estos preparativos.

Ocho días trabajando sin parar, esto parece un cuartel de reclutas con tanto ejercicio y tanta limpieza. Todos estamos enojados y nerviosos; una limpieza tan exagerada ya no es para nosotros y el paso de desfile todavía menos. Precisamente estas cosas son las que nos ponen furiosos cuando estamos en las trincheras.

Por fin llega el momento. Nos cuadramos, rígidos, y aparece el Káiser. Sentimos curiosidad por ver su aspecto. Pasa delante de nosotros, caminando a lo largo de las hileras y, a decir verdad, me decepciona un poco; por las fotografías me lo había imaginado más alto, más vigoroso y, sobre todo, con una voz de trueno.

Reparte cruces de hierro y habla con algunos. Después nos retiramos.

Al cabo de un rato lo comentamos entre nosotros. Tjaden dice asombrado:

—¿Así que éste es el que manda más que nadie? ¿Delante de éste se deben cuadrar todos, absolutamente todos?

Medita.

—¿Hindemburg también debe cuadrarse delante de él?, ¿qué creen?

—Claro —contesta Kat.

Tjaden todavía no está satisfecho. Piensa un rato y pregunta:

—¿Y un rey?, ¿también un rey debe cuadrarse delante de un emperador?

Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero parece que no. Ambos están en un plano tan elevado que ya no debe importar.

—¡Qué cosas se te ocurren! —dice Kat. —Lo esencial, para ti, es que tú sí debes cuadrarte.

Sin embargo Tjaden está completamente fascinado. Su imaginación, tan pequeña normalmente, trabaja ahora a todo vapor.

—¿Saben? —declara—, no puedo comprender que un Káiser tenga que ir al baño igual que yo.

—Pues no lo dudes —dice Kropp riendo.

—Muchacho, tres locos y tú sumarían siete locos —añade Kat. —Tienes piojos en el cerebro Tjaden. Si quieres un consejo, vete enseguida a dar una vuelta por las letrinas, a ver si se te aclaran las ideas y no hablas como un niño de teta.

Tjaden desaparece.

—Me gustaría saber una cosa —dice Albert. —¿Hubiera estallado la guerra si el Káiser se hubiera negado?

—Seguro —afirmo. —Todos dicen que él no la deseaba.

—Bien; si se hubiera negado él tan sólo quizá sí. Pero si lo hubieran hecho veinte o treinta en el mundo...

—Es muy probable que no —concedo—, pero precisamente estas personas son las que sí quisieron.

—Es curioso pensar en esto —sigue Kropp—; nosotros estamos aquí para defender nuestra patria. Pero también los franceses defienden la suya. Entonces, ¿quién tiene la razón?

—Quizá los unos y los otros —murmuro sin convicción.

—Correcto —dice Albert y leo en su carta que quiere meterme en un callejón sin salida—, pero nuestros profesores, nuestros pastores y nuestros periódicos dicen que sólo te-

nemos la razón nosotros y quiero creerlo; sin embargo, los profesores, los pastores y los periódicos franceses pretenden tener razón tan sólo ellos. ¿Cómo te lo explicas?

—No lo sé —digo yo. —Sea como sea, estamos en guerra y, cada mes, entran en ella nuevos países.

Vuelve Tjaden. Está todavía muy alterado y se mete, de nuevo, en la conversación. Ahora quiere saber cómo se produce una guerra.

—Generalmente porque un país ofende gravemente a otro —responde Albert con cierto tonillo de superioridad.

Pero Tjaden permanece impasible.

—¿Un país? No lo comprendo. Una montaña alemana no puede ofender a una montaña de Francia. Ni un río ni un bosque ni un campo de trigo...

—¿Eres tonto o pareces? —gruñe Kropp. —No quise decir eso. Un pueblo ofende a otro...

—Siendo así, yo no tengo nada que hacer aquí —replica Tjaden—; no me siento ofendido en absoluto.

—¡De seguro, te darán explicación! —dice Albert enfurecido. —¿No ves que eres media mierda que no significa nada?

—¡Pues me marcho a casa enseguida! —insiste Tjaden ante la hilaridad de todos.

—Pero, ¡pedazo de idiota! Se trata del pueblo en conjunto, es decir, del Estado... —grita Müller.

—El Estado, el Estado... —dice Tjaden haciendo sonar los dedos con malicia. —Guardia civil, policía, contribuciones, tomen su Estado. Si eso es lo que interesa, paga tú el pato.

—De acuerdo —lo apoya Kat. —Es la primera vez que dices algo razonable, Tjaden. Entre el Estado y la patria hay algunas diferencias.

—Pero se corresponden mutuamente. No existe una patria sin Estado.

—Está bien; sin embargo, piensa que la mayoría de nosotros es gente sencilla. Y, en Francia, casi todos los hombres son, también, obreros, peones o pequeños empleados. ¿Cómo puede querer atacarnos un zapatero o un cerrajero francés? No, tan sólo es el Gobierno. Yo no había visto ningún francés antes de venir y a la mayoría de franceses les debe pasar lo mismo con nosotros. Tampoco les preguntaron a ellos.

—Entonces, ¿por qué hay guerra? —pregunta Tjaden.

Kat se encoge de hombros.

—Alguien debe salir ganando.

—Ese no soy yo, palabra —dice Tjaden irónico.

—Ni tú ni ninguno de nosotros.

—¿Quién, entonces? —insiste Tjaden. —El Káiser tampoco. Tiene ya todo lo que necesita.

—Yo no estoy muy seguro —replica Kat. —Hasta el momento no había tenido ninguna guerra. Y todo gran emperador necesita, por lo menos, una guerra. Si no, no se hace célebre. Ya verás, míralo en tus libros de clase.

—Los generales también se hacen célebres en la guerra —dice Detering.

—Aún más que los emperadores —continúa Kat.

—Seguro que también hay, detrás de ellos, otros que piensan hacerse ricos a costa de la guerra —gruñe Detering.

—Yo creo, más bien, que es una especie de fiebre —dice Albert. —Nadie la quiere en realidad y, de pronto, se presenta. Nosotros no la pedimos, los otros dicen que tampoco... y, con todo, medio mundo está en la sopa.

—Sin embargo, ellos mienten más que nosotros —respondo yo—; acuérdense, si no, de aquellas hojas que les quitamos a unos prisioneros y en las que decían que nos comíamos a los niños belgas. Los estúpidos que escriben estas cosas

deberían ser colgados. Ellos mismos son los verdaderos culpables.

Müller se levanta.

—No obstante, es mejor que la guerra se haga aquí y no en Alemania. Miren estos campos llenos de embudos...

—Eso es verdad —confiesa el mismo Tjaden—; pero todavía sería mejor que no hubiera en ningún sitio.

Y se aleja muy orgulloso porque nos dio una lección, a nosotros que somos estudiantes. Su opinión es realmente típica de estas latitudes; topamos con ella a menudo y no podemos replicar nada porque excluye la noción de las conexiones entre las cosas. El sentimiento nacional del simple soldado consiste en encontrarse aquí, y basta. No quiere oír hablar de nada más. El resto lo juzga desde un punto de vista práctico y según su mentalidad.

Albert se tumba, malhumorado, en el pasto.

—Es preferible no hablar de todo este lío.

—Tampoco vamos a sacar nada en limpio —confirma Kat.

Para terminarla de amolar nos hacen devolver casi todas las cosas nuevas que nos habían dado y nos dan de nuevo nuestros trapos viejos. Aquello era tan sólo para el saludo.

En lugar de ir hacia Rusia, volvemos al frente. Por el camino atravesamos un bosque lamentable, de árboles astillados y con la tierra reventada. En algunos lugares se abren unos espantosos agujeros.

—¡Dios! Les dieron fuerte aquí —digo a Kat.

—Lanzaminas —responde, indicándome que mire hacia arriba.

De los árboles cuelgan cadáveres. Un soldado desnudo está suspendido en la horquilla de dos ramas. Lleva todavía puesto el casco, pero ninguna ropa cubre su cuerpo. En realidad sólo una mitad está allí arriba, el busto; le faltan las piernas.

—¿Cómo pasó eso? —pregunto.

—Sí, mira, lo encueraron de una explosión —gruñe Tjaden.

Kat dice:

—Es curioso; ya lo hemos visto otras veces. Cuando una mina te atrapa de lleno, sales disparado de la ropa. Debe ser la presión del aire.

Sigo mirando. Realmente es así. Allá abajo hay tan sólo colgajos de uniforme. En otro lugar está enganchada una pasta sanguinolenta que antes eran miembros humanos. Hay un cuerpo tirado en el suelo que tiene, por ropa, un pedazo de calzoncillos en una pierna y el cuello de la chamarra. Por lo demás, está desnudo; el uniforme cuelga de un árbol. Le faltan los dos brazos, como si se los hubieran destornillado. Uno de ellos está a más de veinte metros, entre unas matas. El cadáver está boca abajo. En los lugares de las heridas que dejaron los brazos arrancados, la tierra está oscurecida por la sangre. Bajo sus pies la hierba aparece aplastada y trinchada, como si el hombre hubiera, todavía, pataleado.

—No es broma, Kat —digo yo.

—Tampoco un pedazo de metralla en pleno vientre, responde encogiéndose en hombros.

—No se pongan tiernos —protesta Tjaden.

Todo esto debe ser reciente; la sangre está fresca todavía. Como vemos tan sólo cadáveres no nos detenemos, le avisaremos a la primera ambulancia. Al fin y al cabo nuestro trabajo no consiste en hacerle la tarea a esas bestias de carga.

***

Deberá salir una patrulla para constatar hasta qué punto están ocupadas, todavía, las posiciones enemigas. A causa de mi

permiso experimento frente a los otros un sentimiento muy especial y, por esto, me ofrezco como voluntario. Concertamos el plan, nos deslizamos a través de la alambrada y nos separamos para arrastrarnos cada uno por su lado. Al cabo de un rato encuentro un embudo poco profundo y me meto resbalándome. Desde aquí observo los alrededores.

El terreno está bañado por un moderado fuego de ametralladoras. Toda la zona está regada por las balas no muy densamente, pero, sin embargo, lo suficiente para no permitirme levantar demasiado los huesos de este agujero.

Un cohete luminoso despliega en el aire su paracaídas. El terreno parece cuajarse bajo una claridad lívida. Después, la oscuridad se le cierra encima, mucho más tenebrosa que antes. En la trinchera dijeron que aquí había negros. Es desagradable. No se pueden ver bien y, además, son muy diestros para patrullar. En cambio, cosa rara, a menudo son, también, muy imprudentes; tanto Kat como Kropp tiraron, una vez cada uno, toda una contrapatrulla porque los negros, en su pasión por los cigarros, marchaban fumando. Kat y Albert no tuvieron más que tomar como referencia los puntos brillantes de los cigarros.

Cerca de mí cae una pequeña granada. No la oí venir y me sobresalto. Al mismo tiempo se apodera de mí un terror loco. Estoy aquí solo y casi desvalido en la oscuridad... quizá hace rato que, desde otro embudo, unos ojos me observan y una granada de mano está dispuesta a ser lanzada para destrozarme, intento dominarme. No es la primera patrulla que hago ni tampoco es particularmente peligrosa. Pero es la primera después del permiso y, por otra parte, no conozco el terreno.

Procuro convencerme de que mi emoción es estúpida, que de seguro no hay nadie espiándome en la oscuridad, si fuera así no podrían hacer un fuego tan rasante.

En vano. Mil pensamientos me daban vueltas en la cabeza; siento la exhortadora voz de mi madre; veo a los rusos, con sus barbas flotantes al viento, apoyados en la alambrada; se presenta delante de mí la agradable visión de un comedor con sus mesas, de un cine en Valenciennes; en mi imaginación angustiada, veo la horrible boca gris de un fusil implacable que me persigue silenciosamente, amenazándome cuando intento mover la cabeza. Sudo por todos los poros de mi cuerpo.

Permanezco en el agujero. Miro la hora; han transcurrido muy pocos minutos. Tengo la frente húmeda; los ojos mojados; me tiemblan las manos y jadeo en voz baja. No es más que un terrible acceso de miedo, un simple y vulgar terror canino de sacar fuera la cabeza y avanzar.

Mi ansiedad, desbordada como agua, se concreta en mi deseo de permanecer aquí. Mis miembros se incrustaron en la tierra; hago una tentativa vana... no quieren ceder. Me aprieto contra el suelo; no puedo avanzar; decido quedarme.

Pero de pronto me inunda una ola renovadora, una ola de vergüenza, de arrepentimiento y de entereza. Me levanto un poco para observar. Me arden los ojos de tan fijamente como miro en la oscuridad. Se eleva un cohete luminoso y vuelvo a acurrucarme.

Sostengo una lucha insensata y turbia contra mí mismo, quiero salir de mi agujero y, a pesar de todo, me precipito en él. Me digo: “Debes hacerlo; por tus compañeros; no es una misión muy peligrosa”. Pero añado enseguida: “Y a mí qué me importa. Tengo sólo una vida que perder...” “Todo se debe a este permiso”, pienso, con amargura, para disculparme. Pero ni yo mismo me creo; me siento desfallecer; me incorporo poco a poco, me levanto, saco los brazos, me apoyo en ellos, alzo mi cuerpo y quedo, la mitad fuera y la otra dentro,

acostado en el borde del embudo. Pero siento unos tumores y vuelvo a deslizarme dentro. A pesar del ruido de la artillería pueden oírse unos murmullos sospechosos. Escucho; los rumores están a mi espalda. Es nuestra gente que pasa por la trinchera. Ahora oigo también voces ahogadas. Por el tono de una de ellas diríase que es Kat quien habla.

De pronto me invade un calor extraordinario. Estas voces, estas pocas palabras murmuradas a mi espalda, estos pasos en la trinchera que está detrás de mí, me arrancan del angustioso aislamiento, del terror a la muerte en el que iba, casi, a abandonarme. Estas voces son mucho más que mi vida; son mucho más que el amor de una madre y que el miedo; son lo más fuerte y lo más eficaz para protegernos que existe en el mundo, son las voces de los compañeros.

No soy ya un poco de vida, temblorosa, sola en las tinieblas... les pertenezco y ellos me pertenecen; todos tenemos la misma vida; estamos unidos de una forma simple y profunda. Quisiera hundir el rostro, apretarme contra estas voces que me salvaron y que me sostendrán.

Cautelosamente me deslizo hacia afuera del embudo y me arrastro hacia adelante. Después avanzo gateando, con el rostro pegado al suelo. Todo está bien. Miro de reojo a mi alrededor, para orientarme; me fijo en los fogonazos de la artillería con el fin de encontrar el camino de regreso. Después intento ponerme en contacto con el resto de la patrulla.

El miedo subsiste, pero es un miedo razonable, una precaución extremada. La noche es ventosa y las sombras bailan, aquí y allá, con los fogonazos de la artillería. Por eso veo demasiado y demasiado poco al mismo tiempo. A menudo el terror me paraliza, pero no sucede nada. De esta manera avanzo bastante y retrocedo trazando un semicírculo. No encuentro

a los demás. Cada metro que me acerco a nuestras trincheras me da más seguridad, avanzo ahora, muy aprisa, pues no sería gracioso que me hiriera una bala perdida.

Me acomete un nuevo temor. No encuentro con exactitud la dirección. Silenciosamente me acurruco en un embudo e intento orientarme. Más de una vez pasó que alguien saltó alegremente en una trinchera, y no se dio cuenta de que era enemiga hasta que fue demasiado tarde.

Al cabo de un rato vuelvo a parar la oreja. No encuentro el camino. La maraña de embudos me parece ahora tan indescifrable que, en mi turbación, no sé hacia dónde avanzar.

Quizá me arrastro paralelamente a las trincheras y entonces eso puede durar indefinidamente. Es por esta razón que doy, de nuevo, una vuelta.

¡Estos malditos cohetes! Parece que tardan una hora en apagarse; no se puede hacer algún movimiento sin que una bala silbe a tu alrededor.

Sin embargo, no hay más remedio, tengo que salir. Deteniéndome de vez en cuando, avanzo difícilmente arrastrándome como un cangrejo y me corto las manos con los fragmentos dentados de metralla, más afilados que cuchillas de afeitar. A veces tengo la impresión de que el cielo se aclara un poco en el horizonte; pero esto puede ser, también, una ilusión. Poco a poco me voy dando cuenta de que mi vida depende de los movimientos que haga.

Estalla una granada. Enseguida dos más. Empieza la danza: una lluvia de fuego. Las ametralladoras crepitan. Por el momento no puedo hacer más que quedarme aquí. Al parecer los otros preparan un ataque. Se elevan de todas partes cohetes luminosos. Sin parar.

Estoy encogido en el interior de un gran embudo. Con agua hasta el vientre. Cuando el ataque haya comenzado me

hundiré tanto como pueda en el agua fangosa, procurando no ahogarme. Fingiré estar muerto.

De repente me doy cuenta de que el fuego se acerca. Me resbalo hacia el interior del charco con el casco en el cogote y el rostro levantado, lo justo para permitirme respirar.

Permanezco inmóvil pues empieza a aproximarse un tintineo y escucho unos pasos pesados, cada vez más cerca. Todos mis nervios se contraen como helados. El rumor pasa sobre mi cabeza, la primera oleada de asaltantes se aleja. El único pensamiento que tuve fue desgarrador: "¿Qué haría si alguien saltara dentro del agujero?". Ahora desenfundo el puñal, lo aprieto con fuerza y lo hundo, sin soltarlo, en el fondo, en el lodo. "Si alguien se mete lo apuñalaré enseguida —este pensamiento me taladra la cabeza— le atravesaré la garganta para que no pueda gritar; no hay más remedio. Estará tan asustado como yo y el mismo terror nos lanzará el uno sobre el otro; es preciso que yo sea el primero."

Ahora disparan nuestras baterías. Los obuses estallan a mi alrededor. Esto me enfurece hasta la locura; sólo faltaría que me amagaran mis propios compañeros, maldigo y rechino los dientes dentro del lodo; es una explosión de rabia; finalmente no puedo hacer nada sino gemir e implorar.

Las detonaciones retumban en mis oídos, si los nuestros contraatacan estoy salvado. Aprieto la cabeza contra el suelo y escucho un sordo rumor, como explosiones de minas lejanas; luego la levanto un poco y oigo el ruido que me llega de arriba.

Las ametralladoras claquetean. Sé que nuestras alambradas de púas se mantienen firmes y casi intactas. Están cargadas, en una sección, con una corriente de alta tensión. Aumenta el fuego de fusilería. El enemigo no puede pasar, deberán replegarse.

Me hundo de nuevo, preso de una tensión extremada. El crujir, el arrastrarse, el tintinear son perceptibles de nuevo. En medio de ellos se oye un agudo grito aislado. Los acribillan a balazos. El ataque ha sido repelido.

***

Ya clarea algo más. Cerca de mí escucho unos pasos apresurados. Los primeros. Pasan. Otros. Las ráfagas de ametralladora se encadenan sin cesar. Precisamente cuando intento voltearme oigo un súbito rumor y con un golpe sordo, un cuerpo cae en el embudo, resbala y se me viene encima.

No pienso ni decido nada... Apuñalo con furia y siento, tan sólo, cómo aquel cuerpo se estremece y se afloja doblándose como un saco. Mi mano está pegajosa y mojada cuando vuelvo en mí.

El otro jadea roncamente. Parece como si bramara, cada exhalación es como un grito, como un trueno... pero tan sólo me lo parece a causa de mis sienes que laten con fuerza. Quisiera taparle la boca, llenársela de tierra, coserlo a puñaladas para que se callara, pues me está traicionando... pero vuelve en sí y, de pronto, me siento tan débil que no puedo levantar la mano contra él.

Me arrastro, pues, hacia el rincón más alejado y permanezco allí, mirándolo fijamente, el cuchillo empuñado, dispuesto a saltarle nuevamente encima en cuanto se mueva. Pero no hará ya nada más. Lo sé bien por su estertor.

Lo veo confusamente. No tengo más que un deseo, huir. Si no lo hago pronto habrá demasiada luz; ya ahora es difícil. Sin embargo, cuando intento sacar la cabeza me doy cuenta de la imposibilidad de escaparme. El fuego de las ametralladoras es tan espeso que me acribillará antes del primer salto.

Lo pruebo con el casco, lo levanto un poco para ver el nivel al que pasan las balas. Un instante después, un proyectil me lo arranca de la mano. El fuego es rasante. No estoy suficientemente alejado de las posiciones enemigas y sería cazado enseguida por los buenos tiradores si intentara huir.

La luz va aumentando. Espero, consumiéndome, un ataque de los nuestros. Tengo los nudillos de los dedos blancos de tanto que aprieto las manos, implorando que cese el fuego y mis compañeros puedan acercarse.

Los minutos se eternizan. No me atrevo a contemplar la oscura figura que está tendida en el embudo. Me esfuerzo en mirar hacia el otro lado y espero. Los proyectiles silban tejiendo una espesa malla de acero y no cesan, no cesan.

Me doy cuenta de que tengo la mano llena de sangre y siento, de pronto, náuseas. Cojo un puñado de tierra y froto mi piel; por lo menos ahora está sucia y no puede verse la sangre.

El fuego no decrece. Viene de ambos frentes con la misma intensidad. Seguro que los míos hace rato que me consideran perdido.

***

Amanece; una claridad gris, la del día que nace. El estertor continúa. Me tapo las orejas, pero pronto quito las manos ya que, de otra manera, no podría oír lo que pasa afuera.

La figura de enfrente se mueve. Me estremezco e, involuntariamente, la miro. Los ojos ahora me quedan incrustados en ella. Un hombre con un bigotito está tendido allí, con un brazo medio doblado sobre el que apoya la cabeza inerte. La otra mano reposa sobre el pecho ensangrentado.

"Ha muerto —me digo—; debe estarlo; no se da cuenta de nada; esto que gime es tan sólo el cuerpo. Pero la cabeza intenta levantarse y el gemido se hace más fuerte, es sólo un momento..." Después la frente cae, nuevamente, sobre el brazo. No ha muerto; agoniza pero no ha muerto. Me acerco a él arrastrándome; me detengo, apoyo el cuerpo en las manos; me arrastro de nuevo un poco, espero; después un poco más; un atroz recorrido de tres metros, un largo y terrible recorrido. Por fin, estoy a su lado.

Entonces, abre los ojos. Seguro que me oyó y me mira con una espantosa expresión de terror. El hombre permanece inmóvil, pero se lee en sus ojos un deseo de huir tan intenso que, por un momento, creo que tendrá fuerzas suficientes para arrastrar el cuerpo, a centenares de kilómetros. Pero sigue inmóvil, completamente quieto y, ahora, silencioso; el estertor ha cesado, pero los ojos aúllan; toda la vida se ha concentrado en ellos, en un extraordinario esfuerzo para huir, en un alucinante terror de la muerte y de mí.

Se me doblan las articulaciones y caigo sobre los codos.

—No, no —le digo en voz baja.

Sus ojos me siguen. Soy incapaz de hacer cualquier movimiento mientras me está mirando.

Entonces quita, lentamente su mano del pecho; tan sólo un poco, la desplaza algunos centímetros; pero este movimiento relaja la fuerza de los ojos. Me inclino hacia adelante y le digo "no" con la cabeza mientras murmuro en voz baja:

—No, no, no...

Levanto la mano en el aire para demostrar que quiero ayudarle y se la paso por la frente.

Los ojos retroceden, aterrorizados, al verla acercarse; pierden su fijeza, los párpados se cierran, la tensión cede. Le

desabrocho el cuello de la chamarra y coloco su cabeza más cómodamente.

Tiene los labios semiabiertos; se esfuerza por articular alguna palabra. Su boca está seca y yo no traje la cantimplora. Pero hay agua entre el lodo del fondo del embudo. Bajo hasta allí, saco el pañuelo, lo extiendo sobre el lodo, aprieto y recojo con las manos unidas el agua amarillenta que va filtrándose.

La bebe. Le traigo más. Después le desabrocho la chamarra para curarlo si es posible. Debo intentar hacerlo de todas maneras, para que, si me hacen prisionero los de aquí enfrente, se den cuenta de que traté de ayudarle y no me fusilen. Intenta impedirlo, pero su mano está muy débil. La camisa se pegó a la herida y no puedo quitarla; está abrochada por su espalda, no tengo otra solución que cortarla.

Busco el cuchillo y lo encuentro. Pero en el momento en que intento cortar la camisa vuelve a abrir los ojos y puedo leer que hay en ellos una explosión de terror loco, parecen gritar. Se los cierro, los tapo, murmurando en voz baja:

—¡Pero si quiero ayudarte, compañero!

Y añado en francés:

—*Camarade, camarade, camarade...* —insistiendo en esta palabra para que la comprenda.

Tiene tres puñaladas. Las cubro con mis paquetes de vendas. Por debajo de ellas se desliza la sangre. Las aprieto con más fuerza y, entonces, gime.

Es todo lo que puedo hacer. Ahora tengo que esperar, esperar.

¡Ah! ¡Aquellas horas! Vuelve a comenzar el estertor... ¡Con qué lentitud muere un hombre! Porque me doy perfecta cuenta de que no se salvará. Traté de convencerme de lo contrario pero, hacia el mediodía, sus gemidos acabaron con mi vana

esperanza. Si, por lo menos, no hubiera perdido el revólver cuando me arrastraba, lo mataría de un tito. No puedo apuñalarlo.

Al mediodía alcanzo el límite crepuscular del pensamiento. El hombre me trastorna; casi lloraría de tanto apetito, pero no puedo hacer nada para remediarlo. Varias veces voy a buscar agua para el moribundo y bebo yo mismo.

Es el primer hombre que mato con mis propias manos a quien puedo contemplar tan detenidamente, dándome cuenta de que su muerte es obra mía. Kat, Kropp y Müller ya pasaron por esto, al igual que muchos otros; a menudo en un cuerpo a cuerpo...

Pero cada jadeo desnuda mi corazón. Este moribundo tiene el tiempo de su lado y me hiere con él como con un cuchillo invisible; el tiempo y mis pensamientos.

¡No sé lo que pagaría para que sobreviviera!, ¡es tan doloroso estar acostado aquí dentro y tener que verlo y oírlo!

Muere a las tres de la tarde.

Respiro. Sin embargo, es por poco tiempo. Pronto el silencio me parece más difícil de soportar que los gemidos. Quisiera oír de nuevo aquel jadeo, intermitente, ronco, a veces leve como un silbido, otras ruidoso y profundo.

Es insensato lo que hago, pero debo ocuparme en algo. Pongo el cadáver en otra posición para que descanse con más comodidad, aunque no se dé cuenta de nada. Cierro sus ojos. Son castaños. El pelo negro se riza un poco sobre las sienes.

La boca es gruesa y tierna bajo el bigote; la nariz algo curvada; la piel morena; no está ahora tan pálido como cuando agonizaba. Durante unos instantes, su rostro parece casi el de un hombre sano; después se transforma rápidamente en una de estas extrañas caras de muerto que he visto tan a menudo y que todas se parecen.

Seguro que su esposa piensa en él, ignorando lo sucedido. Tiene cara de haberle escrito a menudo, quizá ella reciba todavía alguna carta, mañana o de aquí en una semana; es posible incluso que reciba dentro de un mes alguna carta extraviada. La leerá y le parecerá que él le está hablando.

Mi estado empeora; ya no puedo contener mis pensamientos: ¿Cómo debe ser esta mujer?, ¿como aquella morena esbelta del otro lado del canal? ¿Me pertenece ya a causa de lo sucedido? ¡Ah! ¡Si Kantorek estuviera aquí, a mi lado!, ¡si mi madre me viera ahora! Seguramente el muerto hubiera podido vivir treinta años más si sólo yo hubiera podido recordar mejor el camino de regreso. Si hubiera pasado dos metros hacia la izquierda, ahora estaría en la trinchera y escribiría otra carta a su mujer.

¡Pero qué gano con todo esto! Es el destino de cada uno. Si Kemmerich hubiera tenido la pierna diez centímetros a la derecha, si Haie se hubiera agachado cinco centímetros más...

***

El silencio se prolonga. Hablo, debo hablar forzosamente. Por esto me dirijo al muerto y le digo:

—Compañero, no quería matarte. Si volvieras a meterte, no lo haría, siempre que tú también fueras razonable. Pero ante todo, fuiste una idea para mí, una combinación que vivía en mi cerebro y que exigía una decisión; es esta combinación lo que apuñalé. Tan sólo ahora comprendo que tú eres un hombre como yo. He pensado en tus granadas de mano, en tu bayoneta, en todas tus armas... Ahora veo a tu mujer y tu rostro, aquello que tenemos en común. ¡Perdóname, compañero! Siempre nos damos cuenta demasiado tarde de las

cosas. ¿Por qué no nos dicen continuamente que son unos pobres infelices como nosotros, que sus madres viven en la misma angustia que las nuestras y que todos tenemos el mismo miedo a la muerte, el mismo agonizar y los mismos dolores? ¡Perdóname, compañero! ¿Cómo podías ser mi enemigo? Si tiráramos estas armas y este uniforme, tú podrías ser mi hermano, al igual que Kat y Albert. ¡Toma veinte años de los míos, compañero, y levántate! Toma más, si quieres, pues yo no sé tampoco qué hacer con ellos.

Quietud. El frente está tranquilo, si exceptuamos el fuego de fusilería. Las balas cruzan espesas. No disparan al azar, apuntan bien en ambos lados. No puedo marcharme.

—Le escribiré a tu mujer —digo precipitadamente al cadáver. —Quiero escribirle; yo debo decírselo... Quiero decirle todo lo que te digo a ti; no quiero que sufra; le ayudaré y ayudaré también a tus padres y a tus niños...

Su chamarra está desabotonada. La cartera es fácil de encontrar. Sin embargo, dudo antes de abrirla. Dentro está la cartilla con su nombre. Mientras yo lo ignore quizá pueda todavía olvidar; quizá el tiempo borre esta imagen. Pero su nombre será un clavo del que no podré desprenderme nunca. Tendrá la fuerza de evocarlo todo, de reproducirlo, de ponérmelo siempre delante. Indeciso, permanezco con la cartera en la mano. Se me cae al suelo y se abre. Fotografías y cartas se extienden por tierra. Recojo todo para volverlo a guardar, pero la depresión que me tortura, toda esta incierta situación, el hambre, el peligro, estas horas pasadas cerca del muerto, me hicieron desesperar. Quiero acelerar el desenlace y aumentar mi tormento; terminar de una vez, como quien golpea contra la pared, pase lo que pase, una mano mordida por un dolor insoportable.

Son fotografías de una mujer y una niña. Pequeñas fotografías de aficionado, tomadas ante una pared cubierta de hiedra. También hay cartas. Intento leerlas. La mayor parte de las palabras no las entiendo, me cuesta descifrarlas y además, sé muy poco francés. Pero cada vocablo que puedo traducir me atraviesa el pecho como una bala, como una puñalada.

Estoy extraordinariamente alterado. Sin embargo, comprendo todavía que nunca podré escribir a esta gente como pensaba hace poco. Imposible. Miro de nuevo los retratos; no son gente rica. Podría enviarles dinero anónimamente, si más tarde gano lo suficiente. Me aferró a esta idea; al menos es un pequeño alivio. Esta muerte está ligada a mi vida; he aquí por qué debo hacerlo todo y prometerlo todo para salvarme. Juro, pues, ciegamente, que no quiero vivir más que para él y su familia. Es a él a quien me dirijo con los labios húmedos cuando murmuro esto, mientras en lo más profundo de mi ser alienta la esperanza de rescatarme quizá con esta pequeña treta, salir de aquí, y más tarde siempre estaré a tiempo de arrepentirme y volver a considerar estos juramentos. Es por esto que abro la cartilla y leo, lentamente:

—Gerard Duval, tipógrafo.

Con el lápiz del muerto apunto la dirección en una carpeta y después rápidamente vuelvo a metérselo todo en la chamarra.

Maté al tipógrafo Gerard Duval. Tengo que hacerme tipógrafo, pienso, trastornado. Tengo que hacerme tipógrafo, tipógrafo...

***

Por la tarde me calmo un poco. Mi miedo era infundado. El hombre ya no me turba. La crisis va cediendo.

—Compañero —le digo al cadáver, serenamente ya. —Hoy tú, mañana yo. Pero si salgo de ésta, compañero, lucharé contra todo esto que nos ha destrozado a los dos. A ti, quitándote la vida... ¿Y a mí? La vida también. Te lo prometo, compañero. ¡Esto no debe suceder jamás!

El sol nos llega en diagonal. Estoy aturdido por la fatiga y el hambre. El ayer parece una niebla; no me quedan esperanzas de salir de aquí. Desfallezco y no me doy cuenta de que anochece. Se acerca el crepúsculo. Ahora me da la impresión de que se aproxima rápidamente. Todavía una hora. Si estuviéramos en verano, tres. Todavía una hora.

Súbitamente, tiemblo aterrado temiendo que, entretanto, me suceda algo. Ya no pienso en la muerte; ha perdido significado para mí. Con una sacudida se levanta en mi interior el deseo de vivir y todo lo que me había propuesto se hunde ante este anhelo. Es tan sólo para no exponerme a una desgracia que susurro mecánicamente:

—Lo cumpliré todo. Cumpliré todo lo que te prometí.

Pero sé, desde ahora, que no es verdad.

De pronto, se me ocurre que mis propios compañeros pueden disparar sobre mí, cuando me acerque a rastras; no saben que estoy aquí. Gritaré tan pronto como pueda para que me oigan llegar. Permaneceré acostado ante la trinchera hasta que me respondan.

La primera estrella. El frente sigue tranquilo. Tomo aliento, y en mi emoción, me hablo a mí mismo:

—Sobre todo, no hagas ninguna tontería, Pablo... Calma, Pablo, calma... Si conservas la calma podrás salvarte...

Pronunciando mi nombre me parece oírselo decir a otro y tiene más fuerza sobre mí.

La oscuridad se hace más densa. Mi emoción decrece; por prudencia espero hasta que se elevan los primeros cohetes.

Entonces trepo hacia afuera del embudo. Olvidé el cadáver. Delante de mí se abre la noche que comienza y el campo de batalla pálidamente iluminado. Veo un agujero; en el momento en que la luz se extingue, salto hacia él; palpo delante de mí con precaución, encuentro otro embudo y me acurruco dentro; así voy deslizándome hacia adelante.

Me acerco. Entonces, a la luz de un cohete, vislumbro algo que se mueve entre las alambradas y queda después inmóvil. Me detengo. Con el próximo cohete puedo verlo con más claridad. Son seguramente compañeros de nuestra trinchera. Pero soy prudente hasta que reconozco sus cascos. Entonces grito.

Enseguida resuena mi nombre como respuesta:

—¡Pablo! ¡Pablo!

Vuelvo a gritar. Son Kat y Albert que, con un trozo de lona, salieron a buscarme.

—¿Estás herido?

—No, no...

Nos resbalamos dentro de la trinchera. Pido de comer y devoro. Müller me ofrece un cigarro. En pocas palabras les cuento lo que me pasó. No es nada del otro día; cosas así ocurren a diario. Tan sólo el ataque nocturno le da un interés particular a la historia. Pero Kat, una vez en Rusia, permaneció dos días detrás del frente enemigo sin poder regresar a nuestras posiciones.

Lo del tipógrafo muerto ni lo menciono.

Pero a la mañana siguiente no me aguanto más. Tengo que contárselo a Kat y a Albert. Ambos me tranquilizan.

—No pudiste evitarlo. ¿Qué hubieras podido hacer? Para eso estás aquí.

Los escucho más tranquilo, consolado por su presencia. ¡Qué tonterías pensé dentro de aquel embudo!

—Mira allí —me dice Kat.

En los parapetos hay algunos tiradores. Tienen fusiles equipados con catalejos y examinan el sector enemigo. De vez en cuando, suena un disparo.

Ahora oímos sus exclamaciones:

—¡Le di!

—¿Viste el brinco que pegó?

El sargento Oellrich se voltea y se apunta, orgullosamente, un impacto. Hoy va a la cabeza del campamento de tiro con tres disparos que, de forma indudable, dieron en el blanco.

—¿Qué te parece eso? —pregunta Kat.

Yo me agacho.

—Si sigue así, hoy en la noche tendrá otro pájaro coloreado en el ojal de la solapa —dice Kropp.

—O tal vez lo asciendan a sargento mayor de segunda —añade Kat.

Nos miramos.

—Yo no lo haría —murmuro.

—Sí, pero qué bueno que lo viste precisamente ahora.

El sargento Oellrich vuelve al parapeto. La boca de su fusil se desplaza lentamente de un punto a otro.

—Como ves tu historia no es nada del otro mundo —dice Albert, meneando la cabeza.

Hasta yo lo entiendo ahora.

—Fue culpa del tiempo que estuve con él —digo. —Al fin y al cabo, la guerra es la guerra.

El fusil de Oellrich suelta un estampido breve y seco.

CAPÍTULO X

Estamos de suerte. Nos encargaron, con ocho hombres más, vigilar un pueblecito que tuvo que ser abandonado después de un fuerte bombardeo.

Principalmente tenemos que cuidar el almacén, que todavía no ha sido evacuado. Nuestra comida debemos tomarla de las existencias. Para trabajos así somos únicos. Kat, Albert, Müller, Tjaden, Leer, Detering, todo nuestro grupo está aquí. Es verdad que Haie está muerto pero, no obstante, tuvimos mucha suerte porque todas las demás unidades tuvieron más bajas que la nuestra.

Escogemos como refugio un sótano construido con cemento, al que se baja, desde la calle, por una escalera. Además, la entrada está protegida por un muro de hormigón.

Desplegamos gran actividad. Tenemos otra vez una buena ocasión para estirar no sólo las piernas, sino también el espíritu. Y sabemos aprovechar estas ocasiones, ya que nuestra situación es demasiado desesperada como para que podamos soportar el sentimentalismo. Esto tan sólo es posible mientras las cosas no estén todavía excesivamente mal.

Nosotros no tenemos otra salida que ser positivos. Tan positivos que a veces me asusto cuando un pensamiento de

otros tiempos, de antes de la guerra, cruza por mi cabeza. Realmente, sin embargo, no dura mucho tiempo.

Debemos tomar nuestra situación lo mejor que podamos. Es por esta razón que aprovechamos cualquier ocasión para pasar directamente, brutalmente, sin transición, del terror a la travesura. No podemos remediarlo, nos lanzamos a ciegas. Ahora estamos ocupados, con entusiasmo, en organizar un idilio; un idilio, naturalmente, con el hartazgo y el buen dormir.

Para empezar, adornamos nuestra madriguera con colchones que robamos de las casas vecinas. El culo de un soldado también sabe apreciar las delicias de un lugar blando. El suelo queda libre tan sólo en el centro de la nave. Después conseguimos mantas y edredones, cosas de una suavidad magnífica. El pueblecito nos provee, de todo lo necesario, Albert y yo encontramos una cama de caoba, desmontable, con un dosel de seda azul y unos adornos de encaje. Sudamos como mulas para transportarla, pero sería una lástima dejar escapar una cosa así; y más si tenemos en cuenta que, dentro de unos días, lo habrán destrozado a cañonazos.

Kat y yo hicimos una patrulla de reconocimiento por las casas. Al poco rato encontramos una docena de huevos y un cuarto de mantequilla bastante fresca. De pronto, se oye un gran estrépito en la sala vecina y una estufa de hierro atraviesa, tirando la pared, pasa volando por la habitación, y a un metro de nosotros, agujerea la otra pared y desaparece. Dos enormes boquetes. Provenía de la casa de enfrente en la que estalló un obús.

—¡Qué churro! —dice Kat, con una risita.

Y seguimos con la exploración. De pronto, paramos la oreja y nos echamos a correr. Nos detenemos, de pronto, como hechizados; en un pequeño establo retozan dos lechoncitos.

Nos frotamos los ojos y volvemos a mirar prudentemente; sí, sí, todavía están allí. Los agarramos. No hay duda, son dos cochinillos de carne y hueso.

Esto representa un magnífico banquete. A cincuenta metros de nuestro refugio hay una casita que sirvió de alojamiento para oficiales. En la cocina encontramos un inmenso fogón, con dos asadores, sartenes, ollas y cazuelas. Hay de todo, incluso un inmenso montón de leña cortada en pequeños trozos, que encontramos en un cobertizo... Es verdaderamente una fiesta.

A primera hora de la mañana tenemos a dos hombres en los campos, buscan papas, zanahorias y frijoles. Somos personas finas, que rechazan las conservas del almacén. Queremos comida fresca. En nuestra despensa hay ya dos coliflores.

Matamos a los cerditos. Kat les dio cuello rápidamente. Queremos hacer, para acompañar el asado, unos buñuelos de papa, pero no tenemos rallador. Pronto lo solucionaremos; hacemos con unos clavos, algunos agujeros en una lata e improvisamos uno. Tres hombres se ponen gruesos guantes para protegerse las manos y rallan las patatas. Otros dos se las van pasando, ya peladas, y así, vamos muy aprisa.

Kat adereza los puerquitos, las zanahorias, los guisantes y la coliflor. Para ésta prepara incluso una salsa blanca. Yo frío buñuelos de cuatro en cuatro. Transcurridos diez minutos, ya sé agitar la sartén, de forma que los que están tostados de un lado den media vuelta en el aire y caigan del otro. Los lechones se asan enteros. Todos los rodeamos como si fuera un altar.

Mientras, llegan visitas; dos radiotelegrafistas a los que invitamos generosamente. Se sientan en un salón donde hay un piano. Uno de ellos toca, el otro canta *Cerca del Weser*. Lo hace con mucho sentimiento, pero con cierto acento sajón.

A pesar de todo, llega a emocionarnos, mientras delante del fogón, preparamos todas estas maravillas.

Poco a poco nos damos cuenta de que habrá relajo. Los globos cautivos deben haber observado el humo de nuestra chimenea, dieron aviso y ahora nos cubren de fuego. Son esos malditos y pequeños monstruos que hacen un pequeño agujero y reparten los trozos de su metralla a gran distancia y lamiendo el suelo. Silban cada vez más cerca, a nuestro alrededor, pero no podemos abandonar el banquete. Estos desquiciados están afinando su puntería. Algunos pedazos de metralla entran por la ventana de la cocina. El asado está casi a punto, pero freír los buñuelos es más difícil. Los obuses estallan tan cerca, que sus esquirlas rebotan contra el muro de la casa cada vez más seguido y entran por las ventanas. Cuando oigo un silbido que se acerca, me agacho con la sartén de los buñuelos en la mano y corro a acurrucarme detrás de la pared de la ventana. Después me levanto y sigo friendo.

Los sajones dejan de tocar. Un pedazo de metralla se incrustó en el piano. Nosotros estamos listos y organizamos la retirada. En cuando estalla un obús, dos hombres, llevando las ollas de la verdura, franquean corriendo los cincuenta metros que nos separan del refugio. Los vemos desaparecer.

Otra explosión. Nos agachamos e inmediatamente trotan dos hombres más, cada uno de ellos con una gran cafetera llena hasta el borde de auténtico café. Antes de que estalle otro obús llegaron al refugio.

Ahora, Kat y Kropp se encargan del plato fuerte: una gran sartén con los dorados lechones. Un silbido de obús, nos acurrucamos y atraviesan, a la carrera, los cincuenta metros a campo descubierto. Frío los cuatro últimos buñuelos; tengo que echarme cuerpo a tierra dos veces más, pero son cuatro

más y es mi plato predilecto. Después cojo la bandeja llena y me acerco a la puerta. Se oye afuera un aullido y una explosión. Salgo a galope, apretando la frente contra mi pecho. Ya casi estoy en el refugio cuando oigo acercarse un silbido. Salto como un ciervo, rodeo el muro como un rayo, la metralla golpea contra él, caigo escaleras abajo; me destrozo los codos, pero no pierdo un solo buñuelo ni se me cae la charola.

La comida comienza a las dos. Dura hasta las seis. Hasta las seis y media tomamos café —café de oficiales, del almacén— y fumamos puros y cigarros de la misma procedencia. A las seis y media, empezamos a cenar. A las diez sacamos las osamentas de los cochinillos. Después siguen el coñac y el ron, también del bendito almacén, y fumamos de nuevo grandes y gruesos puros de aquellos que incluso tienen anillo. Tjaden opina que tan sólo falta una cosa: muchachas de las del prostíbulo para oficiales.

Antes de acostarnos oímos unos maullidos. Hay un gatito gris delante de la puerta. Lo dejamos entrar y le damos de comer. Esto nos vuelve a despertar el apetito. Cuando nos vamos a la cama estamos todavía masticando.

Pasamos mala noche. Comimos demasiada grasa. La carne fresca del lechón nos cae pesada a los intestinos. Es un continuo entrar y salir del refugio. Fuera hay siempre dos o tres hombres en cuclillas, con los pantalones bajados y quejándose. Yo mismo salgo nueve veces. Hacia las cuatro de la mañana batimos el récord: los once hombres, guardias e invitados, estamos en cuclillas, fuera del refugio.

Casas en llamas se levantan como enormes antorchas en la noche. Las granadas estallan furiosamente cerca de nosotros. Columnas de municiones atraviesan velozmente la calle. Se hunde una pared del almacén. A pesar de la metralla que

cruza los aires, los conductores del camión se lanzan hacia él, como un enjambre de abejas para robar pan. Los dejamos. Si les hubiéramos dicho algo, es posible que intentaran darnos una paliza. Lo tomamos de otro modo. Les decimos que somos los guardias del pueblo, y como sabemos dónde están las latas, las cambiamos por otras cosas que nos faltan. ¿Qué importa si todo quedará destruido? Buscamos chocolate y nos comemos las tabletas enteras. Kat dice que eso es bueno para el estómago descompuesto.

Pasamos casi quince días comiendo, bebiendo y vagando. Nadie nos molesta. El pueblo va desapareciendo bajo los obuses y nosotros nos damos a la buena vida. Mientras resista tan sólo una parte del almacén, todo nos da igual y no deseamos sino permanecer aquí hasta el fin de la guerra, Tjaden se ha vuelto tan refinado que sólo fuma la mitad de los puros. Declara orgullosamente que ésa es su costumbre. Kat también está muy contento. Lo primero que grita por la mañana es:

—Emilio, tráeme caviar y café.

Nos hemos convertido en personas muy distinguidas. Cada uno de nosotros pretende que el otro es su sirviente y le da órdenes.

—Kropp, me pica la planta del pie. Intenta atrapar este piojo.

Diciendo esto, Leer estira la pierna como una actriz y Albert lo arrastra hasta el comienzo de la escalera.

—¡Tjaden!

—¿Qué?

—No es necesario que te cuadres, Tjaden. Además, no se dice “qué”, sino “a sus órdenes”. A ver: ¡Tjaden!

Tjaden le responde el *Lámeme el culo* de Goetz von Berlichingen, que le encanta.

Recibimos la orden de partida al cabo de ocho días. El paraíso ha terminado. Dos grandes camiones nos recogen. Vienen repletos de tablones, pero encima de ellos, Albert y yo colocamos nuestra cama con dosel de seda azul, con dos colchones y dos edredones de encaje. En la cabecera hay un saco para cada uno repleto con lo mejor de la comida. De vez en cuando los sentimos, y nos emocionamos con las longanizas, las latas de paté de hígado y las cajas de puros. Cada hombre se lleva un saco lleno.

Kropp y yo recogimos, además, dos sillones de terciopelo rojo. Los ponemos sobre la cama y nos acomodamos en ellos como si estuviéramos en un palco. Sobre nuestra cabeza se amolda, como un pabellón, la seda del dosel. Tenemos en la boca un enorme puro. Así, desde esta altura, vamos contemplando la comarca.

Viaja con nosotros una jaula de loro que encontramos para el gato. Éste, adentro, ronronea frente a un plato de carne.

Ruedan lentamente los camiones por la carretera. Cantamos. A nuestra espalda, los obuses levantan chorros de agua en el pueblo abandonado.

***

Unos días más tarde vamos a evacuar un pueblo. Por el camino encontramos a los habitantes fugitivos, expulsados de sus casas. Transportan sus enseres en carretones, carreolas o amarrados en la espalda. Tienen el cuerpo curvado y los rostros llenos de angustia, desesperación, terror y resignación. Los niños se cuelgan de las manos de sus madres; a veces es una muchacha la que conduce a los pequeños, que avanzan tropezando y volteando continuamente. Algunos se llevan sus

miserables muñecas. Todos enmudecen al pasar delante de nosotros.

Vamos aún en columna de viaje. Los franceses no bombardearán un pueblo en el que todavía quedan paisanos suyos. Pero unos minutos después, el aire aúlla, tiembla la tierra, resuenan gritos: un obús arrasó con la retaguardia. Nos desplegamos y nos echamos al suelo. Y en segundos, noto cómo se funde en mí aquella tensión que bajo el fuego me empujaba a hacer inconscientemente lo mejor. El pensamiento "estás perdido" late en mi interior con una terrible angustia que me ahoga... De pronto, un golpe seco, como un latigazo, en la pierna izquierda. Oigo gritar a Albert, que está cerca de mí.

—¡Levántate, Albert, huyamos! —aúllo. —Estamos al descubierto, en campo raso.

Se levanta tambaleante y corre. Yo voy a su lado. Debemos saltar un seto que es más alto que nosotros. Kropp se agarra de las ramas; lo levanto por una pierna; grita, le doy un empujón y vuela por encima del obstáculo. De un brinco salto detrás de él y caigo en una cisterna que hay al otro lado.

Tenemos la cara llena de agua y de lodo, pero el refugio es bueno. Nos hundimos en él hasta el cuello. Cuando silba algún proyectil, metemos la cabeza dentro del agua.

Después de haberlo hecho una docena de veces, ya no puedo más. Albert también gime.

—Si no nos vamos, caigo y me ahogo.

—¿Dónde te dieron?

—Creo que en la rodilla.

—¿Puedes correr?

—¡Vamos, ahora!

Saltamos a la cuneta de la carretera y corremos, encorvados, hacia adelante. El fuego nos persigue. La carretera avanza

en dirección al polvorín. Si explota, no encontrarán ni uno solo de nuestros botones. Cambiamos el plan y atravesamos diagonalmente los campos.

Albert se detiene poco a poco.

—Corre tú, yo te sigo —dice, y se tira al suelo.

Lo cojo del brazo y lo sacudo.

—Levántate, Albert. Si te tumbas, estás frito... ¡Vamos, yo te ayudaré!

Por fin alcanzamos un pequeño refugio. Kropp se deja caer al suelo y lo vendo. Tiene la herida justo arriba de la rodilla. Después me reviso. El pantalón está sanguinolento y sangro también por el brazo. Albert me cubre las heridas. Ya no puede mover la pierna y nos maravillamos ambos de haber llegado hasta aquí. Fue el miedo. Habríamos huido, aunque la metralla nos hubiera arrancado los pies, corriendo entonces sobre los muñones.

Puedo arrastrarme un poco todavía y grito al ver pasar un carro, que nos recoge. Va lleno de heridos. Un cabo enfermero nos pone una inyección antitetánica en el pecho.

En la clínica conseguimos colocarnos uno al lado del otro. Nos dan una sopa aguada que devoramos con avidez y menosprecio, pues aunque acostumbrados a tiempos mejores, tenemos mucha hambre.

—Ahora a casa, Albert —digo.

—Ojalá —responde. —¡Si por lo menos supiera lo que tengo!

Van intensificándose los dolores. Las vendas queman como el fuego. Bebemos y bebemos sin parar. Un vaso tras otro.

—¿A qué distancia de la rodilla tengo la herida?

—En el extremo más cercano a diez centímetros... —respondo.

En realidad quizá no lleguen a tres.

—Estoy decidido —dice al cabo de un rato. —Si me amputan la pierna me suicido. No quiero andar tullido por el mundo.

Permanecemos así, tendidos, encerrados en nuestros pensamientos. Esperando.

***

En la noche nos trasladan al quirófano. Me asusto y decido rápidamente qué es lo que haré, pues no es un secreto que los médicos militares se deciden muy pronto a amputar. Siempre tienen prisa y esto es mucho más sencillo que dedicarse a hacer complicados remiendos. Me acuerdo de Kemmerich. De ninguna manera permitiré que me cloroformicen, aunque tenga que romperle la cabeza a algunos enfermeros.

Nos atienden. El médico hurga en la herida desde todos los ángulos. Pierdo el mundo de vista.

—¡Estate quieto! —gruñe, y sigue escarbando.

Bajo la viveza de la luz, los instrumentos brillan como malignas bestias. El dolor es insoportable. Dos enfermeros me sostienen fuertemente por los brazos, pero de una sacudida logro soltarme e intento golpear los lentes del médico, que se da cuenta y retrocede de un salto.

—¡Cloroformicen a este hombre! —grita, furioso.

Entonces me calmo.

—Perdone, doctor. Me quedaré quieto, pero no me cloroformice.

—Bien, bien —murmura cogiendo de nuevo los instrumentos.

Es un muchacho rubio que tiene cuando mucho treinta años, con aspecto de estudiante y unos horribles lentes de

oro. Me doy cuenta de que sólo quiere hacerme sufrir; revuelve en la herida y, de vez en cuando, me echa una mirada por encima de los lentes. Tengo las manos destrozadas de tanto apretar los brazos de la mesa de operaciones. Pero me moriré antes que soltar el más mínimo quejido.

Encuentra un trozo de metralla y me lo muestra. Parece satisfecho de mi actitud, pues ahora me venda cuidadosamente y dice:

—Mañana a casa.

Después me enyesan. Cuando regreso al lado de Kropp le explico que mañana, probablemente, llegará un tren del hospital.

—Tenemos que hablar con el sargento mayor del hospital para que nos deje ir juntos, Albert.

Consigo hacer llegar a manos del sargento, con algunas frases apropiadas, un par de mis puros con anillo. Los huele y pregunta:

—¿Tienes más?

—Un buen puño, y mi compañero —señalo a Kropp— también. Nos gustaría mucho a ambos poder ofrecérselos desde la ventanilla del tren.

Por supuesto, entiende enseguida. Los vuelve a oler y dice:

—De acuerdo.

Por la noche no podemos dormir ni un segundo. En nuestra sala mueren siete hombres. Uno de ellos, antes de agonizar, canta durante más de una hora himnos religiosos, con una estrangulada voz de tenor. Otro se arrastra desde la cama a la ventana. Queda tirado allí, como si hubiera querido mirar por última vez al exterior.

Nuestras literas están en el andén. Esperamos la llegada del tren. Llueve y la estación no tiene marquesina. Las cobijas son delgadas. Esperamos dos horas.

El sargento mayor nos cuida como si fuera nuestra madre. A pesar de que estoy muy mal, no olvido nuestro plan. Como quien no quiere la cosa, le enseño el paquete y le doy un puro por adelantado. A cambio, nos cubre con una lona de tienda de campaña.

—¡Albert! —exclamo de pronto—, ¿y nuestra cama con dosel?, ¿y el gato?

—¿Y los sillones? —añade.

Los sillones de terciopelo rojo. Por la noche nos sentábamos en ellos como príncipes y nos proponíamos alquilarlos por hora, más tarde. Un puro la hora. Hubiera sido una vida sin preocupaciones y un buen negocio.

—Albert —digo bruscamente—, ¿y los sacos de comida?

Nos entristecemos. Qué bien nos hubieran caído esas cosas... Si el tren saliera un día más tarde, de seguro Kat nos encontraría y nos traería la mercancía.

¡Qué lástima! En el estómago tenemos tan sólo una sopita de harina, escasa comida de hospital, mientras en nuestros sacos hay latas de cerdo asado en conserva. Sin embargo, estamos tan débiles que ya ni podemos indignarnos.

Las literas están caladas cuando ya entrada la mañana llega el tren. El sargento procura que nos instalen en el mismo vagón. Hay un enjambre de señoritas de la Cruz Roja. A Kropp lo ponen abajo.

A mí me levantan un poco para colocarme en la litera que está encima de la suya.

—¡Dios mío! —se me escapa.

—¿Qué pasa? —pregunta la enfermera.

Vuelvo a mirar la cama. Está hecha con sábanas blancas como la nieve, de una limpieza inimaginable, que todavía conservan los dobleces de la plancha. En cambio, mi camisa no

ha sido lavada desde hace seis semanas y está enormemente sucia.

—¿No puede acostarse solo? —pregunta la enfermera, solícita.

—Sí, eso sí —respondo, sudando. —Pero antes quiten la ropa de cama.

—¿Por qué?

Experimento la sensación de que estoy hecho un cerdo. ¿Tengo que acostarme ahí?

—Es que esto quedará... Titubeo.

—¿Algo sucio? —pregunta, animándome. —No importa. Volveremos a lavarlo.

—No, no es por eso... —digo, nervioso.

Me asombra la presencia de la civilización.

—Si usted ha estado en la trinchera, nosotras bien podemos lavar unas sábanas —continúa.

La miro. Es joven y atractiva. Está muy limpia y es fina como todo lo que hay aquí. No puedo entender que no esté reservado para los oficiales; uno se siente cohibido y, de alguna manera, casi amenazado, aquí.

La mujer, sin embargo, parece un verdugo. Me obliga a decírselo todo.

—Es que... —me detengo.

Ya debía haber entendido lo que deseo.

—¿Qué más?

—¡Los piojos! —grito finalmente.

Se ríe.

—También necesitan pasarla bien algunos días.

Ahora ya no me importa. Me meto en la litera y me cubro con la sábana.

Una mano golpea levemente la colcha. El sargento mayor. Se larga con los puros.

Al cabo de una hora nos damos cuenta de que el tren está en camino.

***

Despierto por la noche. Kropp también se mueve. El tren rueda silenciosamente por los rieles. Todo me parece todavía incomprensible; una cama, un tren, el regreso a casa.

En voz baja, digo:

—¡Albert!

—¿Qué?

—¿Sabes dónde está el escusado?

—Creo que está en el otro lado, a la derecha de la puerta.

—Voy a ver.

Está oscuro. Siento el borde de la cama y quiero bajar con cuidado. Pero el pie no encuentra ningún apoyo; resbalo, no puedo utilizar la pierna enyesada, y caigo al suelo en medio de un gran estruendo.

—¡Diablos! —digo.

—¿Te golpeaste? —pregunta Albert.

—Ya oíste, ¿no? —gruño. —Aquí, en la cabeza...

En un extremo del vagón se abre la puerta. Se acerca la enfermera con una luz y me ve.

—¿Se cayó de la cama?

Me toma el pulso y me pone la mano en la frente.

—Pues no tiene fiebre.

—No —confieso.

—¿Estaba soñando?

—Creo que sí —digo, eludiendo la respuesta.

Empieza de nuevo el interrogatorio. Me mira con sus ojos brillantes; es tan fina y tan maravillosa que menos me atrevo a decirle lo que deseo.

Me ayuda a meterme de nuevo en la cama. ¡Qué lata! En cuanto se haya ido tendré que volver a bajar de prisa. Si fuera una mujer vieja, sería más fácil decírselo, pero todavía es muy joven; veinticinco años cuando mucho. No tiene remedio. No puedo decírselo. Entonces, Albert me ayuda. No da tanta pena porque no se trata de él directamente. Llama a la enfermera. Ella voltea.

—Señorita, él desearía...

Pero tampoco Albert sabe ya expresarse correcta y decorosamente. Entre nosotros, en el frente, esto se soluciona con una sola palabra, pero aquí, delante de una señorita como ésta... De pronto, sin embargo, Albert se acuerda de la escuela y dice de corrido:

—Él quisiera salir un momento.

—¡Ah! Bueno —dice la enfermera. —Para eso no era necesario que bajara de la cama con la pierna enyesada. ¿Qué desea que le traiga? —pregunta, volteando hacia mí.

Esta nueva situación me llena de un terror mortal, ya que no tengo ni la menor idea de cómo se llaman técnicamente estas cosas.

La enfermera me ayuda.

—¿El grande o el pequeño?

¡Qué vergüenza! Sudo como un puerco, y, por fin, digo con voz insegura:

—Bien, pues... tan sólo el pequeño... A pesar de todo, tuve suerte.

Me trae una especie de botella. Al cabo de algunas horas ya no soy el único. A la mañana siguiente, nos acostumbramos y pedimos lo que necesitamos sin enrojecer.

El tren va despacio. De vez en cuando se detiene para descargar a los muertos. Se detiene muy seguido.

***

Albert tiene fiebre. Yo estoy bien. Me duele, pero lo peor son los piojos que tengo bajo el yeso. Me da mucha comezón y no puedo rascarme.

Pasamos los días medio adormecidos. El paisaje resbala silenciosamente por la ventana. La tercera noche llegamos a Herbesthal. Oigo decir a la enfermera que Albert, a causa de la fiebre, deberá quedarse en la próxima estación.

—¿Hasta dónde va el tren? —pregunto.

—Hasta Colonia.

—Albert, permaneceremos juntos —le digo. —Ya lo verás.

En la próxima ronda de la enfermera, contengo la respiración y la sangre se me sube a la cabeza. Me pongo rojo. La enfermera se detiene.

—¿Le duele?

—Sí —gimo. —Así, de pronto...

Me da un termómetro y pasa de largo. No sería un buen discípulo de Kat si no supiera lo que es necesario hacer. Estos termómetros no son gran obstáculo para un soldado veterano. Se trata simplemente de hacer subir el mercurio; entonces se inmoviliza dentro del tubito y no vuelve a bajar.

Sostengo el termómetro bajo el brazo, puesto al revés, oblicuamente, y con el índice lo froto sin cesar; después lo sacudo boca abajo. Así obtengo 37.9 grados. No es suficiente. Un cerillo colocado con cuidado lo hace subir hasta 38.7.

Cuando la enfermera regresa, vuelvo a retener el aliento; respiro muy despacio, con intermitencias, la miro fijamente con los ojos muy abiertos, como encantado, me agito inquieto y murmuro:

—No puedo más...

Apunta mi nombre en una ficha. Sé perfectamente que, si no es imprescindible, no me desharán el yeso. A Albert y a mí nos bajaron juntos.

***

Estamos en un hospital católico, los dos en la misma sala. Tuvimos suerte, pues los hospitales católicos son célebres por su buen trato y por su excelente comida. Nuestro tren llenó todas las salas; entre nosotros hay muchos casos graves. Hoy todavía no pueden revisarnos porque faltan médicos. Por los pasillos pasan continuamente las camillas con llantas de plástico y siempre va alguien en ellas. Estar tanto tiempo acostado es una maldición. Sólo es bueno cuando se duerme.

La noche pasa intranquila. Nadie puede pegar un ojo. Al amanecer vamos adormeciéndonos. Despierto cuando clarea.

La puerta está abierta y oigo voces en el pasillo. Los otros también despiertan. Uno que está aquí desde hace tiempo nos explica lo que pasa.

—Es que aquí arriba, en el pasillo, las monjas rezan cada mañana. Le dicen la oración matinal; abren la puerta para que nos toque a todos.

Eso tal vez sea una buena idea, pero nos duelen la cabeza y los huesos.

—¡Qué tontería! —digo. —Precisamente ahora que habíamos logrado dormir un poco.

—Aquí arriba están los casos más leves. Por eso lo hacen —contesta.

Albert gime. Enfurezco y grito:

—¡Cállense ahí fuera!

Al cabo de un minuto aparece una monja. Pequeña, con su hábito blanco y negro, parece un *bibelot*.

Alguien dice:

—¡Cierre la puerta, hermana!

—Estamos rezando; por eso está abierta —responde.

—Es que queremos dormir todavía.

—Es mejor rezar que dormir.

Se queda quieta mientras sonríe candorosamente.

—Además, ya son las siete.

Albert vuelve a gemir.

—¡Cierre la puerta! —grito.

Se desconcierta. Parece no poder entender una cosa así.

—¡Pero si también rezamos por usted!

—No me importa. ¡Cierre la puerta!

Desaparece dejando la puerta abierta. Vuelve a oírse la letanía. Me exalto y digo:

—Contaré hasta tres. Si entonces no se callan, les aventaré algo.

—Yo también —añade otro.

Cuento hasta cinco. Entonces cojo una botella, afino bien mi puntería y la tiro al pasillo a través de la puerta. Se rompe en mil pedazos. Dejan de rezar. Aparece un enjambre de monjas, gruñendo en voz baja.

—¡Cierren la puerta! —gritamos.

Se van. La pequeña es la última en salir.

—¡Herejes! —murmura.

Pero cierra la puerta. Ganamos.

***

A mediodía viene el inspector del hospital y nos regaña. Nos promete el calabozo y no sé cuántas cosas más. Ahora bien, un inspector de hospital, al igual que un inspector de alimentos, a pesar de llevar un gran sable y unas hermosas charre-

teras, al fin y al cabo no es más que un funcionario a quien ni los novatos se toman en serio. Lo dejamos hablar. En realidad, ¿qué puede ocurrir?

—¿Quién tiró la botella? —pregunta.

Y antes de que pueda decidir si debo denunciarme, alguien dice:

—¡Yo!

Un hombre de barba enmarañada se incorpora en el lecho. Todos nos preguntamos por qué se acusará.

—¿Usted?

—Sí, señor. Estaba enojado porque nos despertaron sin necesidad. Perdí el control. No sabía lo que hacía. Habla muy elegante.

—¿Cómo se llama?

—José Hamacher, de la segunda reserva.

El inspector se va.

Le preguntamos, intrigados:

—Pero, ¿por qué te echaste la culpa? Tú no fuiste.

Ríe irónicamente.

—No importa. Tengo licencia de caza.

Ahora lo entendemos. Quien tiene "licencia de caza" puede darse ese lujo.

—Sí —explica. —Recibí una bala en la cabeza, y por eso, me extendieron un certificado según el cual algunas veces no soy responsable de mis actos. Desde entonces me la paso muy bien. No pueden enojarse. Y lógicamente todo marcha de maravilla. Va listo este mastuerzo. Dije que había sido yo porque lo de la botella me hizo mucha gracia. Si mañana vuelven a abrir la puerta le echamos otra.

Estamos encantados. Con José Hamacher en nuestro grupo, podemos arriesgarnos a todo.

Después, vienen a buscarnos las silenciosas camillas.

Las vendas están pegadas a la herida. Bramamos como toros.

***

En nuestra sala hay ocho hombres. El que está más grave es Pedro, un muchacho de pelo negro y chino. Tiene un tiro en el pulmón; asunto delicado. Francisco Wächter, que está a su lado, tiene un brazo destrozado. AI principio no tenía mal aspecto, pero la tercera noche nos pide que hagamos sonar el timbre, pues cree que pierde sangre.

Llamo enérgicamente. La hermana que está de guardia no aparece. Al anochecer la hicimos correr mucho de un lado para otro, porque todos teníamos vendajes nuevos y, por lo tanto, nos dolían las heridas. Éste quería que le voltearan la pierna hacia un lado; aquél la quería hacia el otro. Un tercero pedía agua. El cuarto, que le pusieran bien la almohada. La anciana gorda finalmente se enojó y cerró la puerta de un golpe. Ahora debe sospechar algo parecido y por eso no viene. Esperamos. Después, Francisco me dice:

—Vuelve a llamar.

Lo hago. La monja, sin embargo, no aparece. En esta ala del hospital, por la noche no hay más que una hermana de guardia; quizá tenga, ahora precisamente, trabajo en otra sala.

—¿Estás seguro, Francisco, de que sangras? —le pregunto. —Porque si no, volverá a haber escándalo.

—Tengo la cama empapada. ¿Puedes encender la luz?

Imposible. El interruptor está al lado de la puerta y nadie puede levantarse. Pongo el pulgar sobre el botón del timbre y aprieto hasta notar calambres en el dedo. La monja debe estar

echándose un sueñecito. En realidad, tienen mucho trabajo y están muy cansadas todo el día. Además, están rezando continuamente.

—¿Tendremos que tirar alguna botella? —pregunta José Hamacher, el de la "licencia de caza".

—Nos haría menos caso que con el timbre.

Por fin se abre la puerta. Entra la vieja con el ceño fruncido. Cuando se da cuenta de lo que le pasa a Francisco, grita:

—¿Por qué nadie me avisó?

—¡Pero si tocamos el timbre! Aquí nadie puede caminar.

Ha perdido mucha sangre y le cambian los vendajes. A la mañana siguiente contemplamos su rostro; lo tiene alargado y amarillo, en cambio, la noche anterior su aspecto era casi saludable.

Ahora viene con más frecuencia una hermana.

***

De vez en cuando vienen también a visitarnos damas de la Cruz Roja... Son amables, pero con frecuencia algo torpes. Cuando nos arreglan la cama nos lastiman casi siempre, y entonces se apenan tanto que es peor.

Las monjas son más hábiles. Saben cómo manejarnos, pero a veces nos gustaría que fueran más alegres. Algunas, ciertamente, son joviales; es excelente. ¿Quién no haría cualquier cosa por la admirable hermana Libertina, que riega, sólo con su presencia, el buen humor y la alegría por toda el ala del hospital? Y hay más de una como ella. Por éstas seríamos capaces de arrojarnos al fuego. No podemos quejarnos; nos tratan tan bien como a civiles. En cambio, uno se horroriza con sólo pensar en los hospitales de campaña.

Francisco Wächter no se recupera. Un día se lo llevan y ya no vuelve. José Hamacher sabe de qué se trata.

—No lo volveremos a ver. Se lo llevaron a la habitación de la muerte.

—¿De qué habitación hablas? —pregunta Kropp.

—Bueno; pues de la habitación donde se muere.

—¿Qué quieres decir? —pregunta de nuevo Kropp.

—Una habitación que hay al final del pasillo, en el extremo del pabellón. Se llevan allí a los que están a punto de tronar. Hay dos camas. Todos la llamamos "la habitación de la muerte".

—Pero, ¿por qué lo hacen?

—Así no tienen tanto trabajo luego. Además, les resulta más cómodo porque la habitación está al lado del ascensor que lleva al depósito de cadáveres. Quizá también lo hagan para que no muera nadie en las salas. Podría causar mal efecto en los demás. Por otra parte, estando solos pueden atenderlos mejor.

—¿Y el moribundo?

José se encoge de hombros.

—Generalmente no se da cuenta de nada.

—¿Todos saben eso?

—Los que estamos aquí hace tiempo, no es raro que lo sepamos.

***

Por la tarde traen a otro herido a la cama de Francisco Wächter. Algunos días después vuelven a llevárselo. José hace un significativo gesto con la mano. Todavía vemos llegar y partir a algunos otros.

A veces, cerca de la cama, están sentados parientes que lloran o hablan en voz baja, tímidos. Una mujer anciana no quiere marcharse de ninguna manera, pero no está permitido pasar la noche aquí. Al día siguiente vuelve muy temprano, pero demasiado tarde ya; al acercarse a la cama ve que está ocupada por otro. Tiene que bajar al depósito. Nos reparte las manzanas que traía. Pedro también empeora. Su registro de temperatura presenta un mal aspecto y un día la camilla de ruedas se detiene ante su cama.

—¿Adónde me llevan? —pregunta.

—A la sala de curación.

Lo colocan en la camilla, pero la monja comete la imprudencia de descolgar la chamarra y ponerla también encima para ahorrarse un viaje. Pedro se da cuenta enseguida y quiere tirarse de la litera.

—¡Yo me quedo aquí! —grita.

Lo obligan a acostarse de nuevo. Grita afónico, con su pulmón atravesado:

—¡No quiero ir a la habitación de la muerte!

—¡Pero si te llevamos a la sala de curación!

—Entonces, ¿por qué cogió la chamarra?

Casi no puede hablar. Ronco, agitado, murmura:

—Déjenme aquí.

Se lo llevan sin contestarle. Antes de llegar a la puerta intenta levantarse. Su cabeza, negra y china, vacila; tiene lágrimas en los ojos.

—¡Volveré! ¡Volveré! —grita.

La puerta se cierra. Todos estamos conmovidos, pero callamos. Por fin, José dice:

—Muchos han dicho lo mismo. Pero una vez allí, no hay quien aguante.

Me operan y paso dos días vomitando. Mis huesos no quieren soldarse, según dice el asistente del médico. A otro se le unieron mal y tuvieron que volvérselos a romper. Es un desastre. Entre los recién llegados hay dos soldados jóvenes que tienen pie plano. Al hacer la visita, el médico principal se da cuenta y se detiene ante ellos encantado.

—Eso hay que arreglarlo —explica. —Les haremos una pequeña operación y los pies quedarán como nuevos. Tome nota, hermana.

Cuando ya no está, José, que lo sabe todo, les advierte:

—No se dejen operar. Es tan sólo una manía de sabio que tiene el viejo. Se entusiasma como un salvaje en cuanto ve a alguien así. Los operará y, efectivamente, ya no los tendrán planos, pero quedarán zambos y toda la vida tendrán que andar con muletas.

—Pero, ¿qué podemos hacer?

—No se dejen. Están aquí para que les curen las heridas y no los pies planos. ¿No los tenías igual en el frente? ¡Pues eso es todo! Ahora todavía pueden correr, pero si caen en las garras de ese vejestorio, bajo su bisturí, quedarán tullidos para siempre. Necesita conejos para experimentar. Para él, la guerra, precisamente por esto, es una época magnífica; como para todos los médicos. Allí abajo, en la clínica sanitaria, hay una docena de individuos que él operó y que sólo pueden arrastrarse. Algunos están allí desde el año catorce o quince. No hay ni uno que pueda andar mejor que antes. Casi todos lo hacen peor y la mayoría con las piernas enyesadas. Cada medio año vuelve a agarrarlos y les rompe de nuevo los huesos, asegurándoles que pronto sanarán. Tengan cuidado; si se niegan, él no podrá hacer nada.

—Muchacho —dice uno de ellos, con voz cansada—, mejor en los pies que en la cabeza. ¿Sabes, por casualidad, lo que

puede ocurrirte si vuelves al frente? Que me hagan lo que quieran mientras pueda regresar a casa. Es preferible tener los pies zambos que estar muerto.

El otro, un joven como nosotros, no quiere que lo operen. A la mañana siguiente, el viejo los manda llamar a los dos y habla y amenaza hasta que acceden. ¡Qué otra cosa podían hacer! No son sino unos pobres novatos y él es un pez muy gordo. Regresan enyesados y cloroformizados.

Albert sigue mal. Vienen a buscarlo para amputar. Le cortan la pierna. Ahora apenas habla. Un día dice que, cuando pueda, cogerá un revólver y se suicidará.

Llega otro cargamento. A nuestra sala vienen dos ciegos. Uno de ellos, muy joven, es músico. Las hermanas no traen nunca cuchillo cuando le sirven la comida, ya que una vez se lo arrebató a una de ellas. A pesar de esta precaución, se produce un accidente. Por la noche, mientras le dan de cenar, llaman a la hermana desde otra sala y ella deja el plato y el tenedor encima de la mesita. Él busca a ciegas el tenedor y cuando lo encuentra, se lo clava con fuerza sobre el corazón; después coge un zapato y golpea el mango con toda su fuerza. Pedimos auxilio y es necesaria la fuerza de tres hombres para arrancarle el instrumento del pecho. Los dientes chatos habían penetrado profundamente. Nos inquieta durante toda la noche y nadie puede dormir. Por la mañana sufre una violenta crisis nerviosa.

Las camas siguen desocupándose. Transcurren días y más días entre dolores, angustias, gemidos y agonías. La "habitación de la muerte" ya no resuelve el problema; faltan camas. Por la noche la gente muere incluso en nuestra sala. Las defunciones se suceden con tanta rapidez, que las monjas se ven imposibilitadas para darse abasto.

Sin embargo, un día se abre bruscamente la puerta de la sala y Pedro entra en camilla. Está pálido, demacrado, pero se incorpora triunfal luciendo sus enmarañados rizos negros. La hermana Libertina, con el rostro radiante, lo conduce hasta su antigua cama. Ha vuelto de la "habitación de la muerte" cuando hacía tiempo ya que lo creíamos enterrado. Mira a su alrededor.

—¿Eh? ¿Qué les parece?

Y el mismo José debe reconocer que es la primera vez que esto sucede.

***

Paulatinamente, algunos de nosotros podemos levantarnos. También a mí me dan dos muletas para cojear de un lado a otro. Sin embargo, las utilizo poco. No puedo soportar la mirada de Albert mientras paseo por la sala. ¡Me contempla con unos ojos tan extraños! Por eso, algunas veces me escapo hacia el pasillo; allí puedo moverme con más libertad.

En el piso de abajo están los heridos en el vientre, en la columna vertebral, en la cabeza y los amputados de dos miembros. En el ala derecha están los heridos en los maxilares, los enfermos por los gases o los que recibieron tiros en la nariz, las orejas y la garganta. En el ala izquierda los ciegos, los heridos en el pulmón, en la pelvis, en las articulaciones, en los riñones, en los testículos y en el estómago. Aquí uno se da cuenta de en cuántos lugares puede ser herido un hombre.

Dos enfermos mueren de tétanos bacilar. La piel se les pone lívida, los miembros rígidos y, finalmente, durante mucho tiempo, sólo los ojos parecen tener vida. Hay algunos con el miembro herido suspendido en el aire por una especie de

horca, mientras debajo, en el suelo, una palangana recoge el pus que gotea de la herida. Cada dos o tres horas vacían el recipiente. Otros están metidos en un aparato de distensión continua con grandes pesas colgando de su cama. Veo heridas en los intestinos que están constantemente llenas de excremento. El asistente del médico me muestra radiografías de rodillas, omóplatos y caderas completamente astillados.

Es increíble que encima de unos cuerpos tan destrozados se sostengan todavía rostros humanos en los que la vida siga su curso cotidiano. Y ésta es tan sólo una de las innumerables clínicas militares, es un solo hospital. Hay miles en Alemania; miles en Francia; miles en Rusia. ¡Qué inútil debe ser todo lo que se ha escrito, hecho o pensado en el mundo, cuando todavía es posible una cosa así! Forzosamente, todo ha de ser mentira e insignificancia cuando la cultura de miles de años no ha podido impedir que se derramaran esos torrentes de sangre ni que existieran esas cárceles del dolor y el sufrimiento. Tan sólo el hospital da un auténtico testimonio de lo que es la guerra.

Soy joven, tengo veinte años, pero no conozco de la vida más que la desesperación y la muerte, la angustia y el tránsito de una existencia llena de la más estúpida superficialidad a un abismo de dolor. Veo que los pueblos son lanzados los unos contra los otros, y se matan sin rechistar, sin saber nada, locamente, dócilmente, inocentemente. Veo cómo los más ilustres cerebros inventan armas y frases para hacer posible todo esto durante más tiempo y con mayor refinamiento. Y como yo, lo ven todos los hombres de mi edad, aquí y entre los otros, en todo el mundo; conmigo lo está viviendo toda mi generación. ¿Qué harán nuestros padres si un día nos levantamos y les exigimos cuentas?, ¿qué esperan de nosotros cuando la

guerra haya terminado? Durante años enteros, nuestra ocupación ha sido matar; ha sido el primer oficio de nuestra vida. Nuestro conocimiento de la vida se reduce a la muerte. ¿Qué puede, pues, suceder después de esto?, ¿qué podrán hacer con nosotros?

***

El más viejo de nuestra sala es Lewandowski. Tiene cuarenta años y hace diez meses que está en el hospital con una grave herida en el vientre. Sólo hasta estas últimas semanas ha mejorado lo suficiente para poder cojear, encorvado, por la sala.

Hace unos días que está muy inquieto. Su mujer le escribió, desde su pueblecito de Polonia, diciéndole que pudo reunir el dinero para el viaje y que viene a verlo.

Ya está en camino y puede llegar de un momento a otro. Lewandowski no prueba bocado. Incluso nos cede la salchicha con col después de darle algunas mordidas. Siempre va de arriba abajo con la carta entre los dedos. Todos la hemos leído una docena de veces. Y ya no recuerdo en cuántas ocasiones revisamos el timbre. Apenas son legibles las letras entre huellas de dedos sucios y manchas de grasa: finalmente, sucede lo inevitable. Lewandowski empeora y tiene que acostarse de nuevo.

Hace dos años que no ha visto a su mujer. Entretanto, ella tuvo un niño. Lo trae. Sin embargo, no es esto lo que le preocupa a Lewandowski. Él creía poder conseguir autorización para salir cuando ella llegara. Ya que, por supuesto, verse está muy bien, pero cuando uno vuelve a encontrar a su mujer después de tanto tiempo, quiere, si es posible, algo más.

Lewandowski ha hablado de ello con todos nosotros durante hora enteras; en el servicio no tenemos secretos de este

tipo, y a nadie le ha parecido censurable. Los que ya pueden salir a la calle le han indicado algunos rincones adecuados; paseos y parques donde podrá hacerlo sin que lo molesten. Incluso alguien sabe de una habitación.

Pero, ¿cómo se las arreglará ahora? Lewandowski tuvo que acostarse y está preocupado. Si debe privarse de esto, todo le es ya indiferente. Intentamos consolarlo y le prometemos arreglarlo de una forma u otra. Al día siguiente, por la tarde, llega su mujer; menuda y marchita con ojitos de pájaro asustado, que tiene puesto una especie de chal negro lleno de cintas y lazos. Quién sabe de dónde lo habrá sacado.

Murmura algo en voz baja y permanece tímidamente en el marco de la puerta. Se asusta al ver que hay seis hombres.

—Ven, María —dice Lewandowski, y las palabras parecen tropezar con su nuez. —Entra sin miedo, no te harán nada.

Entra y va de uno a otro dándonos la mano. Después nos enseña al niño que, mientras, ensució los pañales. Abre una gran bolsa bordada con lentejuelas de la que saca un pañal limpio para cambiar, hábilmente, al pequeño. Con esto parece haberse animado algo, y marido y mujer comienzan a platicar.

Lewandowski está muy nervioso. Nos mira a cada momento con sus ojos como platos en los que brilla la desilusión.

La hora es favorable. El médico ya nos visitó. Sólo alguna que otra monja podría pasar por la sala. Es por esto que uno de nosotros sale a espiar al pasillo. Vuelve y dice:

—No se ve ni una rata. Anda, Juan, díselo pronto y anímate.

Empiezan a hablar en su idioma. La mujer nos mira colorada y tímida. Sonreímos amistosamente, y con las manos le hacemos unos gestos desenvueltos como queriendo decir: "¡Anda, anda!". ¡Al diablo con los prejuicios! Estaban bien en

otro tiempo; ahora el ebanista Juan Lewandowski, soldado herido, ve de nuevo a su mujer. ¡Quién sabe cuándo se encontrarán de nuevo! ¡Quiere poseerla y la poseerá: es muy simple!

Dos hombres se colocan ante la puerta para detener a las monjas y entretenerlas si de casualidad quieren entrar. Están dispuestos a vigilar durante un cuarto de hora.

Lewandowski sólo puede acostarse sobre un lado. Por esta razón debemos colocarle unas almohadas en la espalda. Albert se hace cargo del niño; nosotros nos volteamos un poco; el chal negro desaparece debajo del cobertor y nos ponemos a jugar cartas hablando en voz alta de cualquier cosa. Todo funciona bien. Tengo en las manos un juego terrible, pero todavía tengo la esperanza de arreglarlo. Así llegamos casi a olvidar a Lewandowski. Al cabo de un rato, el niño empieza a llorar a pesar de que Albert lo mece desesperadamente. Después oímos un leve crujido, un ligero rumor, y cuando incidentalmente levantamos la cabeza, vemos que el niño tiene ya el biberón en la boca y está con su madre. El asunto funcionó.

Ahora nos sentimos como una gran familia. La mujer está muy contenta y Lewandowski, empapado en sudor, nos sonríe desde su cama.

Vacía la bolsa bordada y salen de ella unas excelentes salchichas. Lewandowski, coge el cuchillo como si fuera un ramo de flores y corta la carne en pedazos. Nos señala con un gesto magnánimo y la lánguida mujercita va sonriendo de uno a otro, mientras distribuye las porciones. En estos momentos, la veo hasta bonita. Le decimos “mamá”. Ella, contenta, nos ahueca las almohadas.

***

Al cabo de unas semanas debo ir, cada mañana, al Instituto Zander. Allí amarran mi pierna a un aparato y me obligan a hacer movimientos. El brazo está bien desde hace tiempo.

Del frente van llegando más transportes. Las vendas no son ya de tela; están hechas simplemente con papel blanco y plegado. En el frente escasea el tejido para los apósitos.

El muñón de Albert sana bien. La herida casi está completamente cerrada. Dentro de algunas semanas tendrá que ir a un instituto de prótesis. Sigue hablando poco y es mucho más serio que antes. A menudo se interrumpe a la mitad de una conversación y se queda mirando fijamente hacia adelante. Si no estuviera con nosotros hace tiempo que se hubiera suicidado. Sin embargo, ahora ya superó el periodo más difícil. A veces nos ve mientras jugamos cartas.

Obtengo un permiso de convalecencia.

Mi madre no quiere que me vaya. ¡Está tan débil! Todo ha sido peor que la última vez.

Después me mandan llamar del regimiento y regreso al frente.

Me duele despedirme de mi amigo Albert Kropp. Pero en la vida militar uno se acostumbra a todo; es cuestión de tiempo.

CAPÍTULO XI

Ya no contamos las semanas. Estábamos en invierno cuando llegué, y al estallar las granadas, los terrones helados eran casi tan peligrosos como la metralla. Ahora los árboles reverdecen. Nuestra vida oscila entre el frente y las barracas. En parte ya estamos acostumbrados; la guerra es una causa de muerte como el cáncer o la tuberculosis, como la gripe o la disentería. Sólo que los casos mortales son más frecuentes, más variados y más crueles.

Nuestros pensamientos son como barro que con el paso del tiempo se van moldeando: buenos cuando estamos en las barracas e inexistentes mientras permanecemos bajo el fuego. Hay embudos en nuestros campos y en nuestros espíritus.

Todos somos así, no sólo nosotros: no existe el pasado, nadie sabe a ciencia cierta cómo era. Las diferencias creadas por la cultura y la instrucción ya casi no existen, apenas son perceptibles. A veces proporcionan algunas ventajas para aprovechar una situación; pero a menudo ocasionan inconvenientes, pues reaniman escrúpulos que ya tenían que haber desaparecido.

Es como si antes todos hubiéramos sido monedas de distintos países; las fundieron, y ahora llevan el mismo cuño. Si se

quieren encontrar diferencias debe acudirse a la primera materia. Somos soldados, y tan sólo después, extraña y vergonzosamente, nos consideramos individuos. Hay entre nosotros una gran fraternidad que, de una manera singular, reúne un reflejo del compañerismo de las canciones populares, algo del sentimiento solidario de los presidiarios y el desesperado auxilio mutuo de los condenados a muerte; una fraternidad que lo funde todo y lo sitúa en un plano de la existencia, donde incluso en medio del peligro, sobresale de la angustia y la desesperación de la muerte y se apodera rápidamente de las horas rescatadas para la vida, sin que el patetismo tenga cabida. Sí quisiéramos definirla, diríamos que es heroísmo y trivialidad al mismo tiempo; pero, ¿quién se preocupa de esto?

Es debido a ese estado de ánimo que cuando se anuncia un ataque enemigo, Tjaden traga a toda prisa su sopa de chícharos con tocino, porque ignora si dentro de una hora seguirá vivo. Hemos platicado mucho sobre si esto está bien o mal hecho: Kat lo desaprueba diciendo que hay que contar con la eventualidad de recibir una bala en el vientre, cosa que es mucho más peligrosa si el estómago está lleno que si está vacío.

Estos son nuestros problemas; nos los tomamos en serio y no podría ser de otro modo. La vida aquí en la frontera de la muerte, tiene una línea de extraordinaria simplicidad, se limita a lo estrictamente necesario; el resto está profundamente dormido. Esto es nuestro primitivismo y nuestra salvación. Si nos comportáramos de otro modo, hace tiempo ya que habríamos enloquecido, desertado o muerto. Es como una expedición a las regiones polares; toda manifestación vital debe aplicarse, tan sólo, a conservar la existencia y debe forzosamente orientarse en este sentido. El resto está de más, ya que consumiría energías inútilmente. Es el único modo de

salvarnos, y a menudo yo me considero un extraño cuando en las horas de tranquilidad, el reflejo misterioso de otros tiempos me revela, como un espejo empañado, el contorno de mi actual existencia; entonces me asombra que esa inefable actividad que conocemos por vida haya podido adaptarse incluso a esta forma. Todas la demás manifestaciones están sumidas en un sueño invernal; la vida es tan sólo un constante estar alerta contra la amenaza de la muerte; nos ha convertido en bestias pensantes para entregarnos el arma del instinto; ha aturdido nuestra sensibilidad para que no desfallezcamos ante el horror que, con la conciencia clara, nos aniquilaría; ha despertado en nosotros el sentido del compañerismo para librarnos del abismo del aislamiento; nos ha prestado la indiferencia de los salvajes para que, a pesar de todo, podamos encontrar siempre el elemento positivo y nos sea posible conservarlo como defensa contra los ataques de la nada; vivimos así una existencia cerrada y dura, puramente superficial y sólo de vez en cuando, un acontecimiento hace saltar algunas chispas en nuestro interior. Entonces, sin embargo, se levanta en nosotros una enorme llamarada, pesada y terrible, de anhelo. Estos son los momentos peligrosos que nos demuestran que, no obstante, la adaptación es sólo artificial; que no es verdadera calma, sino únicamente una potente tendencia a la calma. Por lo que respecta a las formas exteriores de vida, no se diferencian apenas de aquellas que detentan los negros de la selva; pero mientras ellos pueden permanecer siempre así porque es su estado natural y seguirán desarrollándose tan sólo por el esfuerzo de sus facultades, en nosotros sucede lo contrario; nuestras fuerzas interiores están obligadas, no a un desarrollo, sino a una regresión. Ellos son libremente normales; nosotros forzosamente artificiales.

Y es con susto que por la noche, al despertar de un sueño y a la merced del encantador torrente de visiones que nos inunda, sentimos la fragilidad del soporte y la debilidad del muro que nos separa de las tinieblas. Somos llamitas ligeramente protegidas por delgadas pantallas contra la desatada tempestad del aniquilamiento y de la locura, a causa de la que oscilamos y algunas veces casi nos extinguimos. Después, el sordo rumor de la lucha es como un anillo que nos rodea; nos acurrucamos en nosotros mismos y con los ojos abiertos, contemplamos la noche. Tenemos como único consuelo el jadeo de los compañeros que duermen, y así esperamos el amanecer.

***

Cada día y cada hora, cada granada y cada muerte, van royendo este frágil soporte, y los años lo liman rápidamente. Me doy cuenta de que, poco a poco, va desmoronándose a mi alrededor.

Aquí tenemos como ejemplo la estúpida historia de Detering.

Era uno de los más encerrados en sí mismos. Su desgracia provino de haber visto, en un huerto, un cerezo florido. Precisamente regresábamos del frente, y al dar un rodeo, ya cerca de las barracas, se nos apareció, como una maravilla, a la suave luz de la alborada.

No tenía ni una sola hoja; era un ramillete compacto de flores blancas.

Por la noche nos dimos cuenta de que Detering no estaba. Apareció por fin trayendo en la mano unas ramas de cerezo florido. Le hicimos bromas preguntándole si iba a pedir la

mano de su novia. No nos contestó nada y se acostó en seguida. A medianoche lo oigo moverse; parece que prepara el equipaje. Huelo una tragedia y me acerco. Aparenta no darse cuenta. Le digo:

—No hagas tonterías, Detering.

—¿Qué dices? No... Es que no puedo dormir.

—Entonces, ¿por qué recogiste las ramas de cerezo?

—¡Creo que puedo ir a buscar lo que se me antoje! —contesta, frunciendo el entrecejo.

Y al cabo de un rato, continúa:

—En la casa, en el jardín, tengo cerezos; cuando florecen, si miras desde el pajar, parecen una sábana muy blanca. Ahora es la época.

—Quizá pronto te den permiso. También pueden licenciarte temporalmente; como eres labrador...

Asiente con la cabeza, pero está como alucinado. Cuando estos campesinos se sienten trastornados, tienen una extraña expresión en el rostro, una mezcla de vaca y de dios melancólico, medio estúpida, medio conmovedora. Para distraerle de sus pensamientos, le pido un pedazo de pan. Me lo da sin replicar. Mala señal, ya que normalmente es muy codo. Por esto permanezco despierto. No sucede nada; a la mañana siguiente está como siempre. Probablemente se dio cuenta de que lo observaba. A pesar de todo, al cabo de dos días desaparece. Pronto me doy cuenta, pero no digo nada para darle más tiempo. Quizá logre escapar. Algunos lograron penetrar en Holanda.

Al pasar lista se nota su ausencia. Transcurrida una semana oímos decir que lo detuvieron los gendarmes, esos despreciables policías militares. Había tomado la dirección de Alemania —cosa que naturalmente no tenía ninguna perspectiva de éxi-

to— y siempre había actuado con una imprudencia semejante. Cualquiera podía darse cuenta, al ver esto, de que la huida no era sino una invencible nostalgia y un ofuscamiento pasajero. Pero, ¿qué saben de esto los señores miembros del Consejo de Guerra, a cien kilómetros del frente?

***

A veces, sin embargo, estos peligrosos sentimientos que reprimimos desde hace tiempo, estallan de otro modo, como calderas recalentadas. Es necesario, pues, contar también el fin que tuvo Berger.

Hace tiempo que nuestras trincheras se hundieron y nuestro frente es muy elástico de forma que propiamente no hacemos ya guerra de posiciones. Cuando se han sucedido ataques y contraataques, el frente queda destrozado y se combate encarnizadamente de embudo a embudo. La primera línea no existe y surgen, por todas partes, grupos, verdaderos nidos dentro de cada agujero, desde los cuales se prosigue la lucha.

Estamos en un embudo; por el flanco avanzan los ingleses que consiguen desplegarse y se sitúan en nuestra retaguardia. Quedamos cercados. Es difícil rendirse; la niebla y el humo oscilan entre nosotros, nadie podría dar cuenta de que quisiéramos rendirnos; quizá tampoco lo deseamos. En casos así, ni uno mismo sabe lo que quiere. Oímos cómo se acercan las explosiones de las granadas. Nuestra ametralladora esparce su fuego contra el semicírculo frontal. El agua del refrigerador se evapora y nos apuramos a pasarnos el garrafón de uno a otro; orinamos dentro y así volvemos a disponer de refrigerante para seguir disparando. Sin embargo, a nuestra

espalda, se aproximan las detonaciones. Unos minutos más y estaremos listos.

De pronto, otra ametralladora empieza a disparar furiosamente muy cerca de nosotros. Berger fue por ella; y ahora, un contraataque que se inicia detrás de nosotros nos libera y nos pone en contacto con las segundas líneas.

Cuando estamos ya bastante protegidos, uno de los que fueron a buscar la comida explica que a algunos centenares de pasos hay un perro mensajero herido.

—¿Dónde está? —pregunta Berger.

El otro describe el lugar. Berger sale para salvar al animal o para rematarlo. Hace medio año, esto ni tan sólo le hubiera preocupado; hubiera tenido más sentido común. Intentamos retenerlo, pero como está decidido, no podemos hacer otra cosa que decirle loco y dejar que haga lo que quiera; estos ataques de delirio del frente son peligrosos si no se consigue derribar enseguida al hombre y sujetarlo. Berger mide un metro ochenta centímetros y es el más fuerte de toda la compañía.

Realmente está loco, pues tiene que atravesar la zona de fuego. Pero lo alcanzó el rayo que siempre nos acecha y lo trastornó. A otros les da por gritar furiosamente y correr como poseídos. En una ocasión uno de nosotros se puso a escarbar el suelo con las manos, los pies y la boca para abrir un agujero y enterrarse en él.

Claro que muchas veces estas cosas son simuladas, pero las mismas simulaciones son ya un indicio suficientemente significativo. Berger, que quería salvar a un perro, fue recogido con un tiro en la pelvis. Uno de los hombres que lo transportaban recibió una bala en la pantorrilla.

***

Müller ha muerto. Le dispararon, a quemarropa, una granada en pleno vientre. Vivió media hora sin perder el conocimiento y presa de terribles dolores. Antes de morir me dio su carreta y me regaló sus botas, las mismas que heredó de Kemmerich. Me quedan y me las pongo. Después de mí, las heredará Tjaden. Se lo prometí.

Es verdad que nos dejaron enterrar a Müller, pero no descansa en paz demasiado tiempo. Nuestras líneas retroceden. Hay demasiados comedores de carne de lata y demasiada harina blanca de trigo aquí delante. Demasiados regimientos ingleses y americanos de refuerzo. Y demasiados cañones nuevos. Demasiados aviones.

Nosotros, por el contrario, estamos flacos y hambrientos. Nuestra comida es mala y tan adulterada, para que sea más abundante, que incluso enfermamos. Los fabricantes de Alemania se han enriquecido, pero a nosotros nos arden los intestinos. Las letrinas están constantemente llenas de hombres en cuclillas. Deberían enseñarle a la gente que se quedó en casa, estos rostros grises, pálidos, miserables, vencidos; estos cuerpos doblegados a los que el cólico roba la sangre del vientre y que, con los labios crispados y temblorosos de dolor, tan sólo pueden remedar una sonrisa y decir:

—No vale la pena volverse a subir los pantalones.

Nuestra artillería está acabada. Le faltan municiones. Los tubos de los cañones están tan gastados que disparan con poca precisión y, frecuentemente, envían sus obuses sobre nuestras líneas.

Nos faltan caballos. Nuestras tropas de relevo son muchachitos anémicos que necesitan un tratamiento médico, que no pueden llevar ni la mochila y que tan sólo saben morir. Por miles. No conocen nada de la guerra. No saben sino avanzar

y dejarse fusilar. Un solo aviador se divirtió tumbando a dos compañías enteras cuando acababan de bajar del tren, antes de que supieran lo que quiere decir cubrirse.

—Pronto se vaciará Alemania —dice Kat.

No nos quedan ya esperanzas de que esto pueda terminar. Ni lo imaginamos siquiera. Se puede recibir una bala y morir; se puede quedar herido y entonces el hospital es el destino más próximo. Si no nos amputan, más pronto o más tarde se cae en las garras de uno de estos médicos militares que llevan una cruz por méritos de guerra en la solapa y dice:

—¡Cómo! ¿Por una pierna algo más corta que la otra? En el frente no es necesario correr si se tiene valor. Este hombre es útil. ¡Retírate!

Kat nos cuenta una de esas anécdotas que circulan por todo el frente, desde los Vosgos hasta Flandes; la del médico militar que va cantando los nombres de un registro y a medida que los hombres van saliendo de una fila, sin ni siquiera mirarlos, dice:

—Útil. Necesitamos soldados allí abajo.

En ésas menciona a uno que lleva una pierna de madera y el médico repite:

—Útil.

Y entonces —Kat refuerza la voz—, el hombre contesta:

—Yo tengo ya una pierna de madera, pero si vuelvo ahora al frente y un obús me vuela la cabeza, haré que me pongan una de madera y seré médico militar.

Estamos profundamente satisfechos de esta respuesta.

Puede haber buenos médicos, y muchos de ellos, realmente, lo son; pero entre el centenar de revisiones que debe sufrir cada soldado tiene que caer, una vez u otra, en las garras de estos fabricantes de héroes, que se esfuerzan conti-

nuamente en transformar el mayor número posible de inútiles totales o temporales de sus listas, en útiles para el frente.

Circulan muchas anécdotas parecidas. La mayor parte mucho más crueles todavía. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con la rebelión ni con la indisciplina. Somos leales, pero llamamos a las cosas por su nombre; hay mucha suciedad, mucha injusticia y mucha vileza en el ejército. ¿No es suficiente que, a pesar de todo, regimiento tras regimiento acepte ir a una lucha cada vez más desesperada, y que se sucedan los ataques, con una línea que va retrocediendo y haciéndose pedazos? Los tanques, de los que antes nos reíamos, se han convertido en un arma terrible. Se acercan, blindados, avanzando en largas hileras y representan para nosotros, más que cualquier otra cosa, todo el horror de la guerra.

Los cañones que nos martillean sin cesar no están a nuestra vista; las líneas ofensivas del enemigo se componen de hombres como nosotros; pero estos tanques son máquinas, llevan cadenas sin fin, como la guerra; son la imagen misma del exterminio cuando implacables bajan lentamente al fondo de los embudos y vuelven a aparecer, irresistibles, verdadera flota de acorazados, aullando y escupiendo fuego; invulnerables bestias de acero que aplastan a muertos y heridos... Ante ellas nos encogemos dentro de nuestra delgada piel; frente a su colosal pujanza, nuestros brazos son como pajas, nuestras granadas de mano como cerillos.

Granadas. Gases. Tanques... Triturar. Devorar. Morir.

Disentería. Gripe. Tifus... Ahogar. Calcinar. Morir.

Trinchera. Hospital. Fosa común... No existen otras posibilidades.

***

En un ataque cae Bertinck, el comandante de nuestra compañía. Era como uno de estos magníficos oficiales que va siempre delante en los momentos de peligro. Hacía dos años que estaba con nosotros y nunca lo habían herido; alguna vez tenía que tocarle. Estamos en un agujero, rodeados por el enemigo, junto al olor de la pólvora nos llega una fetidez como de aceite o petróleo. Divisamos dos hombres con un lanzallamas; uno lleva el depósito a la espalda, el otro sostiene la manga por donde sale el fuego. Si logran acercarse tanto como para alcanzarnos estamos fritos, ya que, precisamente ahora, no podemos retroceder.

Disparamos contra ellos. Pero a pesar de esto, consiguen aproximarse y nuestra situación empeora. Bertinck está con nosotros en el agujero y al darse cuenta de que no les atinamos porque bastante trabajo tenemos en protegernos de la violencia del fuego enemigo, toma un fusil, se arrastra fuera del embudo, y tendido apunta mientras se levanta un poco sobre los codos... Dispara... Al mismo tiempo, una bala lo alcanza. Lo hirieron. Él, sin embargo, ni se mueve y vuelve a apuntar. Abate un instante el fusil y después logra ponerlo en posición. Por fin suena el disparo. Bertinck suelta despacio el arma y dice:

—Bien.

Y rueda hacia adentro. De los dos hombres, el que iba detrás está herido. Cae. Al otro se le escapa la manga del lanzallamas; el fuego se extiende por todas partes y el hombre arde. Bertinck tiene una bala en el pecho. Al cabo de un rato, un trozo de metralla le arranca el mentón. El mismo pedazo tiene todavía fuerza para abrir un enorme agujero en la cadera de Leer. Éste gime, se apoya sobre los brazos y se desangra rápidamente. Nadie puede ayudarlo. Transcurridos unos mi-

nutos se dobla como un pellejo vacío. ¿De qué le sirvió ser tan buen matemático en la escuela?

Pasan los meses. Este verano de 1918 es el más sangriento y el más penoso. Los días parecen ángeles de oro y azul planeando, inasequibles, sobre el círculo de la muerte. Todos sabemos que vamos a perder la guerra.

No se habla mucho de ello. Retrocedemos; después de esta gran ofensiva, no podremos volver a atacar, no tenemos gente ni municiones.

Pero la campaña continúa... La muerte continúa...

Verano de 1918... Jamás la vida, en su forma más humilde, nos ha parecido tan deseable como ahora; las amapolas rojas de los prados que circundan nuestros barracones; los brillantes insectos en los tallos de la hierba; los cálidos atardeceres en las frescas habitaciones penumbrosas; los negros y misteriosos árboles del crepúsculo; las estrellas y el lento fluir del agua; los sueños y el gran reposo... ¡Oh vida, vida, vida!

Verano de 1918... Jamás se han soportado más silenciosos dolores cuando llega el momento de partir hacia el frente. Los salvajes y alucinantes rumores de armisticio y de paz corren por todas partes, trastornan nuestros corazones y hacen la partida más dura que nunca.

Verano de 1918... Jamás la vida del frente ha sido tan amarga ni tan dolorosa como en las horas de fuego, entonces, cuando con los rostros lívidos bajo el lodo, las manos se crispan en un solo: “¡No! ¡No! ¡Ahora que está terminando, no! ¡Ahora no!”.

Verano de 1918... Brisa de esperanza que recorre los campos calcinados, fiebre furiosa de la impaciencia, de la decepción, estremecimiento doloroso de la muerte, pregunta sin respuesta. ¿Por qué?, ¿por qué no se termina?, ¿y por qué laten esos rumores que presagian el fin?

***

Vuelan tantos aviones en este sector, y tienen tanta puntería, que cazan como si fueran liebres a los soldados aislados. Por cada avión alemán, hay mínimo cinco ingleses o americanos. Por cada soldado alemán hambriento y extenuado en la trinchera hay cinco vigorosos y fuertes al otro lado. Por cada pan de munición hay cincuenta latas de carne en conserva aquí enfrente. No nos han vencido, ya que, como soldados, somos mejores y más expertos que ellos; simplemente nos han aplastado, machacado con su enorme superioridad numérica.

Ha llovido durante algunas semanas; cielo gris, tierra gris que se deshace en el agua, muerte gris. Cuando vamos hacia el frente, en los camiones, la humedad penetra a través de los capotes y los uniformes y persiste mientras permanecemos en las trincheras. No nos secamos nunca. Aquellos de nosotros que todavía llevan botas se las cubren por arriba con sacos de arena para que el lodo tarde más en entrar. Los fusiles se encasquillan, los uniformes están cubiertos de lodo, todo está inundado y diluido, todo es una masa de tierra aceitosa, empapada, chorreando, con charcos amarillentos en los que flotan espirales rojos de sangre y donde los muertos y los supervivientes van hundiéndose lentamente.

La tempestad azota nuestras cabezas. El granizo de metralla arranca de esta turbia masa amarilla y grisácea los gritos infantiles de los heridos, y por las noches, la vida hecha pedazos gime penosamente hacia el silencio. Nuestras manos son tierra, nuestros cuerpos fango, nuestros ojos charcos de lluvia. No sabemos ni siquiera si vivimos.

Después, el calor nos aplasta en los embudos, pegajoso y húmedo como una medusa; y uno de estos últimos días vera-

niegos, al ir a buscar la comida, Kat cae herido. Estamos solos. Le vendo la herida; parece que le fracturaron la tibia. Es un tiro en el hueso y Kat gime desesperadamente.

—¡Precisamente ahora! ¡Precisamente ahora!

Lo consuelo.

—Quién sabe cuánto durará esto todavía. Tú, momentáneamente, te libras de todo.

La herida sangra violentamente, Kat no puede permanecer solo mientras voy por una camilla. Por otra parte no creo que haya cerca ninguna clínica.

Kat no pesa mucho. Así que lo cargo en la espalda y me dirijo al puesto de socorro.

Descansamos dos veces. El transporte le produce fuertes dolores. Apenas hablamos. Me desabrocho la chamarra y respiro con fuerza; sudo y tengo el rostro hinchado por el esfuerzo. A pesar de todo me apuro porque el lugar es peligroso.

—¿Seguimos, Kat?

—No queda más remedio, Pablo.

—Vamos, pues.

Lo levanto. Se sostiene sobre la pierna sana y se apoya en un árbol. Entonces cojo con precaución la pierna herida, tomo impulso y le paso el brazo por debajo de la rodilla de la pierna intacta.

El camino se hace más difícil. De vez en cuando silba alguna granada. Corro lo más que puedo pues la sangre de Kat va regando el suelo. Apenas logramos protegernos de los obuses porque estallan antes de que podamos cubrirnos.

Nos metemos en un pequeño embudo para descansar un poco. Le doy del té que llevo en mi cantimplora. Fumamos un cigarro.

—Bueno, Kat —digo con melancolía— ahora tendremos que separarnos. Me ve en silencio.

—¿Te acuerdas de cuando requisamos aquella oca?, ¿y de cuando me libraste de aquel relajo el día que, siendo aún un pobre novato, me hirieron por primera vez? Yo todavía lloraba entonces. Hace casi tres años, Kat.

Afirma con la cabeza.

Nace en mi interior el miedo a quedarme solo. Cuando se hayan llevado a Kat, ya no me quedará aquí ningún amigo.

—Kat, tenemos que volver a vernos, de todos modos, si se hace la paz antes de que tú regreses.

—¿Con el hueso así quieres que vuelva? —pregunta amargamente.

—Con descanso se te curará bien. La articulación está intacta. Todavía puede soldarse.

—Dame un cigarro —me dice.

—Quién sabe si todavía podemos hacer algo juntos, más tarde, Kat.

Estoy muy triste. Es imposible que Kat —mi amigo Kat, el de los hombros caídos y el bigotito suave; Kat, al que conozco de forma muy distinta que a los demás hombres, Kat, con el que he vivido estos años—, es imposible que él y yo no volvamos a vernos jamás.

—Dame tu dirección, de todos modos, Kat; para cuando yo esté en casa. Te voy a dar, también la mía. Te la escribo aquí encima.

Me meto el papel en el bolsillo. ¡Qué abandonado me siento ya, a pesar de que todavía esté a mi lado! ¿Y si me disparo una bala en el pie, para poder estar a su lado?

De pronto, Kat, suelta un gemido y palidece.

—Vámonos —barbotea.

Me levanto de un salto, febrilmente, para ayudarlo. Me lo echo en la espalda y empiezo a correr; una carrera moderada, amortiguada, para que su pierna no se menee mucho.

Tengo la garganta seca; delante de mis ojos bailan lucecitas rojas y negras cuando, con los dientes furiosamente apretados, implacable conmigo mismo, llego, por fin, tambaleándome al hospital de sangre.

Una vez allí se me doblan las rodillas; me quedan fuerzas todavía para caer del lado en que Kat tiene la pierna sana. Unos minutos después me incorporo lentamente. Las piernas y las manos me tiemblan con violencia; a duras penas puedo coger la cantimplora y beber un trago. Los labios también me tiemblan. Sin embargo, sonrío... Kat está en un lugar seguro.

Al poco rato empiezo a distinguir el confuso lío de voces que me resuena en los oídos.

—Podías haberte ahorrado el trabajo —dice el enfermero.

Lo veo sin entender. Me señala hacia Kat.

—Ha muerto.

No me doy cuenta de lo que dice.

—Tiene una bala en la tibia —le respondo.

El enfermero no se inmuta.

—Sí, eso también...

Me doy la media vuelta. Mis ojos están, todavía, turbios; vuelve a empaparme el sudor, me resbala por los párpados. Me lo limpio y miro a Kat. Está tirado, inmóvil.

—¡Desmayado! —digo rápidamente.

El enfermero silba en voz baja.

—De esto sé más que tú, Está muerto. Apuesto lo que quieras.

Niego con la cabeza.

—¡Imposible! Hace sólo diez minutos que estuve hablando con él. Está desmayado.

Las manos de Kat todavía están calientes; lo levanto por los hombros para darle una fricción con té. Noto que mis de-

dos se humedecen. Los saco de detrás de su cabeza y me doy cuenta de que están llenos de sangre.

El enfermero vuelve a silbar entre dientes.

—¿Ya ves?

Sin que me diera cuenta, Kat recibió en el camino un pedazo de metralla en la cabeza.

Tiene un pequeño agujero; debió ser un trozo minúsculo. Pero fue suficiente. Kat ha muerto.

Me levanto lentamente.

—¿Quieres llevarte sus cosas? —pregunta el cabo.

Asiento con un gesto y me las da. El enfermero está asombrado.

—¿Eran parientes?

No, no éramos parientes. Nunca lo fuimos... ¿Camino, tal vez? ¿Tengo, todavía, pies? Levanto los ojos del suelo y miro a mi alrededor. Me regreso y doy una vuelta entera sobre mí mismo; después otra y me detengo. Todo sigue igual que antes. Sólo que, el reservista Estanislao Katczinsky, ha muerto.

Nada más.

CAPÍTULO XII

Otoño. Ya no quedan muchos veteranos. Soy el último de los siete de nuestra clase. Todos hablan de paz y armisticio. Si vuelven a desengañarlos se producirá una catástrofe. La ilusión es excesivamente fuerte; no la abandonarán sin estallar, Si no llega la paz llegará la revolución.

Tengo catorce días de reposo porque respiré un poco de gas. Paso todo el tiempo sentado en un jardín, tomando el sol. El armisticio llegará pronto, estoy convencido de ello. Entonces podremos regresar a casa.

Aquí se clavan mis pensamientos, no puedo ir más allá. Lo que con más fuerza me mueve son los sentimientos. El ansia de vivir, la nostalgia, la sangre, la embriaguez de considerarme salvado. Pero estas no son finalidades.

Si hubiéramos regresado a casa en 1916, el dolor y la fuerza que habíamos vivido hubieran desatado una tormenta. Si volvemos ahora, estamos débiles, deshechos, calcinados, sin raíces y sin esperanza. Ya no podremos orientarnos ni encontrarnos a nosotros mismos.

Tampoco nadie nos entenderá; tenemos delante una generación que, ciertamente, ha vivido estos años con nosotros, pero ya tenía hogar y profesión y regresará ahora a sus

antiguas posiciones, en las que olvidará la guerra; detrás de nosotros sube otra, parecida a la que formábamos, que nos resultará extraña y nos arrinconará. Estamos de más incluso para nosotros mismos. Envejeceremos; algunos se adaptarán, otros se resignarán y la mayoría quedaremos absolutamente desamparados. Se escurrirán los años y, por fin, sucumbiremos.

Sin embargo, es posible que piense esto sólo debido a la melancolía y el trastorno, y que ambos desaparezcan cuando me encuentre de nuevo bajo los álamos, escuchando el dulce cantar del follaje. No puedo creer que se haya evaporado completamente aquella ternura que llenaba de inquietud nuestra sangre, aquella incertidumbre, aquel encantamiento, aquella ansia de futuro, los mil rostros del porvenir, la melodía de los sueños y de los libros, el deseo y el presentimiento de la mujer... No es posible que todo se haya hundido definitivamente en los bombardeos, en la desesperación, en los burdeles para soldados.

Los árboles tienen aquí un dorado estallido multicolor; los frutos de las serbas maduran entre el follaje. Carreteras blancas se pierden en el horizonte y los comedores zumban con rumores de paz, como panales de abejas.

Me levanto.

Estoy muy tranquilo. Ya pueden llegar los meses y los años. No podrán quitarme nada más. No me quitarán nada más. Estoy tan solo y tan desesperado que puedo recibirlos sin temor. La vida que me ha conducido a través de estos años, late todavía en mis manos, en mis ojos. Ignoro si lo he superado. Pero mientras ella siga dentro intentará abrirse camino, lo quiera o no lo quiera mi "Yo".

***

Cayó en octubre de 1918 un día tranquilo, tan quieto en todos los sectores, que el comunicado oficial se limitó a la frase: “Sin novedad en el frente”.

Había caído boca abajo y quedó, como dormido, sobre la tierra. Al voltearlo pudieron darse cuenta de que no había sufrido mucho. Su rostro tenía una expresión tan serena que parecía estar contento de haber terminado así.

ERICH MARIA REMARQUE
(1898-1970)

Erich Maria Remarque nació el 22 de junio de 1898 en Osnabruck, Alemania. Muchas fuentes afirman de manera errónea que Kramer (Remark al revés) era su verdadero apellido, siendo ésta una maniobra nazi para que el escritor, censurado por Adolph Hitler, no constara que había estado en la guerra al mismo tiempo que lo tachaban de judío, ambos hechos falsos. Cuando estaba estudiando en la Universidad de Munster el estallido de la Primera Guerra Mundial le alejó de los libros para tener que trasladarse en 1916 a luchar en el conflicto bélico, experiencia que le sirvió para fundamentar su novela más famosa, *Sin novedad en el frente*.

Erich trabajó como periodista deportivo para la revista *Sportbild* antes de la aparición del citado *Sin novedad en el frente* (1929), libro antibélico con el que alcanzó la fama de inmediato. Dos años después publicó una secuela, *Después (El Camino De Regreso)* (1931), novela que, como la anterior, fue censurada en su país cuando los nazis tomaron el poder en Alemania.

A comienzos de la década Remarque se trasladó a Suiza y a finales de los años 30 viajó hasta los Estados Unidos, nacionalizándose estadounidense a mediados en 1947. Otros títulos son: *Tres camaradas* (1937), *Náufragos* (1941), *Arco de triunfo* (1946), *Destello de vida* (1952), *Tiempo de vivir y tiempo de morir* (1954), la obra teatral *Full circle* (1956), *El obelisco negro* (1956), *El cielo no tiene favoritos* (1961), *Una Noche larga* (1962) y *Sombras en el paraíso* (1971).

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

1. Para Leer en Libertad. Antología literaria.
2. El cura Hidalgo, de Paco Ignacio Taibo II.
3. Jesús María Rangel y el magonismo armado, de José C. Valadés.
4. Se llamaba Emiliano, de Juan Hernández Luna.
5. Las Leyes de Reforma, de Pedro Salmerón.
6. San Ecatepec de los obreros, de Jorge Belarmino Fernández.
7. La educación francesa se disputa en las calles, de Santiago Flores.
8. Librado Rivera, de Paco Ignacio Taibo II.
9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán, de Armando Bartra.
10. La lucha contra los gringos:1847, de Jorge Belarmino Fernández.
11. Ciudad quebrada, de Humberto Musacchio.
12. Testimonios del 68. Antología literaria.
13. De los cuates pa' la raza. Antología literaria.
14. Pancho Villa en Torreón, de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. Villa y Zapata, de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo, de Fritz Glockner.

17. La oveja negra, de Armando Bartra.
18. El principio, de Francisco Pérez Arce.
19. Hijos del águila, de Gerardo de la Torre.
20. Morelos. El machete de la Nación, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. No hay virtud en el servilismo, de Juan Hernández Luna.
22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español, de Paco Ignacio Taibo I.
23. Con el puño en alto, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. El viento me pertenece un poco (poemario), de Enrique González Rojo.
24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial, de Luis Hernández Navarro.
25. Las dos muertes de Juan Escudero, de Paco Ignacio Taibo II.
26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía. Varios autores.
27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México. Antología literaria.
28. De los cuates pa' la raza 2. Antología literaria.
29. El exilio rojo. Antología literaria.
30. Siembra de concreto, cosecha de ira, de Luis Hernández Navarro.

31. El Retorno, de Roberto Rico Ramírez.
32. Irapuato mi amor, de Paco Ignacio Taibo II.
33. López Obrador: los comienzos, de Paco Ignacio Taibo II.
34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto, de Emilio Carballido.
35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero.Tres grandes luchas de los años 20, de Mario Gill.
36. ¿Por qué votar por AMLO?, de Guillermo Zamora.
37. El desafuero: la gran ignominia, de Héctor Díaz Polanco.
38. Las muertes de Aurora, de Gerardo de la Torre.
39. Si Villa viviera con López anduviera, de Paco Ignacio Taibo II.
40. Emiliano y Pancho, de Pedro Salmerón.
41. La chispa, de Pedro Moctezuma.
42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc. Antología literaria.
43. El bardo y el bandolero, de Jacinto Barrera Bassols.
44. Historia de una huelga, de Francisco Pérez Arce.
45. Hablar en tiempos oscuros, de Bertold Brecht.
46. Fraude 2012. Antología varios autores.
47. Inquilinos del DF, de Paco Ignacio Taibo II.
48. Folleto contra la Reforma Laboral, de Jorge Fernández Souza.
49. México indómito, de Fabrizio Mejía Madrid.

50. 68: Gesta, fiesta y protesta, de Humberto Musacchio.

51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antolgía de poesía para resistentes, Varios autores.

52. 1968. El mayo de la revolución, de Armando Bartra.

53. 3 años leyendo en libertad, Antología literaria.

54. El viejo y el horno, de Eduardo Heras León.

55. El mundo en los ojos de un ciego, de Paco Ignacio Taibo II.

56. Más libros, más libres, de Huidobro (no descargable).

57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial), de Luis Hérnandez Navarro.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de marzo del 2013 (1° Edición). El tiraje fue de
1,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía
de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung, Morena Cultura y
Para Leer en Libertad AC.

Abril 2013 (Segunda Edición)
El tiraje fue de 1,000 ejemplares para su distribución gratuita
y es cortesía de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung y
Para Leer en Libertad AC.

Sin novedad en el frente



Nos encontramos en la retaguardia, a nueve kilómetros del frente. Ayer nos relevaron. Ahora tenemos el estómago lleno de ejotes con carne de buey, estamos saciados y satisfechos. Incluso sobró para esta noche y cada uno de nosotros llenó su lonchera para la cena. Además hay doble ración de salchicha y de pan. Esto va bien. Hacía mucho tiempo que no se había presentado un caso como éste; "el Furriel", con su cara roja como jitomate, viene en persona a ofrecernos la comida. Llama con una seña a todos los que pasan y les sirve una buena ración. Casi está desesperado pues no sabe cómo vaciar de rancho su olla. Tjaden y Müller encontraron un par de cubetas y pidieron que se les llenaran hasta el tope, para reserva. Tjaden lo hace por glotón, Müller por preocupación. Nadie puede explicarse dónde diablos mete Tjaden tanta comida. Él sigue, como siempre, más seco que un arenque prensado.

Erich Maria Remarque

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com







Ésta es una publicación gratuita y es cortesía de Rosa Luxemburg Stiftung, Morena Cultura y Para Leer en Libertad AC.

Sin novedad en el frente

Erich Maria Remarque